

A man with short dark hair and a light beard, wearing a dark blue button-down shirt that is open at the chest, looking directly at the camera. The background is a blurred night view of the US Capitol building with its dome illuminated.

UNA
NOVELA DE LA
OBSESIÓN DEL
MULTIMILLONARIO

MULTIMILLONARIO DESCONOCIDO

Blake

DE LA AUTORA EN LAS LISTAS DE BESTSELLERS
DEL NEW YORK TIMES Y USA TODAY

J.S. Scott



*Multimillonario
Desconocido*

LA OBSESIÓN DEL MULTIMILLONARIO

Blake

J. S. SCOTT

Multimillonario Desconocido
La Obsesión del Multimillonario ~ Blake

Copyright © 2019: J. S. Scott

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o utilización de parte o de todo este documento por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otros cualesquiera sin el consentimiento por escrito de la autora, excepto para incluir citas breves en reseñas. Las historias que contiene son obras de ficción. Los nombres y personajes son fruto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Traducción: Marta Molina Rodríguez
Edición y corrección de texto: Isa Jones
Diseño de cubierta: Lori Jackson

ISBN: 978-1-6889-9779-0 (edición impresa)
ISBN: 978-1-951102-06-7 (libro electrónico)



Índice



Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)



Prólogo



Blake

Nochebuena, hace 12 años...

«¿Qué demonios estoy haciendo?», me pregunté.

Básicamente, estaba helándome el trasero en busca de una chica que se había escapado en mitad de una tormenta de nieve en Nochebuena. Lo que realmente me enfadaba era el hecho de que fuera una chica malcriada de dieciocho años que nunca me había gustado, para empezar.

Mi apodo para ella cuando éramos niños era *Cruella de Vil* desde que podía recordar y me refería a ella por ese nombre tan a menudo que casi había olvidado que su verdadero nombre era Harper Lawson. Era la segunda hija más joven de la familia Lawson, amigos de la familia Colter desde que tenía memoria.

«Por eso estoy aquí fuera, helándome las pelotas en Nochebuena».

Había muy poco que no haría por mi madre. Pero en ese preciso momento, deseé no quererla tanto. Nunca había podido tolerar el ver a mi madre disgustada. Y, dado que la madre de la malcriada era la mejor amiga de la mía, por supuesto que mamá estaba preocupada.

Llamadme idiota, pero me ofrecí voluntario para esta tortura solo para no tener que ver el estrés en la cara de mi madre.

No había visto a Harper Lawson desde hacía años, a pesar de que ella vivía en otra pequeña ciudad bastante cerca de la nuestra, Rocky Springs, en

Colorado. Yo estaba de vacaciones de la universidad, y Harper acababa de graduarse del instituto. Por suerte, mamá había dejado de intentar forzar una amistad entre las chicas de los Lawson y yo cuando aún iba al colegio, cuando por fin le dije lo antipática que me resultaba Harper porque era sumamente cruel. Su hermana pequeña, Danica, era muchísimo más simpática, pero tampoco la había visto mucho. Me encontraba con los hermanos Lawson de vez en cuando, pero, como fuimos a diferentes colegios, apenas conocíamos a ninguno de ellos.

Solo Harper me irritaba tanto. Siempre se había esforzado por ser una niña dictadora y se jactaba de la riqueza de sus padres como si la hiciera mejor que nadie. No importaba que los Colter también fuéramos ricos. Era igual de desagradable con todas las personas con las que tenía relación cuando era niña.

A juzgar por mi actual caminata gélida por la nieve, no había cambiado nada. Sonreí mientras mis botas de goma surcaban los profundos ventisqueros de la acera. Me costaba creer que Harper pudiera estar en el refugio para personas sin hogar de Denver que yo estaba buscando durante una de las peores tormentas que habíamos visto en mucho tiempo.

Por lo visto, se había escapado después de que sus padres finalmente se pusieran firmes por su incesante forma de gastar dinero que no había ganado ella misma. Le habían quitado sus tarjetas de crédito, el coche nuevo que había recibido por la graduación y la mayoría de sus compras extravagantes porque no tenía ganas de ir a la universidad. Obviamente, pensaba que, como sus padres eran ricos, no necesitaba una formación. Sus planes probablemente se centraban en convertirse en una rica de la alta sociedad de por vida.

«¡Mierda!». Odiaba a los niños ricos con esa actitud. Yo me rompía los codos en la universidad y ni uno solo de los Colter nos habíamos sentido con derecho a todo. Cada uno trabajaba en su carrera o planeaba su propio futuro. Teníamos mucho dinero, pero ninguno de nosotros consideró jamás el estar inactivo.

Había oído que todos los hermanos Lawson iban a la universidad. Pero, por lo visto, Harper no quería esforzarse tanto. Realmente, me sorprendía que sus padres nunca se hubieran percatado de lo egocéntrica que era su hija hasta ahora.

Cuando los Lawson se dieron cuenta de lo increíblemente malcriada que estaba Harper y de que en ningún momento había planeado recibir educación superior, finalmente decidieron cerrar el grifo. De inmediato, Harper se opuso

y se escapó de casa. Bueno, técnicamente, no se había escapado. Tenía dieciocho años, así que ya no era menor. Pero, desde luego, actuaba como si lo fuera.

«¿Quién demonios se escapa solo porque mami y papi le quitan el coche y sus tarjetas de crédito?», me dije.

—Todavía es una mocosa malcriada, —musité enojado mientras seguía caminando en mitad de la nevada y empezaba a azotarme el frío a través del abrigo y los pantalones—. Si mamá no hubiera estado tan asustada, me habría quedado cómodo y calentito en casa, celebrando la Navidad con mi familia, en vez de preocuparme por los problemas de los demás.

Por desgracia, Aileen Colter se preocupaba por todo el mundo. Mi madre era una de las personas más cariñosas que conocía y el pegamento que mantuvo unida a nuestra familia cuando mi padre había muerto hacía años. Era tan buena amiga de la madre de Harper que le horrorizaba la idea de una joven perdida y sola en mitad de la ventisca.

Yo era un bobo. La mirada triste en el rostro de mi madre me había llevado a montarme en un helicóptero de Rocky Springs a Denver con una tormenta acercándose, sólo para encontrar a una chica repulsiva que no sabía vivir sin su coche de lujo y sus tarjetas de crédito.

Finalmente, encontré el refugio improvisado, agradecido por el calor cuando entré. Había cuerpos por todas partes, la mayoría en esterillas con una manta en el suelo. Debido al clima, sabía que la mayoría de los refugios estaban llenos. Eché un vistazo rápido a las personas que había en el piso, algunas las cuales dormían, pero muchas estaban sentadas envueltas en una manta. Se me cayó el alma a los pies al ver a la gente harapienta e inhalar el hedor de los cuerpos sin lavar.

¿Era eso lo mejor que podían esperar en Nochebuena? Solo entrar en el lugar me recordó lo afortunado que era. Los Colter éramos obscenamente ricos. Como mi padre ya había fallecido, esa riqueza se había repartido entre todos sus hijos y mi madre.

A la madura edad de veintidós años, yo ya era rico, pero ni por un momento había considerado no trabajar ni sacarme una licenciatura. Mi padre había sido un hombre con formación y yo sabía que él quería lo mismo para todos sus hijos. Mi hermano gemelo, Marcus, se había hecho cargo del legado de mi padre mientras el resto de nosotros estábamos ocupados planeando nuestro futuro yendo a la universidad. Marcus se llevó la peor parte, intentando ir a la universidad y manteniéndose al día de lo que ocurría con los intereses

comerciales internacionales de nuestro padre. Yo sabía que, en cuanto mi gemelo se licenciara, viajaría por el mundo.

Y, caramba... vaya si iba a extrañarlo.

—¿Puedo ayudarte? Me temo que no nos queda espacio, —dijo una voz femenina suave y compasiva. La mujer de mediana edad me sonrió, una sonrisa solidaria que yo no me merecía.

—No, señora —respondí en tono tranquilizador, deseando que supiera que no tenía que buscarme sitio para la noche—. Estoy buscando a alguien. No necesito ninguna de sus camas.

Hurgando en el bolsillo de mi abrigo, saqué la última foto de Harper, su foto de la graduación.

—¿La ha visto?

La señora tomó la fotografía y la examinó detenidamente.

—Me resulta familiar. Pero no la ubico. Hemos acogido a muchos jóvenes. Tomé la foto y me la guardé en el bolsillo.

—¿Le importa que eche un vistazo? —«¡Dios!». Estaba esperando que la pista que me habían dado sobre que Harper estaba allí no fuera errónea.

La mujer, agotada de trabajar, se encogió de hombros.

—Busca a tu amiga tranquilamente. Me gustaría ver que hay una persona menos sola esta Navidad.

Asentí y luego me abrí camino por la gran sala, examinando con la mirada todos los rostros desesperados que ocupaban el espacio. Finalmente, miré una segunda vez a una chica solitaria, a punto de descartar la idea de que podría estar mirando a Harper.

La joven tenía el mismo cabello rubio y probablemente era de la misma edad. Pero todo lo demás estaba... mal. Me acerqué más a ella y su figura sentada al otro lado de la habitación, contra la pared de hormigón, envolviéndose el cuerpo con los brazos como si tuviera frío. Al acercarme, me di cuenta de que había estado llorando.

—¿Harper? —Dije su nombre en voz alta a un metro de distancia y ella giró la cabeza de inmediato para alzar la mirada hacia mí.

Frunció el ceño y se secó las lágrimas al responder:

—¿Colter?

Yo asentí, incapaz de apartar los ojos de su mirada verde oscura torturada y de la desesperación que vi en ella.

«¡Dios!». Realmente era Harper, pero no se parecía en nada a su sofisticada imagen. Llevaba unos pantalones rotos y un suéter en lugar de ropa

de diseño. No llevaba joyas, ni siquiera el colgante ni los pendientes de diamantes que sabía que sus padres no le habían confiscado. Y su cara angelical estaba completamente desprovista de maquillaje. El cabello rubio le caía hasta los hombros con un rizo natural que era mucho más atractivo que el pelo recogido en un peinado sofisticado de la foto.

Me agaché a su lado.

—He venido a llevarte a casa. Tu familia ha estado muy preocupada.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo volver allí.

—Claro que puedes, —le dije con firmeza—. El problema es tal vez tengamos que quedarnos en Denver esta noche. No estoy seguro de poder volver a Rocky Springs con este tiempo. Pero al menos podemos dejar esta cama libre para que pueda ocuparla otra persona.

Ella asintió despacio y luego se puso en pie.

—Estaría bien. Hay mucha gente que necesita un sitio caliente donde estar ahora. Iré contigo.

Le di la mano simplemente porque parecía muy perdida y la conduje hacia la puerta del refugio, dándole a la mujer una gran donación antes de sacar a Harper por la puerta después de que ella recuperase un abrigo que no iba a ser ni de cerca lo bastante cálido para el clima actual.

Guiándola unas pocas calles hasta la habitación del hotel que mi hermano Marcus había podido conseguir antes de que yo empezara a buscar a Harper, de repente recordé que era la única habitación disponible en Denver. Debido a la ventisca y a las vacaciones, todo estaba reservado.

Cuando entramos en la habitación del hotel un poco deteriorado, la informé:

—Tendremos que compartirla. Era la única habitación disponible que pudimos encontrar.

Ella se encogió de hombros.

—No importa.

—Harper, todo irá bien. En cuanto el helicóptero pueda volar, te llevaremos de vuelta a casa. —Ella no me caía bien, pero su estado cariacontecido me hizo sentir un poco de lástima por ella.

—Mamá, papá y mis hermanos mayores me regañarán, —afirmó llanamente—. Querían que me fuera.

Aunque la habitación estaba bastante caldeada, ella se estremeció. Yo empecé a preparar una cafetera mientras respondía:

—No querían que te fueras. Querían que crecieras.

La cafetera chisporroteó un momento antes de empezar a hervir. No había muchas cosas en el reducido espacio. Una pequeña televisión y el juego de café descansaban sobre una consola marrón barata; había una cama extragrande con la colcha más horrible y chillona que había visto en mi vida. Aparte de dos mesitas de noche pequeñas, no había más muebles en la habitación, excepto una pequeña mesa tambaleante con dos sillas de madera muy gastadas.

Estaba un poco preocupado por revisar el baño. Me había registrado en el hotel y dejé mi bolsa de lona en la habitación. Después, salí casi de inmediato a buscar a Harper. Eché un vistazo cauteloso a la vuelta de la esquina. No era un lujoso baño de hotel, pero tenía una ducha y un inodoro, y me sentí aliviado cuando me percaté de que parecía bastante limpio.

Serví el café cuando terminó de hacerse y le di a Harper una de las tazas.

—Toma. No sé cómo lo tomas.

—Gracias, —respondió en voz baja antes de bebérselo solo mientras se sentaba a la pequeña mesa—. ¿Cómo te liaron para que me buscaras? Casi no te reconocí. No te he visto desde que éramos niños.

Me senté frente a ella, apoyé mi taza en la mesa y luego me quité el abrigo y el gorro con un movimiento ágil.

—Casi toda la ciudad estaba buscándote. Tus padres tenían miedo de que hubieras sido secuestrado o de que te hubieras perdido en la tormenta.

—Me sorprende que les importara, —respondió taciturna.

Abrí la boca para preguntarle si pensaba que habían dejado de quererla solo porque le quitaron sus tarjetas de crédito y darle un sermón acerca de ser una mocosa malcriada. La cerré de nuevo al ver caer lágrimas de sus bonitos ojos verde esmeralda.

—Te quieren —respondí sencillamente; de repente quería consolarla, lo cual era muy poco común en mí al tratarse de Harper. Generalmente quería evitarla.

—Creo que ahora lo entiendo. Sinceramente, después de ver lo mucho que están sufriendo otras personas, me siento como una perra por dejar mi hogar cálido y cómodo, —reconoció abiertamente—. Me merecía todo lo que me dijeron mis padres y hermanos.

—¿Has estado todo el tiempo en el refugio? —Sabía que llevaba varios días desaparecida.

—Sí. Tomaba autobuses a Denver, pero solo tenía un poco de efectivo. Entonces golpeó la tormenta y no tenía dónde ir.

La tristeza en su voz hizo que se me encogiera el corazón.

—Tu madre dijo que aún tendrías tus joyas. Y la última vez que te vieron llevabas un traje de pantalón de diseñador.

—Le di mis joyas a una familia que fue rechazada, —confesó con un susurro ronco—. No tenían nada y necesitaban un lugar donde quedarse. La pequeñita tenía frío, así que le di mi manta.

Era lo último que esperaba oír de Harper y la miré atónito. Me recuperé rápidamente y le pregunté:

—¿Y tu ropa?

—Seda, —respondió ella con aversión—. Tenía tanto frío que busqué entre las donaciones al refugio y encontré algo más cálido.

Yo fruncí el ceño.

—Harper, ¿estás bien?

Ella me miró y negó con la cabeza, despacio.

—Nunca he visto cuántas personas hay sin hogar, muchísimas familias que ni siquiera pueden mantener sus casas. Ni siquiera había estado en esta parte de Denver. Es muy... triste.

—¿Entonces le diste todo lo que tenías a una familia numerosa para ayudarla a sobrevivir? Podrías haber empeñado las joyas tú misma, —sugerí, sorprendido de que no hubiera eso precisamente.

—No pude. Eran regalos de mis padres. Así que decidí quedarme aquí hasta que se me ocurriera algo. Pero cuando conocí a esa familia tan desesperada, no pude dejar que salieran al frío otra vez. Espero que hayan encontrado una habitación.

Parecía tan descorazonada que yo respondí enseguida:

—Estoy seguro de que sí. Los sitios empezaron a llenarse anoche.

No estaba realmente seguro de eso, pero ¿cómo iba a dejarla preocuparse por si su sacrificio había ayudado a la familia a encontrar donde quedarse o no? A juzgar por lo que su madre me había contado sobre las joyas de Harper, les habrían aportado suficiente dinero para cubrir sus necesidades durante bastante tiempo.

Aún no podía creer que Harper, la niña egoísta, cruel y malcriada con la que una vez me viera obligado a relacionarme cuando era niño, fuera la misma persona a la que miraba ahora.

Ella suspiró mientras abrazaba la taza de café con las dos manos.

—Espero que estén bien.

—Eres diferente, —espeté sin censurar mis palabras.

Harper me lanzó una sonrisa triste justo antes de dar un sorbo de café; luego volvió a dejarlo sobre la mesa.

—Puede que haya crecido. Ahora mismo me odio a mí misma.

—¿Por qué?

—Porque antes de terminar en ese refugio, nunca me molestaba en mirar a mi alrededor y ver al resto de la gente que me rodeaba. Crecí en un mundo privilegiado y me quedé allí. Creo que mis padres me hicieron un favor. Cuando veo a todas las personas que realmente se preocupan por las familias sin hogar, y a aquellas que se han topado con tiempos difíciles, me doy cuenta de lo perra que he sido siempre.

Su sincera explicación y autodesprecio me afectaron de una manera que hizo que se me partiera el corazón por la forma en que de repente se había asomado a la realidad. Seguro que le hacía falta crecer. Pero solo tenía dieciocho años y, después de haber estado tan protegida por sus padres durante tanto tiempo, la desesperación de la que había sido testigo tuvo que ser aleccionadora y traumática.

De alguna manera, también era culpa de sus padres. Mi padre había muerto hacía años, pero mi madre siempre nos hizo ser muy conscientes a los Colter de nuestra obligación de preocuparnos por aquellos menos afortunados que nosotros. Era algo muy arraigado en cada Colter desde que éramos jóvenes. Habíamos sido voluntarios en comedores sociales. Todos teníamos muchas organizaciones benéficas que apoyábamos con entusiasmo. Donábamos juguetes navideños. Y ninguno de nosotros ignoraba el sufrimiento en el mundo.

¿Qué demonios habían estado pensando los padres de Harper? Bien que fueran ricos, pero proteger a sus hijos de las cosas más duras de la vida no le había hecho ningún favor a Harper.

—Si te das cuenta de que lo que hiciste estuvo mal, no eres una perra, —le aseguré con voz ronca. Realmente, admiraba el hecho de que hubiera abierto los ojos y el corazón a aquellas personas necesitadas. También me sorprendió muchísimo que le hubiera importado.

No había visto a Harper desde que éramos pequeños, pero se había convertido en una guapa joven, y era mucho más atractiva cuando era auténtica, como ahora.

—Gracias, —dijo en tono pensativo—. Pero no creo merecer tu esfuerzo para hacerme sentir mejor conmigo misma.

Mientras daba un trago de café, básicamente pensé que lo que realmente necesitaba era animarse. Parecía muy conmocionada y deprimida.

—Necesito llamar a tus viejos. ¿Quieres hablar con ellos?

El pánico destelló en sus ojos.

—Todavía no. Por favor. Sé que tengo que hacerles frente y admitir lo que he hecho. Pero solo necesito un poco de tiempo.

Asentí, entendiendo su confusión.

—No hay problema. Les haré saber que estás a salvo y que te llevaré a casa lo antes posible.

Me puse de pie, saqué mi teléfono del bolsillo e hice algunas llamadas.



Más tarde aquella noche...

Me tumbé en la cama con Harper, preguntándome si estaba dormida. A lo largo de la noche, se hizo cada vez más duro ignorar mi atracción por la mujer nueva y mejorada que conocí aquella noche.

Como era Nochebuena, la había convencido para salir a un pub local, uno de los pocos que estaban abiertos, y simplemente pasar un rato conmigo después de cenar allí. Ella me había hablado más de su experiencia con las personas sin hogar y de lo asustada que estaba cuando se encontró sola sin nada más que el refugio para mantenerse al abrigo y a salvo. A mi vez, me encontré hablando mucho de mi pasado, compartiendo cosas con ella sobre las que no me había sincerado durante mucho tiempo.

No tenía dudas: Harper había cambiado. Yo les había dicho a sus padres lo que pensaba por teléfono y ellos se habían culpado de algunos de los problemas entre ellos y su hija. También llamé a mi madre sólo para decirle que la quería y que esperaba volver a casa con la familia al día siguiente.

Sinceramente, disfruté tanto de mi tiempo con Harper aquella noche que no me importaba cuándo llegara a casa. Todos mis hermanos estarían allí hasta después de Año Nuevo y descubrí que me apetecía la compañía de Harper más de lo que debería.

A cada momento, cada segundo del tiempo que había pasado con ella, tuve el pene tan duro como una roca, negándose a ignorar la química explosiva que

comenzaba a echar chispas entre Harper y yo. El tirón se hacía cada vez más fuerte. Cuando la vi usando una de las camisetas extra que me había llevado a Denver, estuve a punto de perder la cabeza.

Ella necesitaba algo para dormir. Yo le di mi camiseta. Fue un jodido error. Demasiada piel. Demasiadas fantasías. Demasiadas veces permanecía ahí tumbado, pensando en esas piernas desnudas y bien torneadas abrazadas a mi cintura mientras ella se estremecía del clímax.

Sentía una necesidad feroz de joder con Harper, pero estaba decidido a ignorarla. Sin embargo, mi cerebro se negaba a olvidar la atracción y mi verga fue un fracaso total. Estaba tan dura como una roca, a pesar de que sus extremidades desnudas ahora estaban tapadas con mantas. Pero, joder, aún podía imaginarlas en mi mente. ¿Estaba pensando en mí ella? Por lo que sabía, ella estaba durmiendo.

—¿Estás despierto? —susurró ella en voz baja.

«Ignóralo, Colter. No respondas. Hazte el dormido», me increpé.

—Sí, —respondí imprudentemente.

—¿Puedo acercarme más a ti? —preguntó ella en tono suplicante.

Harper seguía asustada y atrapada en Denver. Era vulnerable y yo sabía que debería estar allí para hablar con ella. Pero algo dentro de mí no dejaría que se terminara ahí.

—Ven aquí, —le pedí con firmeza, abriendo los brazos para poder abrazarla.

Ella se acercó más y, para mi sorpresa, me rodeó las caderas con una pierna y se aferró a mí como si fuera su refugio en la tormenta. Apoyó la cabeza en mi pecho y me envolvió los hombros los brazos, su cuerpo pegado a lo largo de todo mi costado.

Su pierna estaba justo al norte de mi miembro de hierro y, cuando envolví su cuerpo tembloroso entre mis brazos, lo único que quería era hacerla feliz de nuevo. Bueno... también quería joder con ella. Pero mi instinto de protegerla era igual de fuerte.

—Gracias, —dijo con un ronroneo bajo y satisfecho—. Estás muy calentito.

Sin duda, estaba al rojo vivo. Notaba sus pezones a través del fino algodón de mi camiseta y la pierna que me rodeaba las caderas alimentaba fantasías calientes que yo era incapaz de controlar.

—¿Mejor? —pregunté, la voz rota de deseo.

—Mucho, —respondió ella con una voz encantada mientras se acomodaba contra mí.

—¡No te muevas! —dije sonando cortante; me odié por eso.

Ella levantó la cabeza.

—¿Qué pasa?

¿Era posible que Harper fuera tan ingenua? Fui sincero con ella.

—Quiero estar aquí contigo. Quiero abrazarte. ¡Pero, Dios! Tengo tantas ganas de joder contigo que apenas puedo controlarme. Si empiezas a retorcerte, me temo que perderé el control. Eres una mujer preciosa, Harper.

—Yo también me siento atraída por ti —admitió con un susurro.

Ella habló como si solo estuviera reconociendo su deseo y su inocencia me volvió medio loco.

—¿Has estado con algún chico?

—Citas. Besos. Nunca mucho más que eso.

—¿Por qué?

—Porque nunca sentí el revoloteo extraño en el estómago como el que tengo contigo ahora. Nunca he querido nada más con ninguno de los chicos con los que he salido.

Tragué saliva al darme cuenta de que era virgen.

«¡Solo mía!», pensé.

Quería que aquella mujer me perteneciera como nunca lo había hecho con ningún otro hombre.

—Espera hasta que encuentres al hombre adecuado —le aconsejé, deseando desesperadamente decirle que yo era ese chico adecuado.

Pero lo más probable era que solo se tratara de las hormonas. Tenía veintidós años y quería sexo tan a menudo como fuera posible. Habían pasado meses. No tenía novia, pero me acostaba con muchas en el campus. Últimamente, había estado ocupado estudiando para los finales. Puede que mi pene sólo estuviera quejándose porque no lo usaba mucho por aquellos días.

Harper entrelazó los dedos tímidamente en mi cabello y se estiró para darme un dulce beso en la boca.

—Es eso. Esta es la única vez que me he sentido así. Te deseo a ti.

La hice rodar hasta tenerla debajo de mí en un movimiento ágil.

—Por el amor de Dios, no digas eso, —gruñí con el corazón martilleándome en el pecho al sentir sus suaves curvas debajo de mí—. No tengo mucho control ahora mismo, Harper.

Aquello era decir poco. En realidad, respiraba tan fuerte que me dolía el pecho.

—Entonces deshazte de él. Tengo dieciocho años Quiero ver lo que se siente al estar con un hombre, —dijo camelándome, clavando sus dedos en mi cabello una vez más e instándome a bajar la cabeza.

Y así, sin más... perdí la cabeza.

Veía su rostro en la habitación tenuemente iluminada por la luna, y me acerqué a sus labios, abatiéndome a devorarla como llevaba deseando hacer toda la velada. La besé como si lo necesitara para seguir viviendo y eso era exactamente lo que sentía.

Harper pareció fundirse en mí, gimiendo suavemente contra mis labios, un sonido de placer que me desesperó aún más por ser el primer chico, el único hombre, en poseerla.

Salí del apasionado abrazo carnal sosteniendo mi peso con los brazos, jadeando como un perro acalorado. «¡Dios! ¿Qué demonios me está pasando?».

—¡No puedo hacer esto, joder! —Cada palabra me resultó dolorosa, me desgarraba las tripas.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Harper en tono confuso. También sonaba excitada, lo cual me estaba matando.

—Eres virgen. No puedo hacer esto.

—Soy virgen porque nunca he querido estar con un chico. No es que me estuviera esperando hasta casarme. Es solo que... ningún chico me ha excitado nunca lo suficiente como para desear hacerlo.

Yo gruñí.

—No me digas eso.

—Es verdad, —sostuvo ella—. Por favor. Sigue haciéndome sentir bien. Me gusta.

Quería que se sintiera tan jodidamente bien que nunca quisiera a ningún otro chico. ¡Para siempre!

Rodé hasta quedar a su lado y lentamente le acaricié el muslo con la mano, ahogando un gemido salvaje al llegar a sus delicados pantis de seda empapados de sus jugos.

—Estás húmeda.

—Me muero, —gimió Harper suavemente.

—Lo sé, cielo. No pasa nada. —Deslicé mi dedo bajo el elástico y le acaricié la raja con un dedo. Su calor sedoso estaba a punto de volverme loco

—. Haré que desaparezca el anhelo, —prometí mientras le quitaba la ropa interior para arrojarla a un lado de la cama.

—¿Me lo prometes? —Preguntó ella, vacilante.

Yo me senté y agarré la parte inferior de mi camiseta.

—Lo prometo. Pero te necesito desnuda.

Ella levantó sus brazos en un gesto de confianza, permitiéndome quitarle la camiseta. Cuando se unió a su ropa interior tirada, la miré boquiabierto a la luz de la luna.

Sus suaves curvas y sus senos generosos hicieron que se me quedara la boca seca y que el pene me apretara la cremallera del pantalón. Estaba desnudo de cintura para arriba, pero me había quedado con los pantalones al acostarme para no asustarla.

—¿Tu no vas a desnudarte también? —Preguntó ella en tono inquisitivo.

«Ni de coña. Ahora mismo, no. Estaría dentro de ella en un instante», pensé.

—Todavía no.

—Entonces ¿qué estás haciendo?

—Mirándote, —respondí con sinceridad—. Nunca había deseado así a una mujer. Es algo un poco nuevo para mí también.

—No eres virgen, —afirmó ella.

—No, desde luego —admití con una sonrisa—. Pero tú eres... diferente, Harper.

—¿Porque nunca había estado con un chico?

Yo negué con la cabeza.

—No. Porque eres tú.

No podía explicar cómo me sentía. Joder, no lo entendía ni yo mismo.

Tenía las manos un poco temblorosas cuando ahuequé sus pechos, jugando con ambos pezones con los pulgares. Ya estaban duros, pero alcanzaron nuevas cotas cuando bajé la cabeza y chupé cada uno, intentando ir despacio con ella.

Ella arqueó la espalda y me agarró la nuca para acercarme aún más

—Sí —exhaló suavemente.

Su piel era cálida y sedosa; yo no me cansaba de tocarla. La oí contener la respiración mientras yo me abría camino por su vientre a mordisquitos y lametones, calentándola lo máximo posible.

«Recuerda que es virgen, Blake. ¡Recuérdalo!», me dije.

Mi miembro palpitaba de necesidad cuando finalmente llevé la cabeza entre sus muslos, exactamente donde quería estar. Su olor a deseo me embriagó mientras la respiraba para después deslizar la lengua entre sus pliegues, separándole más los muslos cuando encontré su clítoris abultado.

—¡Ay, Dios! ¿Qué haces? —exclamó Harper.

Su voz sonaba más excitada que molesta, así que ignoré la pregunta, profundizando con la lengua para poder apretar más el pequeño manojito de nervios que sabía que la llevaría al límite.

Lamí su sexo con ansia, excitándome con sus gemidos de placer mientras tomaba su deseo a lametones, embriagándome con el sabor, el tacto y el sonido de Harper.

Deslizándolo el dedo índice en su vaina, me sorprendió lo apretada que estaba, pero eso no me impidió imaginar su calor resbaladizo abrazándome la verga. Ella empezó a mecer las caderas cuando deslicé otro dedo, intentando estirar su pequeño y apretado sexo lo suficiente como para aceptarme finalmente.

Dentro y fuera. Dentro y fuera. Mi lengua seguía excitando su sensible protuberancia mientras la masturbaba delicadamente con los dedos.

Me sentí triunfante cuando ella se aferró a mi pelo y me empujó la cabeza con más fuerza entre sus muslos, con gemidos cada vez más fuertes.

—Por favor. Haz que me venga —jadeó ella.

Me encantó oírla suplicar, pero necesitaba concederle su deseo más que respirar.

Apretó el sexo contra mi cara y seguí sumergiéndome más y más con mi lengua y mis dedos, aplicando la presión que ella necesitaba para llegar al clímax.

—¡Sí! —Gritó cuando su cuerpo estalló, tirándome del pelo cuando llegó, con su vagina contrayéndose con fuerza sobre mis dedos palpitantes.

Alivié su carne temblorosa con la lengua mientras ella descendía en espiral desde su clímax, deslizándome a su lado solo cuando supe que las oleadas de placer habían terminado.

Ella me abrazó y apretó.

—No puedo creer que hayas hecho eso. Pensé que la mayoría de los chicos lo odiaban.

No respondí. La besé, dejándola saborearse en mis labios antes de tener que subir a tomar aliento.

—¿Cómo podría ningún chico odiar algo que sabe tan bien? —Bromeé.

—Ha sido increíble —dijo sin aliento—. Nunca me había venido así.

—Entonces, algún chico te ha hecho tener un orgasmo, —gruñí juguetonamente, aunque no muy emocionado de que ningún otro hombre la tocara.

—No. Pero me masturbo, —dijo llanamente—. Todo el mundo lo hace. Sonreí, sin duda encantado con la idea de que Harper se tocara.

—Yo también, —respondí con voz ronca—. Pero no puede sustituir a esto.

—Yo no podía saberlo, —dijo en tono sugerente.

—Lo sabrás, —respondí con voz áspera mientras me arrodillaba en la cama para desabrocharme los pantalones.

—No. Déjame a mí, —dijo Harper sentándose y apartando mis manos—. Deja que te toque.

Joder, sabía que deseaba que ella explorara todo lo que quisiera, pero no iba a poder soportar mucho tiempo esas manos suaves sobre mi pene duro como una roca. Llevándome la mano al bolsillo, saqué un condón que llevaba en la cartera desde hacía meses. Quizás fuera subconsciente o solo una ilusión, pero lo había sacado y me lo había guardado en el bolsillo delantero antes de salir a cenar.

Harper apoyó las manos sobre mis hombros y me acarició el pecho con ellas.

—Eres guapísimo. —dijo maravillada.

«Ay, Dios, estoy jodido». El tono inocente en su voz me estaba desatando.

—Me encanta lo fuerte que estás, pero sin los músculos hinchados de los culturistas, —prosiguió Harper mientras terminaba de bajarme la cremallera.

—Artes marciales, —respondí, la mente completamente centrada en lo que ella hacía con las manos—. Practico desde que era niño.

Ella me bajó los pantalones hasta los muslos sin esfuerzo y, por fin, mi pene quedó libre y liberado.

—Hala... —dijo con voz asombrada de nuevo—. Qué grande.

—Soy grande por todas partes, —le expliqué, casi sintiéndome mal porque, sin duda, tenía un miembro más grande que el promedio.

Intentó envolverlo con los dedos, pero no lo consiguió del todo. Después, acarició la piel suave de mi verga antes de acariciar la cabeza sensible con el pulgar, extendiendo una gota húmeda por la punta.

Tuve que morderme el jodido labio para evitar detenerla.

—Si sigues tocándome, no voy a sobrevivir, cielo —le dije con voz áspera.

Empezando desde la base, Harper pasó los dedos por todo el tronco y volvió a bajar. Yo sabía que lo hacía deliberadamente. Ella estaba intentando provocarme. Y vaya si funcionaba.

—Ya no más, —musité colocándola debajo de mí y sujetándole las muñecas por encima de la cabeza—. Calientapollas, —dije en tono acusador.

—Nunca he calentado ningún pene —respondió ella con tono de curiosidad y divertido.

—No puedo esperar más, Harper. Ahora.

—Sí. Por favor.

Me puse el condón en un santiamén y luego volví con ella, saboreando el tacto de su piel suave y caliente debajo de mí. Acaricié la piel del interior de sus muslos, haciendo que se retorciera.

—No hay una manera fácil de hacer esto. Probablemente te duela.

Tenía el estómago encogido de deseo y el miembro me suplicaba que me enterrase profundamente en su interior, pero lo último que quería era hacerle daño.

—Me da igual, —respondió ella con firmeza—. Jódeme ahora. Ahora mismo.

Sonreí ante su exigencia y luego me incliné para descender con mi boca sobre la de ella. El abrazo se tornó candente en cuestión de segundos, su lengua exigente mientras se batía con la mía. Rompí el beso y mordisqueé la sensible piel de su cuello antes de lamerle la piel con la lengua.

Estiré el brazo y me posicioné antes de penetrarla con una fuerte embestida. Todos los músculos de mi cuerpo estaban tensos mientras me obligaba a permanecer inmóvil a medida que sus músculos se estiraban lentamente para ajustarse a mi tamaño. Nunca había estado con una virgen, pero pensé que era mejor acabar de una vez con el dolor inicial.

Había sentido la resistencia y luego la elasticidad de sus carnes al llegar a donde ningún chico había estado jamás.

Fue lo más jodidamente increíble que había experimentado en toda mi vida.

Hasta que escuché su grito de dolor.

—¡Harper! Háblame. ¿Estás bien? —Pregunté con nerviosismo, acariciándole el cuello con la nariz.

—Tu pene es demasiado grande, —se quejó mientras jadeaba.

No pude evitarlo. Me reí.

—Nunca había tenido esa queja, cielo.

—Entonces seré la primera en quejarme, —respondió altanera—. Es muy grande.

Parte de la chispa de Harper había vuelto y yo no pude decir que no me alegrara de verla. Roté un poco las caderas.

—No volverás a decir eso de ahora en adelante.

—Lo haré, —discutió, pero el tono de su voz había pasado del dolor a la incertidumbre.

Seguí mordisqueándole el cuello mientras retrocedía lentamente y volvía a enterrarme en su interior con delicadeza.

—No lo harás, —le dije con un profundo gemido, deleitándome en sus apretados músculos internos que me comprimían el miembro.

Harper deslizó los brazos alrededor de mi cuello al responder:

—Entonces demuéstremelo.

—¿Estás bien ahora? —pregunté, pensando: «Por favor, que esté bien ahora».

—Creo que sí.

Su agarre se apretó alrededor de mi cuello y empecé a moverme a un ritmo tranquilo, intentando con todas mis fuerzas ser delicado cuando lo único que quería era joder con ella hasta que estuviéramos agotados y saciados.

—Bien, —murmuró mientras levantaba las piernas y me rodeaba instintivamente la cintura con ellas.

«¡Mi maldita fantasía hecha realidad!», pensé.

El deseo me carcomía mientras yo entraba y salía de ella, ignorando el deseo de hacérselo duro y rápido, asegurándome de que supiera que era mía. Porque, después de aquella noche, no pensaba dejarla marchar nunca.

—Más duro, —dijo ella con urgencia—. No te contengas. Por favor.

—No quiero hacerte daño, —gruñí apretando la mandíbula.

—Me harás daño si no me jodes más duro. Te necesito.

Todo lo que tenía que escuchar eran esas dos palabras: «Te necesito».

Ahuequé su trasero y le di exactamente lo que quería, exactamente lo mismo que yo necesitaba desde el momento en que empecé a fantasear con ella.

La penetré hasta que empezó a darme vueltas la cabeza, una desesperación carnal adueñándose de mi razón. Harper Lawson era mía y nadie me la iba a arrebatar nunca.

Nuestros cuerpos se movieron en sincronía. Ella se golpeaba contra mí cuando mi miembro entraba en su vaina resbaladiza y apretada. Nuestros

cuerpos resbaladizos por el sudor se deslizaban eróticamente mientras ella se estremecía debajo de mí, cerca del orgasmo.

Metiendo un brazo entre nuestros cuerpos, acaricié su clítoris con suficiente presión para llevarla al orgasmo.

—Vente para mí, Harper. Necesito que te vengas.

Podía sentir la presión en aumento, mi cuerpo a punto de explotar.

Su cabeza se sacudía de un lado a otro y Harper gritó incoherentemente. Sentí una oleada de alivio por el cuerpo cuando noté que su clímax empezaba, al clavarme las uñas en la espalda, marcándome. Y me encantó cada momento. Su ferocidad y su pasión volvieron a mí y seguí embistiendo una y otra vez, dejando que su orgasmo desencadenara el mío mientras su vaina ya apretada me llevaba a eyacular.

Me arañó la espalda cuando un desahogo feroz sacudió mi cuerpo. Tomándole el cabello para que dejara de sacudirse su cabeza, la besé con una intensidad primitiva que no pude controlar, desesperado por marcarla como mía de alguna manera.

Permanecimos allí tumbados en una montaña de extremidades enredadas, ambos intentando recobrar el aliento. Rodé hasta quitarme de encima de ella, pero la mantuve cerca de mí, abrazando fuertemente su cuerpo tembloroso mientras respiraba pesadamente.

Finalmente, tuve que separarme de ella para ir al baño y quitarme el condón. Fruncí el ceño al ver la sangre, sangre de Harper, en la superficie de goma. Lo tiré, sintiendo vergüenza y asombro de que me hubiera entregado algo tan precioso.

«¿A mí? ¿A Blake Colter?», pensé.

Nadie había renunciado a nada por mí, y aquello hizo que deseara tanto más mantener a Harper cerca de mí.

Me lavé rápidamente y regresé a la cama para encontrarme a Harper profundamente dormida, la respiración profunda y regular. Me metí en la cama con cuidado, deslizándome junto a ella, intentando no despertarla.

Apoyé la cabeza sobre el codo en la cama y la vi dormir. La melena revuelta le cubría la cara a medias, pero se había quedado dormida con una dulce sonrisa en su rostro angelical.

«Dios, qué guapa. Parece... mía».

Me deslicé debajo de las sábanas y Harper me buscó instintivamente, deslizando una pierna sobre la mía y apoyando la cabeza sobre mi pecho.

La abracé, sosteniéndola en gesto protector mientras dormía. Me quedé dormido poco después, sin siquiera moverme cuando mi cuerpo exhausto dio paso a la oscuridad del sueño.



—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo? —le pregunté a Harper con nerviosismo cuando nos detuvimos frente a su casa.

La tormenta había pasado durante la noche y habíamos podido volar de vuelta a casa en helicóptero. Ella vivía en la ciudad contigua a Rocky Springs, así que condujimos desde la pista de aterrizaje en la finca Colter hasta su casa.

Ella negó con la cabeza lentamente.

—No. Esto se va a poner muy emotivo y es algo que tengo que hacer con mis padres.

—Llámame entonces, —dije con insistencia, habiéndole escrito mi número antes de guardárselo en el bolsillo. Había guardado mi número de celular en el suyo, solo medio en broma al llamarlo «Mi nuevo novio».

—Lo haré. Gracias por ayer y por anoche. —Se desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó para besarme con dulzura—. Nunca lo olvidaré.

—No es suficiente, —gruñí antes de atraerla de nuevo para darle un abrazo más largo y sensual.

—Te llamaré pronto, —dijo sin aliento.

—Eso espero, —respondí yo en tono intenso.

La vi salir del coche, vestida con otra de mis camisetas bajo su abrigo y unos pantalones.

—Oye —la llamé justo cuando se disponía a cerrar la puerta del copiloto.

—¿Qué? —Preguntó ella con curiosidad.

—Feliz Navidad, Harper.

Ella me dedicó una sonrisa temblorosa antes de responder.

—Feliz Navidad, Marcus.

Tardé un momento en captar su comentario y, para cuando lo hice, ella ya había corrido hacia la puerta y estaba entrando.

—¿Marcus? ¿Pensó que estaba jodiendo con mi hermano gemelo? —Musité en voz alta.

Enojado y dolido, empecé a subir a su casa; luego me detuve porque sabía que iba a tenerla con sus padres. Era una situación que podíamos aclarar fácilmente. Pero me exasperó que la primera vez que me llamaba por mi

nombre, hubiera usado el nombre equivocado, aunque no era su culpa. Tal vez porque yo era el primer chico, me sentía posesivo. Realmente posesivo.

Cierto, mi hermano, mayor por apenas unos minutos, era exactamente igual que yo, pero desde luego que no quería que Harper me llamara por su nombre.

«¡Mierda! Tendría que decírselo. No quiero que siga pensando que ha estado con mi hermano», me dije.

Puse el coche en marcha y me alejé de su casa, consciente de que tendría que resolver pronto la situación y esperando que me llamara muy pronto.



Harper

—Me encantan las rebajas de enero —le dije a mi hermana, Danica, mientras paseábamos por la calle principal al día siguiente.

Ya había tenido una conversación muy larga con mis padres, y habíamos terminado llorando y haciendo las paces. Confiaron en mí devolviéndome el coche y las tarjetas de crédito. Yo estaba decidida a no volver a dar por sentado lo que tenía nunca más.

Iría a la universidad y ahora sabía exactamente qué quería hacer con mi futuro.

—No pareces muy interesada en comprar, —me acusó Dani—. ¿Pasa algo?

Antes de darme cuenta, me encontré confesándole todo lo que había sucedido entre Marcus Colter y yo.

—Llámallo, —me instó Dani—. Probablemente se muera por tener noticias tuyas.

—Lo haré. Sólo necesito aclararme las ideas.

—¿Harper? ¿Danica?

Mi hermana y yo giramos la cabeza para ver quién nos llamaba. Sonreí al ver que era Aileen Colter, la madre de Marcus.

—Hola. Qué alegría de verte de nuevo, —le respondí cuando nos detuvimos frente a la tienda de marroquinería de la que ella acababa de salir.

Después de un breve abrazo, Aileen miró a su alrededor y finalmente suspiró.

—Quería que saludaras a mi hijo, Marcus, pero parece que está... ocupado.

Mis ojos siguieron su mirada y aterrizaron directamente en Marcus Colter. Ataviado con traje a medida y corbata, parecía muy distinto a la víspera.

Tardé un momento en darme cuenta de que estaba coqueteando y besando a una morena guapa.

—Obviamente, —musité entre dientes—. Parece extremadamente ocupado.

—Nueva novia que conoció en la universidad, —explicó Aileen.

—Genial, —respondí yo sin entusiasmo.

Se me revolviéron las tripas y lo único que quería hacer era esconderme en un agujero y quedarme allí.

—¿Tiene novia? —Preguntó Dani.

—Sí. Es muy maja. Espero que le dure un tiempo. Marcus cambia de novia con mucha frecuencia. Ni siquiera creo que le dé tiempo a conocerlas.

Yo no podía apartar los ojos de la pareja al recordar lo dulce que había sido conmigo el día anterior.

—Bueno, no pasa nada, déjalos. Estoy segura de que lo veré en otra ocasión. —Me volví hacia mi hermana—. Dani, tenemos que irnos. —Sabía que había pánico en mi voz, pero no pude reprimirlo.

Dani me lanzó una mirada comprensiva.

—Estoy lista.

—Ha sido un placer verte, Aileen.

Mi hermana y yo volvimos a mi coche a toda prisa y montamos. No miré hacia atrás, temiendo que volver a ver a Marcus besando a otra chica de nuevo, solo una noche después de que perdiera la virginidad con él.

Jadeé agarrando el volante y apenas oí a Dani cuando me dijo airada:

—Es un cabrón. No puedo creer que se haya acostado contigo cuando ya tenía novia.

—Está bien, —le dije fríamente mientras arrancaba el coche—. No es como si me hubiera prometido nada.

—No está bien y lo sabes, —respondió ella con insistencia.

Permanecí allí sentada un momento, mirando fijamente al coche aparcado frente a mí, las manos aún temblorosas por la conmoción de ver a Marcus con otra chica. Mis sentimientos por él eran demasiado nuevos, demasiado frágiles, demasiado... importantes.

—Tienes razón, —respondí con voz temblorosa—. No estoy bien.

Me eché a llorar; sollozos de traición sacudieron mi cuerpo y apoyé la frente contra el volante mientras mi hermana intentaba consolarme a medida que expulsaba todo mi dolor.



Blake

Esperé ocho putos días para que Harper me llamara.

Ni una llamada. Ni una visita. Ninguna noticia de ella. No recibí ni media palabra de la mujer que había sacudido mi mundo en Nochebuena.

Tenía que volver al campus, pero, primero, quería averiguar qué pasaba. Necesitaba saber si ella estaba bien. Le había dado el espacio que ella me había pedido. Pero se acabó el mantener las distancias.

Yo sabía que estaba autoengañándome acerca de solo querer saber cómo estaba. Lo cierto era que necesitaba volver a ver su hermoso rostro. Quería darle un beso de despedida y decirle que estaba allí para apoyarla si necesitaba mi ayuda.

El hombre primitivo en mí quería reivindicarla de alguna manera, antes de irme de Colorado. Quería asegurarme de que estaríamos juntos, aunque hubiera distancia entre nosotros durante un tiempo.

Llamé al timbre de su casa, un poco nervioso por cómo actuaría cuando me viera en la puerta.

Sí, sabía que ella necesitaba tiempo para resolver las cosas con sus viejos, pero sinceramente no me esperaba que se tomara tanto tiempo para llamarme. Logró ponerme bastante nervioso.

La puerta se abrió y miré con esperanza a la mujer que acudió allí. Mi entusiasmo se apagó al reconocer a su hermana, Dani. Siempre había considerado a Danica como la hermana simpática. Cuando nos veíamos de niños, ella siempre había sido más amable y buena que Harper. Sin embargo, el ceño fruncido en su rostro cuando me examinó de arriba abajo con desdén me preocupó.

—¿Qué quieres? —Preguntó en tono hostil, como si yo fuera su peor enemigo.

—Voy de vuelta al campus. Quería ver a Harper antes de irme.

—No está. Y, créeme, eres la última persona que querría ver —respondió furiosa.

Yo fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Le has roto el corazón, cabrón, —respondió Dani, la voz helada y despreciativa—. Le mentiste. Deberías habérselo dicho. Nos encontramos con tu madre en la ciudad. Nos contó la verdad.

«Ay. Mierda», maldije para mis adentros.

Se me revolvió el estómago al darme cuenta de que mi madre probablemente le había dicho a Harper que no era Marcus quien se ofreció a ir a Denver para intentar localizarla. Que no fue Marcus quien se acostó con ella. Que no era Marcus quien estaba loco por ella.

—Quería decirle...

—Ahórratelo, —respondió Dani con un gruñido protector—. No quiere volver a verte. Lo superará y encontrará a alguien sincero. Ha cambiado y necesita a un chico que la valore.

—Me importa...

—¡Y una mierda! No se le miente a una mujer que te importa.

—En realidad, no mentí. Ella no me lo preguntó, —dije a la defensiva, preguntándome cómo había podido considerar a Dani como la hermana Lawson más simpática.

—No tendría que habértelo preguntado, —replicó Dani enfadada—. Ella se merece a alguien mejor que tú. Vuelve al campus y jode con todas allí. Pero deja en paz a mi hermana.

Tuve que retroceder cuando Dani me cerró la puerta en las narices.

Pensé en golpear la madera hasta que ella regresara y me dijera dónde estaba Harper en ese momento, pero luego consideré el hecho de que realmente había descuidado el comprobar si ella sabía exactamente con quién había perdido la virginidad. Yo sabía que Marcus y yo éramos idénticos. Simplemente no se me había ocurrido que ella podría no saber que yo era... yo.

—¡Joder! —Maldije en voz alta mientras corría de regreso a mi coche, enfadado conmigo mismo por no haberla llamado antes. Debería haber sabido que algo iba mal, y cada día que pasaba me tenía mucho más preocupado.

Monté en el coche para evitar los vientos gélidos y encendí el vehículo.

Demonios, ella era virgen. Quizás había sido una conmoción descubrir que el chico con el que pensaba que había sido su primera vez era en realidad otro chico distinto.

«¿Lo superará? ¿Acabará llamándome al entender que lo que hice no fue adrede?», me pregunté.

Aceleré al máximo, derrapando un poco al cambiar de sentido en la calle helada. Nunca había sido tan irracional como en ese momento, y me juré ahí mismo que la esperaría. Si ella no me llamaba, intentaría llamarla yo. Podía ser un cabrón muy terco y quería tanto a Harper que esperaría... aunque ella tardara una eternidad en dar señales de vida.

Volví al campus porque tenía que hacerlo, sin ocurrírseme ni por un segundo que pasarían doce años hasta que volviera a ver la cara de mi bonita virgen de Navidad. Ni que, cuando finalmente nos encontrásemos, ambos seríamos personas muy diferentes y nada volvería a ser lo mismo.



Capítulo 1



Harper

Doce años después...

—**M**e importa un comino si el grupo se ha disuelto. Vuelve a formarlo. Necesito que rescates a mi hermana —le dije airada a Marcus Colter.

Sinceramente, había tenido que hacer acopio de todas mis fuerzas para pedir ayuda a Marcus después de tantos años, pero mi amor por mi hermana pequeña era mucho más importante que mi orgullo. ¿Y qué si habíamos tenido algo hacía más de una década? La vida de Danica estaba en juego, yo quería desesperadamente que viviera y eso hizo que el hecho de que Marcus me hubiera roto el corazón prácticamente irrelevante.

—No funciona así, —comentó Marcus en tono estoico mientras tomaba otro sorbo del alcohol ambarino de su copa. Yo raramente bebía, así que no era precisamente concedora de nada alcohólico.

—Podría funcionar así. Necesito que dirijas una misión más. —Había una nota de desesperación en mi voz que detestaba, pero ahora no podía amilanarme.

Nunca le había suplicado nada a nadie y me resultaba un mal trago tener que hacerlo para intentar obligar a Marcus Colter. Había trabajado mucho para terminar mi formación con el objetivo de no tener que depender del dinero de mis padres fallecidos. No quería verme nunca sin un hogar ni sin las

necesidades básicas cubiertas e intentaba ayudar a las personas en peor situación que yo.

Así que, arrastrarme ante Marcus Colter con los años que habían pasado sin verlo no me sentaba muy bien. Tuve que darme una patada en el trasero para buscarlo y rogarle era contrario a mi naturaleza.

No era que volviera a ser la diva que había sido antes de cumplir los dieciocho años. De hecho, me había vuelto muy independiente. Mis hermanos ahora me llamaban “la hermana tranquila” y se referían a Dani como “la problemática”. Pero estaba bastante segura de que eso tenía mucho que ver con las profesiones que mi hermana y yo habíamos elegido. La mía generalmente era algo que hacía prácticamente sola. Danica tenía que hablar con gente sobre temas controvertidos.

Solo mi familia conseguiría hacerme dejar de lado mi orgullo, intentar olvidar que Marcus me había destrozado hacía doce años, cuando apenas acababa de cumplir la mayoría de edad.

—Tu hermana era perfectamente consciente de los riesgos, —dijo Marcus sin compasión.

Mi hermana pequeña, Danica, había sido consciente de los riesgos cuando se convirtió en corresponsal internacional, pero le apasionaba tanto su trabajo que simplemente no le importaba. Ahora había sido capturada por terroristas y, tras varias semanas pidiéndole ayuda al gobierno, se me agotaban las opciones. Por lo visto, nuestro gobierno federal ni siquiera estaba al tanto de que había sido secuestrada hasta que me acerqué a ellos y dudaban en hacer maniobras precipitadas.

«Joder, los federales son cualquier cosa menos rápidos o temerarios», pensé. Sabía perfectamente que mi hermana podría morir sin algún tipo de intervención rápida, y no parecía que fuera a ser pronto ni por parte de Washington.

No era su ser querido quien podría ser asesinado en cualquier momento. No era su hermana, hija o amiga quien podría estar sufriendo una tortura indescriptible ahora mismo. No era ninguno de ellos quien se despertaba a mitad de la noche, con un sudor frío por haber soñado con lo que podría estar ocurriéndole a su hermana en territorio hostil.

«¡Cabrones!», pensé. Intenté controlar mi miedo y mi rabia mientras comentaba:

—Sí. Ella conocía los riesgos. Pero eso no significa que quiera morir ni que merezca morir. Lo único que te pido es una misión más. —Estaba

desesperada y Marcus parecía completamente indiferente, así que decidí mencionar algo que había jurado que no mentaría—. Ya que perdí la virginidad contigo y tú volviste a Rocky Springs y a tu novia como si nunca hubiera ocurrido, creía que era lo mínimo que podías hacer.

«Ah, mierda», maldije para mis adentros. Estaba jugando mi última carta decente intentando conseguir que Marcus se sintiera lo bastante culpable como para reunir a su grupo desmantelado, ORP (Organización de Rescate Privado), para una misión más. No era como si le estuviera pidiendo que volvieran a unirse para siempre. Sabía que eso no era posible. Sólo necesitaba que saliera y rescatara a una secuestrada, mi hermanita, una vez más.

Ni siquiera había querido mencionar mi pasado con Marcus. Era lo último de lo que quería hablar. Por el amor de Dios, aquello había sucedido hacía doce años. Pero me estaba poniendo frenética y mi miedo por Dani probablemente me haría arrodillarme y suplicar si era necesario.

Gracias a Dios, ya no sentía absolutamente nada por aquel hombre. Antes de llegar a la casa de Marcus en Rocky Springs, casi temía sentir esa chispa de atracción que había experimentado tantos años atrás, una llama tan ardiente que tuve un lío de una noche con él, mi primera vez, que nunca había olvidado por completo. Un acontecimiento que luego me había roto el corazón.

Ahora, no sentía nada por el hombre al que le suplicaba que rescatara a mi hermana, excepto impaciencia. Para ser sincera, su actitud tranquila me pareció bastante molesta cuando estaba tan tensa que apenas podía respirar.

—¿Podrías repetir eso?—Preguntó Marcus en voz baja.

Yo lo fulminé con la mirada.

—No, no voy a repetirlo. Sabes exactamente lo que pasó.

«Si está intentando provocarme para hacerme olvidar mi objetivo, no voy a morder el anzuelo», me dije.

—Recuérdame, —volvió a pedir.

«¡Como si no recordara lo que pasó!», pensé furiosa. De ser cierto, había pasado mucho tiempo sufriendo cuando al agente de ese dolor el incidente le pareció tan insignificante que ni siquiera recordaba las circunstancias.

—Olvidalo. Ni siquiera debería haber intentado pedirte ayuda, —respondí con tono rebotante de disgusto.

«¡Cabrón!», grité para mis adentros. Tal vez hubiera sucedido hacía mucho tiempo, pero creo que enseñarme los placeres del sexo sería, al menos, algo memorable. «No importa, Harper», me dije.

Tenía que mantener la calma. Lo que había sucedido entre Marcus y yo hacía doce años no era importante ahora mismo. La única razón por la que lo había mencionado siquiera era para intentar recordarle nuestra conexión, para que se sintiera lo bastante motivado como para salvar a mi hermana pequeña.

Lo único que quería era a mi hermana de vuelta. La quería a salvo, de vuelta conmigo. Me preocupaba por Dani cada puñetera vez que salía del país y, tras varios años inquieta por su seguridad, mi peor pesadilla se había hecho realidad.

Dani estaba secuestrada. Retenida como rehén en algún lugar de Siria por un grupo rebelde desconocido. Las fuerzas especiales habían realizado recientemente un rescate en ese ambiente hostil, pero Dani no formaba parte del grupo de rehenes rescatados. Aquello hizo que los militares estuvieran aún más seguros de que realmente no era prisionera.

Mi hermano, Jett, había recibido algunas exigencias de rescate y estábamos más que dispuestos a pagar a sus captores para recuperarla. No nos importaba si era otro grupo de rebeldes en otro lugar, un pequeño grupo de guerrilleros cuya existencia ni siquiera fuera conocida por el Gobierno de Estados Unidos. Mi hermana estaba en peligro y no había importado qué lunáticos la tuvieran retenida. Pero, cuando llegó el momento de la reunión para el intercambio de Dani por el dinero, los rebeldes no se presentaron. Ni Dani.

«¿La han matado? ¿No han podido cruzar la frontera para reunirse con mi hermano? ¿Habrán pensado que era una especie de trampa y decidieron no presentarse a la reunión? ¿Habrán entendido mal?», volví a preguntarme. No tuvimos la oportunidad de averiguarlo. La comunicación había cesado y temía que hubiéramos perdido a nuestra hermana para siempre.

Fue entonces cuando mi hermano Jett sugirió probar con Marcus y la ORP. Habiendo formado parte del equipo de élite privado de rescate que Marcus Colter había dirigido, mi hermano sabía mejor que nadie lo buenos que eran. Durante sus varios años de existencia, nunca habían fallado para encontrar a un rehén... a menos que el cautivo ya estuviera muerto.

Por desgracia, la existencia del grupo se había dado a conocer al público, así como todos los chicos del equipo. Con sus identidades y su trabajo privado comprometidos, se disolvieron. Mi hermano había sido uno de los heridos en su última misión, la única fallida, que los había puesto en el punto de mira mundial.

—No he dicho exactamente que no fuera a ayudar, —respondió finalmente Marcus.

—No juegues conmigo, Marcus. Rescatarás a Dani o no lo harás, —le dije airadamente. Este hombre ya había jugado con mis emociones en el pasado y no estaba por la labor de permitir que volviera a suceder. Era mayor y mucho más sabia.

—Como he dicho, no es tan sencillo. Tu hermano no puede meterse en una misión de rescate, y tampoco puede hacerlo otro chico, nuestro piloto, que solía ser un miembro muy importante de nuestro equipo. Ambos eran especialistas críticos para la organización. Pero quizás pueda sustituirlos para intentar este rescate.

Lo miré, conteniendo la respiración mientras observaba la mirada contemplativa en su rostro.

«¡Mierda!», pensé. Seguía siendo guapísimo, aunque fuera un imbécil. No es que sintiera nada de la química que habíamos tenido años atrás, pero con traje a medida y corbata, el cabello recortado perfectamente peinado y una barba incipiente en su fuerte mandíbula, Marcus Colter era estéticamente guapo.

Era una lástima que sus ojos grises de Colter parecieran terriblemente fríos.

—Por favor —supliqué finalmente—. Tengo que recuperar a Dani con vida.

—Si la rescato, tendrá que quedarse quietecita en Estados Unidos, —farfulló—. La veo en casi todos los puñeteros puntos calientes a los que voy yo. Es como un grano en el trasero.

—¿Os habéis encontrado? —pregunté, interesada en cómo habían interactuado.

Marcus tenía un gesto incómodo en la cara cuando respondió:

—Demasiadas veces. Si es un área del mundo donde hay problemas, tu hermana pequeña siempre está ahí.

Sabía que Marcus era un viajero internacional, pero no se me había ocurrido que se encontraría con Dani.

—Ese es su trabajo. Es una reportera fantástica, —la defendí.

Marcus dejó escapar un suspiro masculino.

—Parece que tiene deseos de morir.

Sonreí porque sonaba como mis hermanos mayores. Todos odiaban la profesión elegida por Danica, pero nadie había podido detenerla. A mí tampoco me gustaba, pero entendía que no podía evitar que persiguiera su pasión. Sería quitarle lo que le daba la vida.

—¿Entonces vas a ir? —Le pregunté con nerviosismo.

—En cuanto pueda reunir un equipo —accedió, acariciándose la mandíbula como si ya estuviera pensando en cómo organizar el grupo.

—Gracias, —dije sin aliento—. Te debo una por esto.

—Creo que perder la virginidad conmigo fue suficiente —respondió fríamente.

—Pensé que no te acordabas —lo acusé cruzándome con su mirada de acero mientras él se apoyaba contra el escritorio del despacho en su casa.

—Podría estar volviéndome a la memoria —respondió él distraídamente.

—Lamento que no fuera lo suficientemente importante como para que lo recordaras de inmediato, —respondí con sarcasmo. En realidad, dolía que no recordara algo que había sido tan significativo para mí. Pero, obviamente, no le había importado lo suficiente como para recordar el encuentro.

Me miró de arriba abajo con una sonrisa ligeramente traviesa.

—Oh, estoy bastante seguro de que fue memorable.

Yo no estaba muy segura de qué quería decir con eso, pero mientras seguía mirándolo a los ojos, fue un alivio no sentir absolutamente nada.

Mis recuerdos eran todo lo que quedaba de lo que había ocurrido entre nosotros. Este Marcus no era el mismo joven con el que me había encontrado años atrás.

Vaya, seguía siendo guapo, pero tenía un punto áspero y brutal que me hacía sentir un poco incómoda. No lograba imaginármelo como el mismo tipo que me había sonreído travieso y me había arrancado una sonrisa en un momento en que yo estaba tan triste.

Durante un breve instante, sentí la pérdida del joven que había sido. Pero entonces me di cuenta de que yo también había cambiado con los años.

Él era producto de la vida adulta que había llevado, y yo también. Evidentemente, éramos personas muy diferentes ahora. En muchos sentidos, la desconexión de él me hizo sentir... libre.

—¿Cómo terminaste formando un grupo de rescate? —pregunté con curiosidad.

Antes de que mis padres murieran en un accidente de coche hacía siete años, mi madre me mantenía al tanto de todos los avatares de los Colter.

No es que me importara mucho. No era cercana a ninguno de ellos.

De acuerdo... tal vez escuchaba, pero ella hablaba muy poco de Marcus porque él solía estar fuera. Había oído hablar más de Tate, Chloe o Zane. De vez en cuando mentaba a Blake, pero él aún no era miembro del Senado antes

de que mis padres murieran. Había cumplido un mandato en la Cámara, pero luego renunció a su puesto para presentarse a senador en cuanto cumplió la edad mínima requerida.

Blake Colter era probablemente uno de los hombres más ambiciosos políticamente que había visto en mi vida. Era muy buen senador, por lo que había oído. No lo había visto desde que éramos niños, pero todavía me sentía mal por lo mal que lo trataba cuando era niña. Por entonces no era buena, sino una perra con casi todo el mundo.

Marcus respondió finalmente:

—¿En serio estás preguntando por qué un grupo de multimillonarios se unieron para hacer algo decente? —preguntó en tono seco.

—No. No me sorprende en absoluto. Después de todo, Jett estaba involucrado. Solo siento curiosidad por cómo sucedió. Quiero decir que viajas por negocios, porque tienes muchos intereses comerciales a nivel internacional. Pero ¿qué llevó a que se te ocurriera hacer cosas peligrosas en países extranjeros?

—¿Qué te hizo convertirte en arquitecta y proporcionar servicios gratuitos para construir refugios para personas sin hogar? —respondió él—. No es precisamente algo a lo que se dedicaría una mujer rica.

«¡Qué bonito!», pensé. En realidad, había respondido a mi pregunta con otra pregunta. Era una táctica de evasión excelente, pero no iba a decírselo.

—Hago otros trabajos —respondí a la defensiva—. Y creo que sabes por qué lo hago.

Marcus levantó una ceja, pero no preguntó nada más sobre mi ocupación.

—Lo hice porque entiendo mucho sobre las políticas y culturas de otros países. Lo creas o no, tengo corazón.

A juzgar por su tono tenso, no me quedé muy segura de si realmente había un órgano laténdole en el pecho, aunque respondí:

—Pero son operaciones encubiertas. Y en realidad fuiste tú el organizador. ¿Cómo ocurre eso cuando no eres más que un hombre de negocios que supervisa sus operaciones en el extranjero?

Marcus se encogió de hombros.

—Tenía toda la ayuda que necesitaba de mi equipo. No fue tan difícil.

Su respuesta deliberadamente ambigua me irritó, pero si no quería hablar sobre su vida personal, yo no iba a presionar. Sólo lo necesitaba para una cosa: rescatar a mi hermana.

Habían pasado doce años desde que me quitara la virginidad y no necesitábamos volver a conocernos precisamente. Solo necesitábamos llevarnos bien.

Me moví inquieta en mi sitio, a un metro de distancia de él, cambiando el peso de una pierna a la otra.

—Entonces, ¿tienes alguna idea de cuándo puedes irte?

—Necesitamos un poco de información primero, —me explicó—. Hablaré con Jett y veré cuáles son sus instintos acerca de dónde podría estar ella y de quién la retiene mientras lo preparo todo. No tardaré. Un día o dos como máximo.

Ahora mismo, incluso veinticuatro horas parecían toda una vida, pero accedí con la cabeza. «En realidad, ¿qué alternativa me queda?», pensé. Además, su respuesta tenía sentido. Era imposible que un equipo pequeño pudiera irrumpir en un país peligroso sin recabar información y trazar un plan. Lo último que probablemente querrían sería llamar la atención.

—Por favor, tráela con vida, —le supliqué con lágrimas en los ojos.

Él asintió bruscamente.

—Haré todo lo que pueda.

Me volví para salir de su despacho. Ya había llegado a la puerta cuando él me llamó:

—¿Harper?

Me giré un momento para mirarlo.

—¿Sí?

—Lamento lo que pasó. Quiero decir, no lamento que ocurriera, pero nunca fue mi intención hacerte daño.

Ahora todo era agua pasada para mí, así que respondí:

—No es gran cosa. Solo deseaba que me hubieras dicho que tenías novia. Me hiciste daño, pero lo superé hace años.

Eso no era verdad exactamente, pero sin duda me había relajado al respecto desde que entrara por su puerta hacía unos minutos. Sorprendentemente, no sentí ni pizca de la misma atracción que sentía por él en aquel entonces.

—Aun así, te pido disculpas por lo que pasó. Era joven y estúpido, —dijo en tono seco.

—No es necesario. En serio, lo he superado, —respondí con indiferencia mientras abría la puerta y salía a toda prisa del despacho, cerrándola a mi espalda.

Llegué fuera antes de sonreír ampliamente. Lo había conseguido y por fin había superado a Marcus Colter.

No más preguntas. No más sombras pendiendo sobre mi cabeza. Ya no me preguntaría si seguiría prendida de él para siempre. Era libre.

Si no estuviera tan preocupada por mi hermana pequeña, estaría eufórica. Corrí a mi BMW SUV alquilada, con una estúpida sonrisa en mis labios cuando monté y arranqué el motor. El final del invierno se estaba alargando en Colorado y todavía hacía fresco.

Mientras me frotaba las manos para calentarlas, dije en voz alta:

—Se acabó. Marcus es historia.

Puede que el mayor de los Colter fuera el sueño de todas las jóvenes, pero ya no era mi sueño, y estaba muy feliz por eso.

¿Cuánto tiempo me había odiado a mí misma porque seguía pensando en él a pesar de que era un completo imbécil, un mujeriego que apenas recordaba una noche que yo nunca había podido olvidar?

Oh, sí, había intentado despreciarlo. Pero, en ocasiones, no podía evitar recordar su sonrisa irresistible, su paciencia y su amabilidad de aquella noche. Antes de saber que todo lo que creía real como una adolescente idealista no era más que una actuación muy buena para tener sexo.

Esperé a que el coche se calentara, tiritando un poco hasta que empecé a notar que los asientos con calefacción se calentaban y que los conductos emitían aire caliente.

Al ver a Marcus ahora que éramos más mayores, no sentí ni una pizca del antiguo deseo. Por lo visto, había dejado de esconderse tras un falso encanto.

Nunca más tendría que preguntarme si me sentiría igual que hacía doce años. No me sentía igual. Lo único que había experimentado era impaciencia por sacar a mi hermana del peligro.

«Un día o dos», recordé. Podría esperar ese tiempo.

—Por favor, mantente con vida —susurré entre dientes. No lo soportaría si algo le ocurriera a mi hermana pequeña y mejor amiga. Dani y yo nos habíamos aferrado la una a la otra durante la mayor parte de nuestras vidas y nos habíamos unido aún más desde que mis padres murieron. Ella solo era un año menor que yo, así que había muy poca diferencia de edad, pero nunca dejé de pensar en ella como mi hermana pequeña. Todavía la protegía y ella todavía cuidaba de mí.

Por algún motivo, me sentí un poco mejor sabiendo que Marcus intentaría rescatarla. Tal vez él no me gustara, pero sabía lo buenos que eran él y su

cuando mi hermano, Jett, se sinceró sobre su participación en la operación. Solo esperaba que pudieran descubrir la ubicación de Dani y traerla de vuelta pronto.

Suspiré, puse el coche en marcha y volví a la cabaña del resort Colter, donde había reservado una habitación para poder ir a hablar con Marcus Colter.

Por extraño que parezca, ya ni siquiera lo odiaba. No sentía absolutamente nada excepto la esperanza de que pudiera ayudarme a encontrar a Dani. Fue un alivio que Marcus Colter ya no pudiera emocionarme. El chico con el que había perdido la virginidad ahora era como un extraño para mí. Curiosamente, estaba conforme con eso.



Capítulo 2



Marcus

No hacía falta ser ingeniero para descifrar la supuesta conexión entre Harper y yo. O más bien... entre Harper y otro tipo, porque yo no me había acostado con ella, desde luego. No había querido preguntar demasiado, pero estaba casi seguro de que con quien Harper perdió la virginidad había sido mi hermano gemelo, Blake. ¿Quién más iba a ser?

Quizás debería haber corregido a Harper de inmediato, pero no era la clase de hombre que toma una decisión apresurada. Evidentemente, Blake tenía sus motivos para hacer lo que había hecho. Obviamente, hacía años, mi impecable hermano senador se había hecho pasar por mí. La pregunta era... ¿por qué?

Mi hermano odiaba ser yo. Joder, no podía culparlo. A veces yo también odiaba ser yo. Blake siempre había sido el chico bueno, el que se complicaba la vida por ayudar a cualquiera. ¿Yo? Yo era un idiota egoísta y lo sabía. Lo había aceptado. Pero no siempre me gustaba.

En muchos sentidos, viajar por el mundo me había endurecido, me había vuelto menos empático. Si permitía que cada situación triste que veía me afectara personalmente, nunca sobreviviría. Si fuera como Blake, habría muerto de un corazón sangrante hacía años. Así que dejé de preocuparme por las cosas que no podía controlar y empecé a trabajar en proyectos en los que podía marcar la diferencia. Si eso me convertía en un imbécil... que así fuera. Si eso me hacía frío, podría lidiar con ello. Lo que no podía hacer era dejar que las cosas horribles que había visto me destruyeran.

Salí de mi despacho y subí corriendo las escaleras, más que dispuesto para quitarme la ropa de trabajo. Acababa de volver de hacer negocios en Tokio cuando llegó Harper Lawson, visiblemente disgustada y frenética.

Mientras me ponía unos pantalones y un suéter grueso, repasé la conversación una vez más. Había aprendido a almacenar y archivar información en mi memoria, así que recordaba cada palabra. Quizás le había dado la impresión de que dudaba en rescatar a Dani, pero lo cierto era que habría ido en busca de la loca corresponsal de todas formas.

No exageraba cuando le dije a Harper que veía a su hermana en casi todos los puntos calientes que visitaba.

«No es de extrañar que Danica siempre me haya odiado. Cree que su hermana perdió la virginidad conmigo y luego me metí en la cama con otra», pensé.

No es que yo fuera muy agradable con nadie de costumbre, pero nunca había sido particularmente grosero con la hermana de Harper... hasta que recibió unos cuantos insultos injustificados las primeras veces que la vi. Después de eso, se abrió la veda para fastidiarnos mutuamente tan a menudo como fuera posible. Tenía que reconocer que ver a Danica Lawson sin palabras o furiosa se había convertido en un placer inconfesable para mí. Discutir con ella era casi tan bueno como el sexo. Bueno, quizás no fuera tan bueno, pero era muy entretenido, y quedaban muy pocas cosas que me divirtieran de verdad.

Ella me llamaba un imbécil estirado, un insulto que quizás tuviera un ápice de verdad. Yo le decía que era peligrosa y descerebrada porque sabía que la sacaba de quicio.

Para ser sincero, probablemente era una de las mujeres más astutas que había conocido en mi vida, pero me irritaba muchísimo que estuviera en cada lugar del que debería estar huyendo como si le ardiera el trasero.

No podía compartir con Harper que era un agente especial de la CIA. Nadie lo sabía excepto mi familia. Nunca me había considerado un espía... no exactamente. Prefería pensar en mí mismo como un recolector de inteligencia que casualmente estaba en muchos lugares en el extranjero y tenía montones de informantes y contactos en dichos destinos.

No era el puñetero James Bond. En realidad, tenía negocios en casi todos los lugares donde iba. Pero hacía lo que hacía por la CIA porque estaba muy cansado de ver morir a mis amigos en el extranjero, en países devastados por la guerra simplemente por vivir o tener negocios en dichos lugares.

Mi grupo de rescatadores, ahora disuelto, ORP, se había organizado porque una vez había tenido amigos que necesitaban ser rescatados, varios hombres de negocios ricos que habían sido atrapados por un grupo de rebeldes. Reuní a un grupo disparejo pero perfecto de ex agentes de la CIA, SEAL y FBI con todas las especialidades que necesitaba para llevar a cabo una misión y sacar a mis amigos de su cautiverio. Sobrevivieron y luego varios países nos pidieron que rescatáramos a otras personas.

Habíamos operado tanto tiempo como pudimos antes de que nuestras tapaderas fueran reveladas en una misión de mierda que nunca tendría que haberse producido.

El hermano de Harper, Jett, había resultado gravemente herido. Otro miembro también estuvo a punto de perder la vida. Nuestra única opción había sido poner fin a las operaciones. Conocidas nuestras identidades y la OPR al descubierto, era demasiado peligroso para los chicos del equipo. Además, sabía que, si no podíamos operar discretamente, no seríamos tan eficaces.

Ahora, iba a tener que volver a intentar ir a un lugar al que pocas personas quisieran acercarse siquiera.

«¿Qué demonios estaba haciendo Dani en Siria?», me pregunté. Puede que fuera valiente e imprudente, pero no era totalmente estúpida. Yo sabía que ella informaba desde Turquía, pero no sabía que cruzaba la frontera ni que lo considerase siquiera.

Claro que sí. Iba a traerla a casa. Pero, ahora más que nunca, volvía a necesitar la ayuda de Blake. Por suerte, él estaba en casa por vacaciones de Navidad de Washington, y tendría que pedirle que me cubriera.

No podía permitir que nadie supiera que me había ido. Estar lejos en un destino desconocido sería una gran bandera roja de que estaba en un rescate. Mientras estuviese aquí en Rocky Springs o la gente creyera que lo estaba, no podría estar fuera del país.

Sacudí la cabeza mientras me ponía unos zapatos y extraía mi cartera del pantalón del traje antes de meterla en el bolsillo trasero de mis pantalones.

Necesitaba hablar con Blake y tenía que hacerlo ya.

Cuanto antes pudiera organizarlo todo, antes podría volver a traer a esa loca de vuelta a Estados Unidos.

Preguntándome un instante si lograría que le quitaran el pasaporte de por vida, me pasé una mano por el pelo con frustración, más preocupado de lo que probablemente debería estar por una mujer que arriesgaba su vida sin reparos para hacer su trabajo.

Claro que ella era consciente de los riesgos de su trabajo. Yo nunca lo había dudado. Pero pensar en ella en manos de rebeldes que no sentirían ni una pizca de remordimiento por matarla me hizo mover el trasero un poco más rápido.

Estaba en mi coche y en camino al rancho de Blake en cuestión de minutos.



—¿Se puede saber cuándo te acostaste con Harper Lawson? —Le pregunté a mi hermano mientras me preparaba un trago en su salón.

Había llegado a su casa en un tiempo récord. Me encantaban los coches rápidos y había conducido uno de los más rápidos que tenía.

—¿Qué? —Blake me miró con el ceño fruncido mientras se dejaba en un sofá.

Me di cuenta de que mi gemelo había salido en su rancho de cría. Llevaba los pantalones viejos y desteñidos, y una sudadera vieja que debería haber tirado al terminar la universidad. Yo no lograba entender qué demonios le parecía tan fascinante acerca de las vacas.

—Ya me has oído —dije con calma, sentándome frente a él en un sillón reclinable—. Ha venido a pedirme ayuda hoy. Su hermana Dani ha sido... retenida. Por algún motivo, tenía la idea de que en otro tiempo perdió la virginidad conmigo y me odia. ¿Se puede saber qué hiciste?

Blake no era conocido por ser problemático ni un mujeriego. De hecho, yo no conseguía recordar la última vez que había tenido novia. Si no estaba en Washington ocupándose de sus responsabilidades como senador, estaba aquí, en su rancho, intentando criar nuevas y mejores razas de ganado mediante su programa de cría.

—Hace años —gruñó—. Ella acababa de llegar a la edad adulta.

Levanté una ceja ante su tono enojado. Mi hermano no era de la clase que se acuesta con una virgen y desaparece.

—¿Qué pasó?

—¿Recuerdas el año en que se escapó de casa?

Yo asentí. Lo recordaba. Yo tenía una nueva novia en ese momento y lo último que quería hacer era volar a Denver en plena tormenta y dejar atrás a la preciosa chica. La novia no me duró mucho tiempo. Joder, ni siquiera recordaba cómo se llamaba. Pero ninguna se quedaba conmigo más de uno o dos meses.

Blake cambió de postura, incómodo.

—Tuvimos que pasar la noche juntos cuando la encontré en Denver, debido a la tormenta. Nos acostamos. Fin de la historia.

«Interesante. No quiere hablar sobre lo que pasó con Harper», me percaté. Yo sacudí la cabeza.

—No es el final de la historia. ¿Por qué cree que era yo?

—No fingí ser tú. Ella dio por hecho yo era tú. Cuando fui a verla antes de volver al campus, no estaba. Nunca tuve la oportunidad de decirle la verdad.

—¿Nunca la volviste a ver?

—No, —respondió Blake con amargura—. Intenté llamarla durante meses, pero nunca respondió. Creo que acabó cambiando de teléfono o de número, porque al final estaba desconectado.

—Su hermana me odia. Harper me odia. Supongo que todo se debe a que jugaste con Harper.

—No estaba jugando con ella. Ella se fue. Nunca se despidió. Nunca se puso en contacto conmigo. ¿Cómo iba a contárselo?

—Bueno, estás a punto de tener otra oportunidad. Tengo que ir a esta misión, Blake. Nadie puede enterarse de que me he ido.

—No, ni hablar. Después de la última misión que hiciste con ORP, creía que lo habías dejado.

—Entonces ¿quieres que deje a Dani en Siria a merced de los rebeldes? —respondí con desinterés, sorprendido por la emoción que veía en Blake, aunque fuera negativa. Las mujeres solían ser lo último de lo que quería hablar. Y, sin duda, nunca había visto a mi gemelo tan nervioso por una mujer.

Él negó con la cabeza lentamente.

—Si a Dani le pasa algo, Harper probablemente se moriría. Pero ya ni siquiera tienes equipo.

—Encontraré uno, —respondí con confianza. Ya tenía una idea bastante buena de a quién podría usar para reemplazar a los dos miembros desaparecidos de mi equipo, y sabía que los otros chicos estarían dispuestos a ir a otra misión, sobre todo teniendo en cuenta que íbamos en busca de Danica Lawson. La mayoría de los chicos al menos la conocían de oídas, pero estaba casi seguro de que la conocían personalmente, igual que yo. Ella era conocida por sus reportajes en zonas peligrosas y no había precisamente un montón de mujeres corresponsales internacionales. Ella era una de las pocas.

—¿Cómo piensas entrar en el país? Dios, Marcus... esto va a ser peligroso. Le lancé a mi gemelo una media sonrisa.

—He estado en peores situaciones. Primero, tengo que localizar a Danica.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, —accedió Blake a regañadientes—
¿Cómo estaba Harper?

La nota de vulnerabilidad en su voz me hizo observar a mi hermano atentamente y me percaté de lo nervioso que estaba.

—Enfadada. Preocupada. El mero hecho de que mencionara que perdió la inocencia conmigo hace más de una década me dice que está desesperada.

—No fue contigo —gruñó Blake—. Fue conmigo.

«Um... está muy sensible con este tema», me dije.

—Lo sé. De haber sido yo, lo recordaría. Es muy guapa. —Sí, sabía que estaba pinchándolo, pero su reacción molesta con todos los años que habían pasado me desconcertó. Joder, actuaba como si hubiera sido ayer.

—¿La tocaste? —preguntó con voz ronca.

—No. Pero ¿y qué si lo hice? No estáis juntos precisamente.

Blake me fulminó con la mirada.

—No lo hagas. No te líes con ella.

Reprimí el deseo de lanzarle una sonrisa de suficiencia.

—No lo haré. Pero te agradecería que limpiaras mi nombre.

—Lo siento, —respondió Blake con voz áspera—. No creí que fuera a volver por aquí porque sus padres fallecieron, ni que alguna vez tendría que volver a hacerle frente. Tampoco se me ocurrió que tú la verías, dicho sea de paso. —Hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Por qué no le dijiste la verdad? Debes de haber sabido que fui yo.

Me encogí de hombros.

—No es mi responsabilidad. No tenía todos los hechos y no quería hacerla enfadar todavía más. Para tu información... No sé exactamente qué pasó, pero parece ser que me vio con mi novia de entonces justo después de que te acostaras con ella. Cree que la utilizaste para una noche y que después volviste con tu novia.

—Mierda, —explotó Blake—. No me extraña que no me hablara ni contestara al teléfono. Debería haberla buscado y haberle dicho la verdad. Pero di por hecho que se arrepentía de lo sucedido o que, simplemente, no le interesaba hablar conmigo. No sabía que te había visto con otra chica.

—Si te sirve de consuelo, ella lo ha superado. Además, yo no estaba con otra mujer. Solo estaba acostándome con mi novia de entonces.

Blake inclinó la copa que había estado sosteniendo y se tragó todo el vaso de *whisky* escocés.

—No importa. Lo superé hace mucho tiempo. Solo fue una noche.

Yo estaba pensando que debió de ser una gran noche para que mi hermano siguiera reaccionando al incidente como si hubiera ocurrido recientemente. Blake era mi gemelo y a veces percibíamos las emociones del otro. Durante mucho tiempo, prácticamente habíamos perdido ese vínculo. Pero se me hizo un nudo en el estómago al ver su expresión atormentada y me conecté con él a un nivel que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

—Nunca lo superaste.

Él se encogió de hombros.

—No podía hacer mucho más que olvidarme de ella.

Blake nunca había olvidado a Harper. Yo estaba convencido de eso.

—Le ha ido bien y hace un trabajo excepcional.

Yo no sabía mucho acerca de Harper Lawson, pero no era ningún secreto que había dedicado su vida a diseñar edificios únicos y era aún más conocida por sus contribuciones a la lucha contra el sinhogarismo.

—Lo sé. He visto algunas cosas sobre ella a lo largo de los años, —dijo Blake despreocupadamente.

«Más bien has seguido la pista de su carrera», pensé. Me daba igual lo que dijera mi hermano... la herida por su breve aventura con Harper seguía abierta, no importaba cuánto tiempo hacía de aquello.

Me levanté inquieta porque tenía mucho que hacer.

—Prepárate para hacer el cambio mañana.

Blake se puso de pie y su voz era áspera cuando me llamó:

—¿Marcus?

—¿Sí?

—Ten cuidado. Esto no será fácil.

Yo sonreí.

—He intentado cosas peores.

—Eso no me hace sentir mejor, —protestó Blake.

Sólo me reí, secretamente feliz de que mi gemelo se preocupara por mí. Él era el único que conocía ORP y solo porque le había pedido que fuera mi sustituto un par de veces durante nuestras últimas misiones. Pero yo sabía cuidarme solo.

No había compartido mucho con mi familia acerca de mi trabajo con la CIA. Solo sabían lo básico y, cuando me cubrían las espaldas si Blake y yo cambiábamos de identidad, creían que era por algo que estaba haciendo para la CIA. No pensaba hablarle a mi madre de ORP. Ya se preocupaba bastante

por mi seguridad mientras viajaba, especialmente después de descubrir que reunía información para el gobierno mientras estaba fuera.

Le dije a Blake:

—Le diré a todos que haremos el cambio durante la cena familiar de en casa de mamá esta noche. Tendré que llamar a Zane. No está en la ciudad.

—Lo sé, —confirmó Blake—. Yo llamaré a Zane, pero tú tendrás que decirle a mamá que volvemos a cambiarnos.

—Se lo contaré esta noche, —gruñí, no muy contento porque mi madre fuera a preocuparse. Demonios, debería estar jubilada, relajándose en su porche y disfrutando de la vida. En cambio, seguía trabajando más duro que la mayoría de nosotros para administrar el resort.

—Mañana... tú eres yo. Saldré de aquí temprano, —le recordé bruscamente antes de salir de la habitación.

Sabía que le había dicho a Harper que tardaría un día o dos en disponerlo todo, pero tenía que irme tarde esta noche o temprano por la mañana. Podría empezar por concertar una cita con el equipo ahora. Si iba a sacar a Danica Lawson de la boca del lobo, tenía que hacerlo antes de que fuera demasiado tarde.



Capítulo 3



Harper

Tomé un sorbo del vino que Aileen Colter me había servido cuando entré en su casa, sintiéndome incómoda de haberme entrometido en una cena familiar.

Yo no era familia. Mi sitio no estaba allí. Ni siquiera era amiga cercana de los Colter, para ser sincera. Aunque mi madre y Aileen habían sido muy buenas amigas durante la mayor parte de su vida de casadas, en realidad, yo no conocía bien a nadie de la familia. Y no había visto a ninguno de ellos desde el funeral de mis padres. Aileen había asistido, pero sus hijos todavía estaban en la universidad o fuera.

Recordaba haberla visto y haber hablado con ella en el funeral de mis padres, pero ahora era incapaz de recordar nada de lo que ella había dicho. Yo estaba absorta en mi pena, demasiado conmocionada de que tanto mi madre como mi padre hubieran fallecido tan repentinamente. Hacía siete años, Un conductor ebrio había acabado con la vida de dos personas que yo quería de todo corazón. Incluso ahora había momentos en los que todavía me costaba creer que ya no estaban.

Me había encontrado con Aileen antes en el resort y ella me había invitado a cenar. En ese momento, pensé que sería preferible a estresarme yo sola en la habitación, pero ahora que la única hija de Aileen, Chloe, había llegado con su marido, Gabe, me sentía... incómoda.

No es que no me gustara Chloe. Simplemente no la conocía a ella ni a su esposo. Había dado por hecho que Aileen estaría sola. Cuando me invitó,

tampoco sabía esperaban que Marcus apareciera por allí.

«No importa. Cualquier sentimiento que temiera que resurgiera cuando volviera a verlo ha desaparecido», me recordé a mí misma. Me relajé un poco al recordar mi enfrentamiento de antes con el mayor de los Colter.

Aileen habló con una voz auténtica de felicidad.

—¡Qué alegría verte de nuevo, Harper! Solo lamento que muchos de los chicos no estén aquí. Zane y Ellie están fuera. Tate va a ir a buscar a Lara porque tiene clase esta noche, así que tampoco pueden venir. —Aileen suspiró—. Es bastante raro que todos mis hijos estar en el mismo sitio a la vez.

Yo le sonreí, inclinando el cuerpo hacia su silla mientras ambas nos sentábamos en la mesa de la cocina con una copa de vino.

—No pasa nada. Siento que me estoy entrometiendo un poco, —reconoció—. No sabía que era una cena familiar.

Por lo que Aileen había dicho cuando llegué, hacía una cena semanal y cualquiera de sus hijos que podía, acudía al acontecimiento.

—No te estás entrometiendo, —respondió Aileen en tono firme—. Tu madre era mi mejor amiga. Ella querría que te considerara una más de la familia. Solo desearía conoceros mejor a todos. Te pareces mucho a ella cuando era joven.

Tragué saliva, intentando que no me conmoviera el recordatorio de que tenía los ojos de mi madre y algunos de sus rasgos.

—Ya éramos todos mayores cuando fallecieron, —le recordé.

—Lo sé. Y vosotros fuisteis a universidades diferentes que mis hijos. Pero fue una lástima que tu madre y yo no pudiéramos juntaros a todos más a menudo.

A mí no me parecía que fuera una tragedia no haber pasado mucho tiempo con los niños de los Colter. Todos me odiarían. No era muy agradable de niña, ni de adolescente, para el caso. Era malcriada, me creía con derecho a todo y estaba tan protegida por mis padres que a ninguno de los Colter le habría gustado. Recordaba vagamente que, de pequeña, me gustaba tener a Blake cerca, pero también lo atormentaba. Quizás fuera por el hecho de que me aguantara tantas mierdas cuando era niña por lo que quería que él estuviera en cualquiera de nuestras fiestas familiares.

Entonces, un día, dejó de asistir. No podía culparlo, pero recuerdo haberme sentido triste al dejar de verlo.

Respiré hondo antes de contestar:

—Probablemente sea mejor que no lo hicierais. Yo era un poco... — interrumpí la palabrota rápidamente y proseguí—; era una niñata.

Aileen soltó una risita.

—Lo sé. Eras un trasto de niña. Pero sigue siendo una pena que los hijos de mi mejor amiga y los míos no os hayáis conocido bien. Todos vivíais a unos quince kilómetros de nosotros, pero os asignaron distintos colegios.

—Menos mal, —farfullé.

Chloe estaba sacando algo del horno y añadió:

—No podías ser tan mala.

Gabe permaneció en silencio mientras se sentaba al otro extremo de la mesa con una botella de cerveza en la mano. Me percaté de que estaba escuchando, pero no sabía nada de mi familia.

—Créeme... era realmente mala, —confesé lo suficientemente alto como para que Aileen y Chloe pudieran escucharme—. Creo que mis padres querían protegerme, pero esa preocupación terminó separándome por completo de cualquiera que no tuviera una vida tan afortunada como nosotros. Fui a un colegio privada donde todos los demás eran tan privilegiados como yo. Tuve que crecer para darme cuenta de que en realidad era extremadamente afortunada.

Chloe se acercó y se sentó junto a Gabe mientras preguntaba:

—¿Qué cambió?

—Cuando tenía dieciocho años, decidí escaparme de casa. Me quedé atrapada en una ventisca y pasé unos días en un refugio para personas sin techo. Aprendí muy deprisa lo mal que podría estar y de cuánto había huido por algo estúpido.

Aileen abrió la boca para hablar, pero la interrumpió el sonido retumbante de un hombre al entrar en casa.

—¿Mamá? —Bramó la grave voz masculina.

—Aquí, —indicó Aileen.

Yo estaba frente a la entrada de la cocina y me sobresalté cuando otro par de ojos grises Colter se posaron en mi rostro desde la puerta de la cocina casi de inmediato.

—¿Marcus? —Le pregunté a Aileen.

Ella negó con la cabeza.

—Blake. —Hizo un gesto a su hijo para que se sentara a mi lado—. Blake, ven a saludar a nuestra invitada. Ya os conocéis.

Resultó extraño que Aileen dijera eso porque yo no había visto a Blake desde que era un niño, pero supongo que ella consideraba que nos conocíamos.

Mis ojos se encontraron con los suyos y me estremecí un poco ante la intensa mirada que me había dirigido mientras rodeaba la mesa, besaba a su madre y luego se sentaba a mi lado. Yo me pregunté si estaba molesto porque me hubiera entrometido en su cena familiar. Como probablemente estaba mucho en Washington porque era senador, quizás no podía pasar mucho tiempo con su madre y sus hermanos.

—Hola, Harper, —dijo con voz grave y masculina que me recorrió la columna vertebral.

Yo giré el cuerpo hacia él.

—Senador, —lo reconocí con una inclinación de cabeza.

—Blake, —me corrigió—. No utilizamos muchas formalidades en esta familia.

Gabe bufó desde el otro extremo de la mesa.

—Respetamos a Aileen, pero, por lo demás, todos nos las hacemos pasar canutas, —dijo con una sonrisa en la mirada mientras Chloe le daba un manotazo en el brazo.

Blake seguía mirándome fijamente cuando extendió la mano.

—Me alegro de verte de nuevo, Harper.

Le estreché la mano con una sonrisa.

—Mentiroso, —lo acusé—. Hacía tu vida miserable cuando era niña y lo sabes. Dudo mucho que te alegres de verme. Pero no te preocupes. He crecido.

Como Blake solo me había conocido como una niña malcriada, dudaba que me creyera. Mis recuerdos lejanos de él eran dignos de estremecerse, a pesar de que solo era una niña pequeña.

Su mirada de acero me recorrió de arriba abajo y finalmente me soltó la mano diciendo:

—Ya lo veo. No cabe duda de que eres... toda una mujer.

—¿Ya estamos todos? —Preguntó la voz retumbante de Marcus desde la entrada de la cocina.

Aileen sonrió radiante.

—Te estábamos esperando a ti, —le dijo a su hijo mayor—. Chloe y yo podemos servir la cena ahora.

Chloe se levantó del asiento.

—Pero los hombres tienen la suerte de lavar los platos, —dijo con firmeza, lanzándole una mirada traviesa a Gabe.

El marido de Chloe se encogió de hombros.

—No hay problema por mi parte.

—Ni por la mía, —secundó Blake, sin apartar su intensa mirada de mi rostro.

—No creo que ninguno de nosotros discuta ya que no sabemos preparar ni un huevo frito, —añadió Marcus dándole un beso en la mejilla a su madre cuando ella se levantó para traer la cena a la mesa.

—Os ayudo, —le dije a Aileen apresuradamente, confundida por la forma en que mi corazón latía desbocado bajo el escrutinio de Blake.

Miré a Marcus y él me lanzó una mirada de advertencia. No estaba segura de qué quería decir con eso, pero no pensaba contarle a su familia por qué estaba allí. Le había dicho a Aileen que solo necesitaba un descanso y pensé que Rocky Springs sería perfecto. En realidad, no me había preguntado acerca de que me alojara en su resort. Aileen sabía que habíamos vendido la casa de mis padres después de su muerte, ya que ninguno de nosotros quería mantener la casa donde nuestros padres habían sido tan felices. Era demasiado doloroso estar allí sin ellos.

Me levanté de un salto, agradecida de poder darle la espalda a Marcus y a Blake mientras ayudaba a Aileen a poner la cena. Resultaba muy desconcertante ver a los dos gemelos juntos.

No había duda de que Blake y Marcus eran idénticos. Incluso iban ataviados con ropa parecida: suéteres gruesos y pantalones. La única diferencia era que Marcus había elegido un suéter gris claro, mientras que Blake vestía de azul marino. Al principio, no estaba segura de poder distinguirlos de no ser por los colores de sus suéteres, que los identificaban. Pero, a medida que la comida continuaba, me di cuenta de que eran diferentes, aunque físicamente eran exactamente iguales.

Blake intercambió insultos con Gabe, lo cual evidenciaba que ambos estaban unidos. Marcus era callado, observador y sus respuestas a su madre y Chloe eran directas e iban al grano.

Pasé la mayor parte del tiempo poniéndome al día con Aileen durante la cena, pero sentí la mirada frecuente de Blake.

«Quizás aún no me soporta porque era odiosa de niña», pensé.

Para cuando terminamos el postre, Blake todavía no me había dirigido mucho la palabra. Me había ignorado descaradamente, centrando la mayor

parte de su atención en Gabe.

No estaba muy segura de por qué me molestaba eso, pero me exasperaba que ni siquiera intentara entablar una conversación para ser cortés. Por supuesto, yo tampoco lo hice porque estaba demasiado ocupada preguntándome por qué su aroma masculino prácticamente me hacía salivar. Olía fenomenal y el calor que irradiaba su cuerpo me hizo querer acercarme aún más de lo que nos obligaba la acogedora mesa.

Me pregunté si él estaba tan tenso como yo, pero descarté la idea. Él no me conocía y yo no lo conocía realmente. Ciertamente, me había acostado con su gemelo hacía más de una década, pero nunca había sido la apariencia de Marcus lo que me atraía. Era guapo, pero era mucho más que su atractivo rostro por aquel entonces lo que me había hecho querer estar más unida a él.

La atracción había sido casi inexplicable, pero esa atracción había desaparecido hacía mucho tiempo.

Dejé escapar un suspiro de alivio cuando todos nos levantamos para recoger los platos, a pesar de la afirmación de Chloe de que se encargarían los chicos, y evité a Marcus y Blake mientras ayudaba rápidamente a cargar los platos y recoger la mesa.

Después de eso, me disculpé con Aileen y salí por la puerta, dudosa de que nadie fuera a darse cuenta de que me había ido.



Capítulo 4



Blake

En mi familia, todos sabían ya que iba a hacerme pasar por Marcus, así que no tuve ningún problema en salir de su casa y dirigirme a la cabaña.

No me hizo ninguna gracia cuando volví de mantener una conversación privada con Gabe y Chloe para descubrir que Harper había escapado temprano de la cena familiar.

«¡Santo Dios!», maldije. Verla de nuevo me había dejado mudo y apenas pude hablar con ella sin soltar la verdad de lo que ocurrido realmente hacía doce años. Terminé centrándome en Gabe para mantener la boca cerrada, pero sentarme al lado de Harper después de tantos años de separación no había sido fácil. Especialmente porque sabía que ella había estado muy mal informada.

Quizás no le disgustaba. Puede que solo estuviera enfadada. Me moría por preguntárselo, pero no iba a hacerlo en mitad de una reunión familiar.

Entré en la cabaña del resort de aguas termales de mi madre, listo para desayunar. Como la mayoría de mis hermanos, yo era un pésimo cocinero y comía fuera tan a menudo como podía.

Era algo que Marcus haría porque ni siquiera era capaz de poner agua a hervir, según yo tenía entendido, y se aprovechaba del desayuno bufé casi todos los días cuando estaba en casa.

Lo cual resultó ser bueno... porque me había encargado de hacerme pasar por mi gemelo desde hacía varios días y lo odiaba. No era la primera vez que

hacía esto por él, pero estaba decidido a que fuera la última. Nadie de la familia sabía la verdad sobre la Organización de Rescate Privado, excepto yo. Mi familia, por supuesto, sabía exactamente quién era yo, tanto si actuaba como Marcus como si no. No es que pudiera ser tan idiota como él, pero la familia simplemente... sabía quién era quién, aunque fuéramos idénticos. Especialmente mi madre. Nunca había fallado en reconocer con qué gemelo estaba hablando. Sin embargo, mi familia sí sabía que Marcus trabajaba con la CIA, así que justificamos mi suplantación con sus deberes ante el gobierno.

Odiaba ser alguien que no era y preferiría estar en mi propia casa. Como tenía que estar en Washington gran parte del tiempo, valoraba mucho mi tiempo en Rocky Springs. Pronto llegaría mejor tiempo y mis vaquillas tendrían sus crías. Estaba ansioso por pasar tiempo con mi gerente e investigador jefe en el rancho, preparándome para los partos.

«Rescatar a Danica es mucho más importante que mi ganado ahora mismo», me recordé.

Harper parecía mantener la calma, pero tenía que estar muy agitada por el secuestro de su hermana. Me sentí aliviado de que no le hubiera mencionado la situación a mi madre, y parecía que mi familia no había dicho nada para revelar el hecho de que había sido yo y no Marcus quien fue a buscarla a Denver hacía doce años.

Recordé mi conversación con Dani hacía tantos años. Solo desearía que Danica hubiera mencionado por qué Harper no quería hablar conmigo. Era evidente que había hecho daño a Harper Lawson sin siquiera saberlo.

Sentarme a cenar con ella a mi lado había sido una tortura, especialmente porque no había podido hablar sobre lo que había sucedido.

Empecé a servirme desde la larga hilera de productos para el desayuno en el comedor de la cabaña, intentando no ser increíblemente amistoso como de costumbre. Joder, a diferencia de Marcus, a mí me gustaba la gente. Y me encantaba Colorado. Como senador, era natural para mí entablar una conversación en cualquier parte donde iba.

Pero Marcus no era de los que hablaban a menos que le pareciera necesario. Mi hermano evitaba las relaciones cercanas y era el hombre más reservado que había.

Así que, a pesar de que me dolía, ignoré a la mujer mayor que me sonrió mientras me servía una montaña de huevos en el plato y no le dije una palabra al anciano que pinchaba unas salchichas, porque eso era exactamente lo que haría Marcus.

No estaba seguro de dónde estaba mi gemelo mayor ahora, pero esperaba que trajera a Danica muy pronto. Ser Marcus era contrario a mi propia naturaleza y tenía que ser consciente de quién fingía ser a cada momento que me hacía pasar por mi gemelo.

Ahora que entendía lo ocurrido hacía doce años, me estaba costando no aclarar las cosas con Harper. Nuestra cena familiar había sido bastante incómoda y apenas había logrado pasarla sin llevármela a rastras para poder explicarle lo sucedido. De alguna manera, necesitaba cerrar ese lamentable capítulo de mi vida. Pero había decidido que probablemente debería esperar hasta que Dani estuviera de vuelta en casa y a salvo. Probablemente sería prudente evitar a Harper hasta entonces.

Como Marcus dijo que Harper había superado lo ocurrido, probablemente no era lo suficientemente importante para ella como para justificar el buscarla ahora.

Sentarme a su lado en la cena de mamá, sin decir una palabra, había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en toda mi vida. Pero no era el momento ni el lugar para explicarlo y no tenía ni idea de cómo reaccionaría ella. Lo mejor que pude hacer fue fingir que no me importaba.

Por desgracia, Harper todavía me afectaba tanto como hacía doce años, y necesité toda mi fuerza de voluntad no hablar con ella. Puede que para ella el incidente estuviera olvidado y en el pasado. Pero yo no la había olvidado ni había superado el hecho de que me dejara plantado.

Claro, ahora lo entendía, pero habían pasado muchos años en los que le reproché haberme ignorado tan fríamente después de dejarle claro que quería tener noticias de ella. Me había preguntado a menudo por qué se había negado a hablar conmigo.

Ahora que sabía que la había hecho daño sin querer, lo estaba pasando fatal. Por aquel entonces, debería haber seguido mis instintos de localizarla y exigirle una respuesta. Pero su rechazo me había escocido y fue lo suficientemente doloroso como para mantenerme a distancia.

Ahora que sabía la verdad, quería decirle muchísimas cosas. Quería saber exactamente cómo había llegado hasta donde estaba en su carrera actualmente. Quería decirle cuánto sentía que hubiera perdido a sus padres antes incluso de terminar la universidad.

No necesitaba preguntarle por qué estaba involucrada en ayudar a las personas sin hogar. Ya sabía por qué.

Sobre todo, quería poder olvidarla por completo, porque nunca lo había hecho.

Todavía pensaba en ella. Pero ya no fantaseaba con ella como antes. Bueno, de acuerdo, puede que sí lo hiciera, pero ya no tan a menudo. Si en ocasiones leía artículos sobre su construcción de refugios para personas sin hogar y veía su foto, solo era por curiosidad; al menos eso era lo que me decía.

Los primeros años fueron un infierno. Le decía la verdad a Marcus cuando le confesé que la había llamado. Lo que no le había dicho es que había estado obsesionado por hablar con ella, así que la llamaba varias veces al día. Una y otra vez. Esperando que finalmente respondiera, aunque solo fuera para deshacerse de mí.

Cuando su número de teléfono finalmente fue desactivado, casi perdí los nervios. Pero acabé retirándome. Si había aprendido algo estando en política, era a luchar las batallas que realmente podía ganar. No es que no intentara cambiar las cosas que creían que estaban mal, sino que tenía que priorizar. Harper Lawson era una batalla perdida por aquel entonces. Aunque hubiera respondido a mis llamadas, ¿qué podría haberle dicho si no estaba interesada? Era algo que simplemente tenía que aceptar.

—¿Marcus? —Escuché la voz confundida de mujer a mi espalda, y mi cuerpo se tensó.

Era una voz que no había escuchado en años, excepto por las pocas palabras que intercambiamos durante la cena. De repente sentí la tentación de ignorarla.

«Harper. ¿Qué demonios está haciendo aquí?», pensé. No se me había ocurrido que probablemente se alojaba aquí porque ya no tenía familia ni casa en la zona. Pero era lógico. Evidentemente, se había encontrado con mi madre, y tenía sentido que probablemente estuviera alojándose allí.

Al final, tuve que volverme de frente a ella; pero, cuando lo hice, fue como si me golpeará de lleno un defensa.

«¡Dios!», pensé. En realidad, no había cambiado mucho. Era tan guapa como lo había sido siempre, un hecho que me había afectado tan violentamente cuando la vi en casa de mi madre que había tenido que concentrarme en otra cosa a menos que quisiera balbucear como un idiota.

—¿Sí? —Levanté una ceja arrogante al estilo de Marcus.

—¿Por qué sigues aquí? Pensé que ya te habías ido a buscar a Dani, —dijo con una voz sin aliento que me lo puso duro en un instante.

—Todavía no, —respondí con una evasiva—. Pero la encontraremos, — dije antes de dar media vuelta y buscar una mesa.

«No puedo hablar con ella. Aquí no. Ahora no», pensé horrorizado.

Por desgracia, ella no pensaba darme un momento de tranquilidad.

Harper posó su café y se sirvió un bollo antes de venir a sentarse frente a mí, haciendo que perdiera totalmente el apetito.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando me encontré con su mirada inquisitiva escrutándome.

—¿Que has averiguado? ¿Sabes dónde está Dani? ¿Encontraste nuevos miembros para el equipo?

Hablaba con urgencia y yo quise desembuchar todo lo que sabía, incluida mi identidad, casi de inmediato.

Pero todavía no era el momento ni el lugar para soltarle la verdad.

—No mucho. Todavía no. Y sí, he reunido un equipo.

Harper puso los ojos en blanco mientras mordía el panecillo.

—Entonces ¿no deberías pensar en un plan de ataque?

Tomó un sorbo de café, que todavía tomaba solo como pude percatarme.

—Estamos trabajando lo más rápido posible, —respondí débilmente—. Todavía no la hemos localizado. No podemos irrumpir en una zona como esa sin saber dónde vamos.

Sinceramente, no tenía ni idea de si Marcus había localizado a Dani, pero esperaba que lo hubiera conseguido. Harper dejó escapar un gran resoplido de frustración.

—Lo siento. Solo quiero a mi hermana de vuelta.

—Lo sé, —respondí estoicamente—. ¿Te hospedas aquí?

—Sí. Vendimos la casa de mis padres cuando murieron.

Yo asentí.

—Lo sé. Lamento tu pérdida. Tus padres eran buenas personas. Mi madre se quedó destrozada cuando murieron. —Vacilé un instante antes de preguntar—: ¿Dónde estás viviendo ahora?

—En California, —respondió ella—. Pero paso mucho tiempo viajando por mi trabajo—.

—Eres arquitecta, ¿verdad? —Sabía de sobra a qué se dedicaba, pero estaba tan tenso que necesitaba seguir charlando.

En realidad, lo único que quería hacer era consolarla, estar allí porque necesitaba a alguien, y debajo de su actitud exigente pero preocupada, de

alguna manera yo sabía que se sentía perdida y sola. Pero no quería arriesgarme a revelar mi tapadera en público.

«Aquí no. Ahora no», me recordé.

Ella dejó de comer para examinarme atentamente y me estremecí bajo su escrutinio.

—Sí. Soy arquitecta, —respondió con cautela—. Pero ya lo mencionaste. La primera vez que te vi, ¿recuerdas?

Joder, no, no lo recordaba. Había estado hablando con Marcus, no conmigo.

—Lo siento, —musité con torpeza. Para ser político, desde luego que no estaba pensando con agilidad para evitar preguntas incómodas. Solía ser de respuesta rápida y sonrisa encantadora, pero mi cerebro parecía estar desconectado cuando se trataba de Harper.

La miré directamente y ella me inmovilizó con su mirada esmeralda. Por un momento, el tiempo se detuvo; yo todavía recordaba cómo me había mirado hacía doce años.

Incluso en su estado agitado, seguía pareciendo la misma Harper, sus emociones reflejadas en su expresión y en la profundidad de sus ojos. Había madurado bien y ahora, sin duda, era una mujer en lugar de una chica, pero aún veía los vestigios de la Harper de dieciocho años que tanto me había importado.

Llevaba el bonito cabello rubio recogido con una pinza en la parte posterior de su cabeza; algunos mechones ya habían escapado de su encierro y le enmarcaban el rostro. Los preciosos ojos esmeralda que recordaba eran tan brillantes como siempre, especialmente ahora, con las emociones tan a flor de piel. Me percaté de que estaba asustada, pero no histérica.

—Tienes muy buen aspecto. ¿Eres feliz? —Pregunté con voz ronca, incapaz de dejar de mirarla.

Dudaba que Marcus fuera a preguntar eso, pero no me importó una mierda. Tenía que saberlo.

Ella parpadeó con fuerza y luego volvió la vista hacia su bollo a medio comer.

—Sí. En casi todo. Echo de menos a mi familia y me preocupa Dani desde el momento en que decidió volar hacia el peligro en lugar de alejarse de él. Pero me encanta lo que hago.

—¿Los encargos o los trabajos benéficos? —pregunté con curiosidad.

—Ambos, —reconoció ella, arrancando pequeños trozos del *bagel* y llevándoselos a la boca—. ¿Y tú eres feliz? Parece que viajas tanto como mi hermana.

Me encogí de hombros.

—Supongo que podría darte la misma respuesta que tú... casi todo el tiempo. Viajar acaba aburriendo.

La mayoría de las veces me trasladaba entre Colorado y Washington, pero a veces, el no tener un hogar permanente resultaba monótono.

—A mí no me importa tanto, —dijo Harper pensativa—. Supongo que disfruto viendo diferentes sitios.

Comí mientras la miraba, hipnotizado por lo poco que había cambiado físicamente.

—¿Por qué nunca respondiste mis llamadas? —Solté sin filtrar mis palabras. Me moría de ganas de saberlo.

Ella me miró sorprendida.

—Pensé que en realidad no te acordabas mucho de lo que ocurrió entonces.

—Mentí, —respondí de inmediato—. Recuerdo cada detalle, y no ha pasado un día sin que pensara en ti, Harper.

Ella levantó una ceja enfadada.

—¿Estabas pensando en mí cuando besaste a tu novia el día después de joder conmigo? —preguntó sin rodeos.

—Sí, —respondí, a sabiendas de que no sonaba bien. Pero no me importaba una mierda. Nunca volvería a mentirle a Harper ni a evitar la verdad si ella me preguntaba.

Los dos habíamos pasado por doce años de mentiras y malentendidos. Tal vez todo debería haberse olvidado, pero aquello me había devorado por dentro más de lo que quería reconocer y eso se iba a acabar.

Me estaba matando no decirle que yo no era Marcus y me dolía el estómago por dejarla creer que yo era mi hermano. Pero no me atrevía a pronunciar ni una sola palabra en aquel momento sobre el hecho de que nunca había sido Marcus quien la había tocado. Nunca había sido mi hermano quien tuvo el privilegio de ser el primer hombre con el que se acostaba.

Solo por una vez, yo quería escucharla decir mi nombre en voz alta, reconocer exactamente quién la había hecho venirse de manera tan explosiva aquella noche hacía doce años.

Pero no podía. No con la vida de su hermana pendiendo de un hilo. Marcus tenía que llegar a Dani sin que nadie supiera que se había ido. Sin duda, ya

estaría en Oriente Medio y probablemente era seguro confesar. Pero yo necesitaba hacerlo en un ambiente controlado.

Despreciaba el engaño y no podía culpar a Harper por detestarme. Si hubiera estado en su lugar doce años atrás y la hubiera visto colgando de otro hombre justo después de estar juntos, probablemente hubiera querido ponerme como una fiera con él.

Evidentemente, Harper no había hecho frente a Marcus por aquel entonces ni había dicho una palabra. Se había escabullido silenciosamente, tal como hizo cuando la vi en la cena de mamá. No la había visto irse, pero necesité toda mi fuerza de voluntad no averiguar dónde estaba e ir tras ella cuando desapareció en silencio después de la cena en casa de mamá.

—¿Dónde está tu novia ahora? —Preguntó Harper altanera.

—Lo dejamos. Ni siquiera recuerdo su nombre. —Era la verdad. Marcus tenía tantas novias que yo nunca había conocido a la gran mayoría de ellas.

Las relaciones duraderas con las mujeres no eran su punto fuerte. Ninguna había tenido prioridad frente a los negocios para él. Las mujeres no tardaban mucho tiempo en percatarse de que habían pasado a un segundo plano ante los otros intereses de Marcus.

Harper se encogió de hombros.

—No importa. Fue hace mucho tiempo y ya no hay nada entre nosotros.

—Y una mierda, —la desafié con voz ronca. Había chispas por todas partes y yo no dejaba de preguntarme si una de ellas encendería la llama que haría estallar todo el puñetero resort—. ¿Estás saliendo con alguien?

La vi manosear torpemente el final de su panecillo y acabó dejándolo en el plato.

—No estoy segura de que sea asunto tuyo. Vine a ti para pedirte ayuda para encontrar a mi hermana.

—Dímelo de todos modos. Sígueme la corriente.

—No es que sea de tu incumbencia, pero no, no estoy saliendo con nadie ahora mismo.

Mi cuerpo se relajó.

—Gracias. Por si significa algo, yo tampoco tengo una relación.

—No significa nada, —dijo ella rotundamente—. Ya no importa. Solo quiero concentrarme en encontrar a Danica.

—Importa, —respondí yo llanamente.

—Marcus, no me importa nada lo que hagas o tengas aparte de las habilidades que posees para rescatar a mi hermana, —replicó Harper en tono

gélido.

—Todavía te atraigo. No importa cuánto tiempo haya pasado, —le dije con autoconfianza. «Joder, podría cortar la tensión con un cuchillo, y no es porque ella me odie», pensé.

La vi tragar un nudo en la garganta, intentando ocultarlo. Pero sabía muy bien que no estaba sintiendo esta atracción yo solo, al igual que lo sabía hace doce años.

Solo quería que ella lo reconociera. Necesitaba escucharla decirlo.

—Cuando hablamos de Dani te dije que ya no sentía nada por ti. ¿No podemos dejar lo que ocurrió en el pasado?

—No, —respondí con obstinación.

Harper había visto a Marcus. Había hablado con Marcus. Ahora que hablaba conmigo por primera vez desde hacía más de una década, yo sabía que no sentía eso. Lo presentía. No estaba seguro cuando la vi en la cena unas noches atrás porque estaba demasiado ocupado intentando ocultar mis propias emociones, pero ahora sentía el vínculo mutuo.

Había aprendido a leer bien el lenguaje corporal durante mi carrera política. Ella estaba... nerviosa. El tipo de nervios que te dan cuando te atrae alguien, pero no quieres reconocerlo.

—Ya he terminado. —Se puso en pie y luego se volvió hacia los ascensores que llevaban a las habitaciones.

Yo estaba justo detrás de ella cuando entró en el único ascensor abierto.

Harper golpeó el botón de su piso, fulminándome mientras yo me apoyaba contra la pared del ascensor de brazos cruzados.

—Sal, —exigió ella.

Le sonreí cuando las puertas empezaron a cerrarse.

—No hasta que me digas la verdad.

—Ya lo hice.

Su aroma único y seductor me volvió loco, y la arrinconé en una esquina cuando las puertas del ascensor se cerraron.

Se me agotaba la paciencia y la inmovilicé colocando un brazo a cada lado de su cuerpo.

—No me digas que ya no me deseas. No me lo creo. —Respiraba pesadamente cuando le acaricié un lado del rostro con la nariz, inhalando una fragancia que nunca había llegado a olvidar—. Dilo, —gruñí, mi pene luchando por liberarse de los confines de los pantalones que llevaba.

—No.

Le besé la sien y dejé que mis labios vagaran por la curva de su mandíbula, prácticamente ahogándome en su perfume irresistible.

—Dímelo.

—Vete. —Ella me empujó del pecho, pero yo no me moví.

Sus mejillas estaban sonrojadas; yo estaba casi seguro de que el rubor era producto de una saludable mezcla de rabia y deseo.

—Todavía te deseo, Harper. Quizás más que hace años.

—No quiero esto. ¡No quiero desearte! —exclamó, sonando desesperada.

Finalmente toqué sus labios con los míos, pero solo ligeramente.

—Sigo esperando.

—¡Maldita sea! —Ella clavó los dedos en mi pelo y atrajo mi cabeza hacia abajo—. Por alguna razón, ahora te deseo, pero no te deseaba la primera vez que te vi. Y me odio por eso, —dijo sin aliento.

El corazón me latía con fuerza contra la pared del pecho al escucharla decir por fin que me deseaba, aunque no fuera precisamente un halago. Demonios, aceptaría lo que me diera. No pude esperar ni un minuto más para descender y reivindicar su deliciosa boca.



Capítulo 5

Harper

Se detuvo a un milímetro de distancia de mis labios temblorosos, rechazando mi persuasión durante un instante, y pude sentir su aliento pesado en mi boca ansiosa cuando gruñó:

—He esperado doce puñeteros años para esto.

Aunque probablemente yo no me había dado cuenta, también había estado esperando y no podía soportarlo ni un segundo más. Se me puso hasta el último centímetro de piel de gallina cuando Marcus reivindicó mi boca, su duro cuerpo presionando el mío con un abrazo insistente.

Exigía. Saqueaba. Sin piedad. No es que yo quisiera nada precisamente, excepto el beso voraz que me daba en ese momento. Me abrí a él, abrazándome a su cuello y aferrándome a su cuerpo grande como si fuera un salvavidas, que en realidad era precisamente lo que era. Lo único que me mantenía a flote.

No podía pensar. Ni siquiera podía mantenerme erguida sin él y mis manos cayeron sobre sus hombros para recuperar el equilibrio.

Un gemido escapó de mi boca y vibró contra la suya a medida que sus brazos me envolvían con fuerza, sosteniéndome con más firmeza para después explorar mi espalda y finalmente posarse sobre mi trasero.

Dejé que mis dedos invadieran su cabello grueso y espeso una vez más; mi cerebro perdió la razón cuando el calor abrasador entre nosotros explotó en una llamarada candente.

Nuestras lenguas se batieron por el control y a mí no me importaba una mierda quién ganara. Solo lo quería... a él. No podía acercarme lo suficiente, así que me retorcí contra él, sin creer que lo que estaba sucediendo era real.

Había añorado sentirme así. Había echado de menos las llamas que él avivaba en mi cuerpo y en mi alma.

Solo Marcus podía hacerme olvidar por qué lo odiaba y conseguir que me derritiera en un charco fundido y sin cerebro.

Jadeante, intenté tomar aire mientras él separaba su boca de la mía para explorar la piel sensible de mi cuello. Incliné la cabeza, suplicando más sin palabras, como una adicta que no se cansaba de él.

«¡No puedo hacer esto! ¡No puedo dejar que mi cuerpo supere mi sentido común, maldita sea!», me dije.

Ambos nos sobresaltamos cuando las puertas del ascensor se abrieron y dos bocanadas audibles llenaron el aire.

Lo empujé fuerte del pecho y él dio un paso atrás de mala gana.

Abochornada, vi a la pareja mayor de mi planta esperando el ascensor; el hombre y la mujer de cabello plateado nos miraban boquiabiertos.

—Ay, Dios mío. Lo siento. —Bajé la cabeza y rodeé a la pareja visiblemente consternada y caminé a paso vivo hacia mi habitación.

Necesitaba alejarme para pensar. No podía estar cerca de Marcus sin perder la cabeza. No entendía qué estaba pasando, pero necesitaba espacio para comprenderlo.

—¡Harper! Espera, —me indicó Marcus cuando salió disparado del ascensor y me siguió. Al final me tomó del brazo mientras yo sacaba la llave de tarjeta del bolsillo para abrir la puerta de la habitación que me habían asignado.

—¡Para! —Respondí, odiando la nota suplicante en mi voz.

A pesar de mi euforia después de nuestro primer encuentro porque no había sentido nada, me di cuenta de que todavía era vulnerable a Marcus y odiaba la pérdida de poder que experimentaba cuando se acercaba demasiado.

Estaba confundida, perpleja sobre por qué mi atracción volvió tan repentinamente aquella mañana a pesar de no haber sentido nada cuando hablé con él por primera vez.

«¿Qué me está pasando?», me pregunté.

—No voy a disculparme, —me informó él, quitándome la tarjeta de la mano y sosteniéndola—. Lo necesitaba desde hacía años.

—Entonces no digas que lo sientes. Solo déjame en paz. —No tenía ningún motivo para joderme ahora—. Diviértete en otra parte. Estoy segura de que hay muchas mujeres que caerían rendidas a tus pies.

«¡Como acabo de hacerlo yo!», pensé con mi autodesprecio en su punto álgido.

Pero ahora que había recobrado la razón, juré que no volvería a ser vulnerable a aquel hombre. Quizás solo fueran viejos recuerdos que me confundían las ideas. No podía ser él. No había nada que odiara más que un chico que no podía mantener el pene en los pantalones. Marcus era el paradigma del don juan, un triste error que había cometido cuando apenas acababa de llegar a la edad adulta.

Él era todo lo que detestaba en un hombre: un infiel, frío y despiadado que solo quería sexo.

—No eres una mujer cualquiera. Creo que lo sabes, —dijo él con voz gutural.

Le arrebaté la llave de un tirón.

—Yo ya no soy nada para ti, Marcus. Nunca lo fui.

Abrí la puerta, planeando cerrársela en las narices, pero él se abrió paso detrás de mí.

—Vete, —exigí, notando que los ojos empezaban a inundárseme de lágrimas de frustración.

Lo odiaba, pero no podía ignorar la atracción que seguía ahí. Lo último que quería era desearlo. Cuando le dije que me odiaba por eso, estaba siendo totalmente sincera.

«¿Qué mujer no se odiaría por tropezar dos veces con la misma piedra?», me dije. Había tardado años en dejar de pensar en él a diario. No iba a volver a eso.

—Aún no. Solo escúchame. Por favor, —dijo en tono tranquilizador, como si intentara hablar con un niño.

—No tengo nada que decir. Y nada de lo que tú tengas que decirme cambiará el hecho de que no te soporto.

—Me deseas. —Se cruzó de brazos y alzó una ceja, como si estuviera desafiándome a negar aquella afirmación.

Me apoyé contra la puerta, cerrándola de un empujón mientras lo miraba.

—¿Y qué? Eres un chico atractivo. ¿Eso te hace feliz? No significa que me gustes.

—Me dejarías joder contigo.

Me estremecí. Tenía razón. Yo estaba tan afectado por cómo me ponía que probablemente me habría encaramado a él y le habría rogado que me satisficiera hacía tan solo unos instantes.

—¿Es eso lo único que quieres? ¿Como la última vez? ¿Una mujer con la que joder solo porque puedes?

Marcus resopló frustrado y se mesó el pelo con la mano.

—Joder, no. Eso no es lo único que quiero.

—Esperaba que a estas alturas estuvieras fuera del país, rescatando a mi hermana. Por favor, no esperes que intercambie mi cuerpo por tu ayuda —dije. «¿Es eso lo que cree? ¿Que me acostaría con él para salvar a Dani?», pensé indignada. Si creía que podía llevarse un polvo rapidito antes de irse a buscar a mi hermana, estaba fuera de sus cabales.

Con Marcus, era difícil saber lo que estaba pensando. Pero a mí no se me ocurría ningún motivo racional por el que él pudiera estar presionando la atracción que sentíamos.

Siendo realista, yo haría cualquier cosa para salvar a mi hermana. Si eso significaba enmarañarme una vez más en un mundo de dolor, probablemente lo haría. Pero era imposible que le hiciera saber a Marcus que estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera con tal de que trajera a mi hermana de vuelta sana y salva.

—Eso no es lo que te estoy pidiendo, —farfulló antes de acercarse al bar de la salita de estar de la *suite* para servirse una bebida.

Suspiré y dejé caer la llave y el bolso de bandolera que llevaba sobre una mesita junto al sofá. Temerosa de las emociones que Marcus parecía arrancarme cada vez que me acercaba a él, me senté en un sillón lo más lejos que pude del bar.

—¿Una copa? —preguntó en voz baja, volviéndose para mirarme un momento.

Yo me negué con la cabeza, sin confiar en mí misma para hablar.

Por desgracia, la habitación era demasiado pequeña. Lo miré atentamente cuando él se sentó en el sofá frente a mí; únicamente nos separaba una mesita de café.

Me sequé las palmas sudorosas en la mezclilla de los pantalones y pregunté con nerviosismo:

—Entonces ¿qué estás haciendo? ¿Qué quieres? ¿Dónde está mi hermana?

Él sacudió la cabeza y luego tomó un trago del *whisky* que sostenía.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé.

—Creí que podrías localizarla. Tienes los contactos y el equipo de ORP ya está reunido, ¿verdad? —No lograba entender su falta de urgencia. Dani podría estar, y probablemente estaba, en grave peligro.

Él asintió.

—El equipo ya está allí, Harper. Puede que estén rescatándola en este preciso instante. No he recibido un informe del progreso.

Sacudí la cabeza, confundida. «¿Cómo puede estar produciéndose el rescate ahora mismo cuando Marcus no está allí para dirigir el equipo?», pensé.

—No lo entiendo. Eres el líder del equipo. Tenía la impresión de que irías con ellos.

El pánico se hizo presa de mi garganta y me desgarraba.

—No hay motivo para que yo esté allí. De hecho, probablemente arruinaría toda la misión.

—Tienes que estar allí —dije, sin aliento, inquieta—. Ellos te necesitan. Mi hermana te necesita.

—Necesitan a Marcus, —respondió con calma.

Yo lo miré boquiabierto, preguntándome por qué se refería a sí mismo en tercera persona.

—Sí... te necesitan.

Observé su rostro, que reflejaba una serie de emociones, antes de que dijera con cautela:

—Harper, tengo que decirte algo y necesito que sepas que la seguridad de Dani depende de cómo reacciones ante esta información.

Parecía tan serio que asentí despacio.

—Haré todo lo que pueda para ayudar a mi hermana. Deberías saberlo. Por eso acudí a ti para empezar.

—Fuiste a ver a Marcus.

«Ay, por el amor de Dios. Está empezando a sonar un poco loco», pensé hartándome.

—Bueno. ¿Qué pasa? Dímelo. —Si tenía que ver con mi hermana pequeña, quería saberlo.

Él exhaló un largo suspiro masculino cuando sus ojos argénteos se encontraron con los míos, manteniéndome cautiva durante un instante antes de gruñir tres palabras que para mí no tuvieron sentido inmediatamente.

—No soy Marcus.

—¿Qué?

—Soy Blake Colter. No soy Marcus.

Sus palabras pusieron todo mi mundo al revés cuando finalmente caí en la cuenta de lo que estaba diciendo exactamente.



Capítulo 6



Harper

«No soy Marcus».

Obviamente, las palabras de Blake tenían sentido. Yo conocía a la familia Colter desde que era niña, aunque no muy bien. Pero claro que sabía que Blake y Marcus eran gemelos. Los había visto a los dos juntos hacía solo unos días en casa de Aileen. Simplemente no me había esperado que uno fuera el otro, confundiéndolo todo en mi cerebro.

Él siguió hablando mientras mi mente intentaba seguirle el ritmo.

—Primero hablaste con Marcus. Él se ha ido. Ha ido a buscar a tu hermana. Formó un equipo y tuvo que hablarle de ORP a mi hermano Tate porque necesitaba un muy buen piloto. Tate está haciendo la sustitución, y es mejor que bueno pilotando prácticamente cualquier cosa que pueda ir por aire, pero su especialidad son los helicópteros, precisamente lo que Marcus necesitaba ahora. Ya están en el extranjero.

Yo sacudí la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Por qué no negaste que fueras Marcus?

Él dio otro trago de su copa.

—Porque se supone que soy una distracción. Los enemigos de Marcus conocen la existencia de ORP y a menudo lo vigilan para ver si ha vuelto a reunir al grupo. Necesitaba tiempo para salir al extranjero. Todavía lo necesita. Yo lo he ayudado antes y lo estoy ayudando de nuevo porque quiero

que tenga todas las ventajas posibles para rescatar a tu hermana. No quería decir nada abajo. No estaba seguro de cómo reaccionarías.

Mi cerebro finalmente se puso al día y lo miré conmocionada.

—¿Me estás diciendo que tú y Marcus os intercambiáis los papeles? Entonces ¿le pedí ayuda al verdadero Marcus?

—Sí.

—¿Me acosté contigo? —Tenía que hacer esa pregunta, pero de algún modo ya sabía cuál sería la respuesta.

—Sí. Aquella noche hace doce años solo me llamaste Colter y no me di cuenta de que no sabías que era Blake hasta que saliste corriendo del coche al llegar a casa de tus padres. Pensé en seguirte, pero sabía que necesitabas tiempo para arreglar las cosas con ellos en ese momento. Así que, esperé a que llamas. —Hizo una pausa para vaciar el resto de su copa—. Nunca llamaste.

«Ay, Dios, eso significa...», pensé horrorizada.

—¿Vi al verdadero Marcus con su novia?

Él asintió.

—Probablemente yo estaba en casa, todavía esperando a que te pusieras en contacto conmigo.

Me temblaban las manos mientras las retorció con nerviosismo.

Tenía sentido... ahora. Pero había reaccionado con tanta intensidad al ver a Marcus hacía tantos años que ni siquiera había pensado en su gemelo.

—Podrías haberme llamado. Tenías mi número.

—Llamé. Muchas veces, como estoy seguro de que recuerdas. Antes de volver a la universidad hace doce años, fui a tu casa. No recuerdo toda la conversación, pero Dani básicamente me dijo que me odiabas porque te había mentido. Pensé que, para entonces, ya sabías que, en realidad, yo era el hermano gemelo de Marcus y que estabas enfadada. Me dio un portazo en las narices antes de que yo pudiera enterarme de toda la historia. Tu hermana dijo que te habías ido.

Suspiré.

—Y así era. Me fui a California. Había decidido lo que quería hacer con mi vida y quería ver el programa de arquitectura de Berkeley. Dani sabe lo que pasó y ella estaba conmigo cuando vi a tu madre, a Marcus y a su novia.

—Ya me lo imaginé, —respondió él estoicamente, dejando su copa vacía en la mesita de café frente a él.

De pronto, todo lo que creía que era real había cambiado, y la verdad me repugnaba.

—Pensé que habías jugado conmigo. Éramos jóvenes.

Él me lanzó una mirada decepcionada que hizo que se me revolviera aún más el estómago.

—Yo nunca haría eso, Harper. Aquella noche significó mucho para mí.

Mis ojos se empaparon de lágrimas al percatarme de lo mal que lo había juzgado cuando él no era culpable de nada, excepto de la mala comunicación. Sinceramente, no contestar al teléfono cuando él había llamado tantas veces era culpa mía.

—Lo siento, —dije con voz que apenas era un susurro.

—No lo sientas. Éramos unos niños tontos. Debería haber hablado contigo yo mismo.

Yo le sonreí débilmente.

—No hice que encontrarme fuera fácil.

—No contestabas al teléfono, —farfulló él.

—No podía. Estaba... dolida.

—Pensé que no querías hablar conmigo.

—No sabía que no estabas liándote con una morena guapísima en el momento en que nos separamos, —respondí yo débilmente.

—No sé cómo no te diste cuenta de que estaba loco por ti, —respondió él, en tono ligeramente herido.

—No lo sabía, —confesé.

De haber sabido entonces lo que sabía ahora, lo habría buscado. Dios sabía que había necesitado una eternidad para evitar recordar esa noche con él todos los días durante años.

La verdad caló. «Me acosté con el senador estadounidense Blake Colter, y no con su hermano Marcus», me dije. Tenía muchos interrogantes ahora que no tenía verdaderas razones para odiarlo. Había intentado ponerse en contacto conmigo y mis sentimientos estaban muy frescos por aquel entonces. Durante años, había intentado no recordar lo traicionada que me sentí por el primer hombre que me enseñó el placer sensual y una intimidad que nunca había vuelto a experimentar.

—Blake, —musité, solo para escuchar su nombre en mis labios, probándolo para ver cómo sonaba.

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre desde que éramos niños, —respondió él con una sonrisa.

—Era cruel contigo, —admití de mala gana.

—Sí. Dani me caía mejor por entonces. Era más simpática.

Yo le devolví la sonrisa.

—Siempre lo fue. Escapar fue una experiencia reveladora para mí. Era una niña malcriada.

—No esperes que te lo discuta, —respondió él con tono burlón.

—No lo sé. —Sabía exactamente lo perra que había sido antes de descubrir que el mundo no giraba a mi alrededor a la edad de dieciocho años. Todo era sobre mí. Pensar en cómo me había comportado de niña y luego de adolescente hizo que me estremeciera horrorizada—. Crecí, — le aseguré.

—Preciosamente, —respondió con habilidad.

Me ardió la cara cuando sus ojos me recorrieron de arriba abajo. No había pasado mucho tiempo durante la última década preocupada por mi aspecto ni intentando conocer a ningún chico, precisamente. Toda mi concentración la había dedicado a mi carrera y a mi causa para ayudar a las personas sin hogar.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —Respondí impotente—. He pasado doce años odiándote. Bueno, odiando a Marcus, supongo. Y de pronto, todo lo que creía que era correcto, resulta no serlo. De hecho, Marcus apenas me conoce. Y estoy segura de que tú también me odiabas, porque nunca hiciste nada malo.

—Nunca te odié, Harper.

—¿Por qué? En tu mente, te estaba dando calabazas.

Él negó con la cabeza.

—Creí que estabas enfadada o decepcionada de que no fuera Marcus. Supongo que tenías derecho a estarlo. Nunca te dije la verdad. Pero tampoco se me ocurrió dudar de que sabías quién era hasta que me llamaste Marcus justo antes de entrar corriendo a casa el día que volvimos de Denver. —Hizo una pausa antes de añadir—: Creo que he estado... esperando.

—¿A qué...? —lo insté a responder.

—A ti. Otra oportunidad.

Su respuesta me hizo caer en picado. No sabía qué decir ni qué creer.

—Han pasado doce años, Blake. Solo fue una noche.

—Puede que para mí eso fuera todo lo necesario. Te dije que esa noche había sido especial para mí. Lo decía en serio. Puede que no estuviera esperando conscientemente a que volvieras, pero creo que una parte de mí siempre ha mantenido viva la esperanza de volver a verte.

Una sola lágrima cayó en mi mejilla y lloré por lo que podría haber sido de no haber sacado conclusiones precipitadas, o de haber respondido una sola vez a su llamada. Sabía que no podía tener una relación seria con él, pero quizás podríamos haber sido amigos. Tal vez, la amargura entre nosotros se habría resuelto hacía años.

—No sé qué decir.

—No vuelvas a decir que lo sientes, —solicitó—. No tienes que sentirlo por nada. No me di cuenta hasta que Marcus me contó lo que le dijiste de que lo habías visto con otra. Me hubiera dolido por aquel entonces. Estoy seguro de que fue doloroso para ti.

Asentí mientras me secaba la lágrima de la cara.

—Lo fue. Supongo que era porque fuiste el primer chico.

—Nunca sabrás cuánto significó eso para mí ni cuánto me desgarró el alma el hecho de que no volvieras a hablar conmigo, —respondió con voz ronca.

—Quería que fueras tú, —dije con una voz apenas audible. —Sabía que los sentimientos eran correctos. Nunca me arrepentí, Blake.

—¿Ni siquiera cuando creías que había jugado contigo? —preguntó.

—No tanto lo que había sucedido, sino por qué, —reconocí—. Es posible que me destrozara cuando pensé que no eras el hombre que yo creía que eras, y me pareció que mi buen criterio había apestado. Pero, en realidad, nunca me arrepentí de lo ocurrido. Hubo de todo. Placer. Emociones y la pura dicha de intimar contigo.

—También lo hubo para mí, —dijo Blake con voz ronca—. En el fondo, tenías que saberlo.

Yo me encogí de hombros.

—No creo que quisiera profundizar tanto después de cuánto me dolió verte con otra mujer. Pero me alegro de saberlo ahora. Nunca me arrepentiré de que fueras el primero. Hiciste que fuera perfecto.

Los dos permanecemos en silencio y miré a Blake mientras tomaba un trago de su bebida antes de dejarla en la mesa de café. Al final, preguntó:

—Entonces, cuéntame por qué decidiste intentar salvar edificios históricos e incorporarlos en diseños de nuevas instalaciones. Por cierto, me parece una idea brillante.

Poco después de hacerme arquitecta, mi nombre se había dado a conocer en mi sector al hacer un diseño que salvó el encanto de un edificio histórico, pero permitió que edificar a su alrededor completara una estructura muy necesaria para hacer que la compañía prosperase.

La historia contra el progreso.

Debido a que la compañía era enorme a nivel internacional, mi diseño se había hecho famoso. Sin querer, me convertí en la arquitecta de referencia para grandes empresas que querían conservar parte de su patrimonio al tiempo que añadían nuevas instalaciones necesarias.

Yo le expliqué el comienzo de mi historia mientras él escuchaba atentamente.

—Sabes que tu trabajo benéfico también es goza de buena fama, —señaló Blake cuando terminé de hablarle de mi carrera arquitectónica.

—Solo son edificios. —Construía refugios para personas sin hogar y los apoyaba donde podía—. No es que necesite el dinero, y ya no hace falta mucho para hacerme feliz. Dejé atrás a esa adolescente mimada hace mucho tiempo.

Sinceramente, me satisfacía más el saber que había ayudado a algunas personas a dormir calientes y secas por la noche que con todo ese dinero aparcado en el banco. Mis padres habían sido tan ricos como los Colter y nos lo habían dejado todo a mí, a Danica y a nuestros tres hermanos.

Mientras que nuestros hermanos tomaron su dinero y emprendieron carreras profesionales en puestos de responsabilidad, Danica y yo elegimos trabajos que nos hacían felices.

—No finjas que no es nada, —insistió Blake—. A la mayoría de los ricos no les importan las personas sin hogar.

Yo sabía que lo que decía era verdad. A algunos les importaba. A otros, no. Yo simplemente resultaba ser una persona rica a la que le importaba.

—La mayoría de los ricos no se preocupan por los servicios públicos a menos que les beneficien, —indiqué—. Tú también haces cosas buenas, Blake.

Él me sonrió.

—Puede ser. Cuando no me apetece obligar a la gente a dejar de discutir—. Es frustrante.

Teniendo en cuenta el clima político, estaba bastante segura de que el ambiente en Washington era cualquier cosa menos agradable.

—Habría sido feliz si hubieras aportado algo de sensatez a los miembros del Congreso que no aprobaban la financiación para el cuidado de la salud mental de las personas, dije con ligereza.

—Lo intenté, —respondió enojado—. La mayoría de las personas tienen otras prioridades. Por desgracia, él era uno de una minoría que no se había

opuesto a la financiación. —Seguiremos intentando que se apruebe —dijo con una voz de advertencia simulada.

—Te ayudaré todo lo que pueda, —prometió.

Me sorprendió lo cómoda que se había vuelto nuestra conversación, como si dos amigos volvieran a conocerse.

El problema era que nunca fuimos amigos en realidad. Solo éramos dos personas que habían disfrutado del cuerpo del otro cuando éramos jóvenes y hormonales.

Ahora, era adulta y me aterrorizaba que mi hermana podría no volver a casa nunca. Incapaz de evitar el tema por más tiempo, pregunté con nerviosismo: —¿Crees que Marcus y Tate realmente podrán ayudar a Dani?—

Podía escuchar el miedo en mi voz, una incertidumbre que no era natural en mí.

Sus ojos grises se oscurecieron.

—Intentarán todo lo que yo no quiera les ocurra para sacarla de allí si sigue con vida.

Esa era la posible verdad a la que yo no quería pronunciar y, lo único que no podía aceptar.

—No puede estar muerta.

Dije las palabras porque quería desesperadamente que fueran ciertas.

Blake se levantó y vino a sentarse a mi lado, abrazándome como si fuera perfectamente natural para él—. Espero que no lo esté.

El tono reconfortante de su voz finalmente hizo que me viniera abajo. Llevaba semanas preocupada, preguntándome si Danica todavía seguiría con vida. La fractura por estrés de mi corazón finalmente se abrió de par en par, y lloré.



Capítulo 7



Blake

Me sentía totalmente indefenso porque lo único que podía hacer era sostener a Harper en mis brazos mientras ella lloraba cada pizca de miedo que había albergado por la seguridad de su hermana.

Caramba, no podía prometerle que Danica seguía con vida. La corresponsal internacional estaba en un mundo donde a nadie le importaría si la decapitaban y derramaban hasta su última gota de sangre en la tierra. La hermana de Harper vivía con esa clase de brutalidad y realidad día a día mientras informaba desde algunos de los destinos más hostiles de la Tierra.

La única esperanza que podía ofrecerle a la mujer en mis brazos era ínfima.

—No hay noticias oficiales de su muerte. Si los rebeldes la tuvieran y la hubieran asesinado, creo que ya sería público a estas alturas. He llamado a todos los puñeteros funcionarios que conozco para recibir noticias. No hay nada, Harper. Ni media palabra sobre su destino. Ahora mismo, de hecho, eso es bueno.

Sus sollozos desgarradores terminaron y ella descansó la cabeza contra mi pecho mientras preguntaba con voz temblorosa:

—¿Llamaste?

—Por supuesto, —respondí con calma.

—Gracias por ayudar. En realidad, no necesitabas involucrarte, ni tú ni tampoco tus hermanos.

—Ojalá tengamos noticias de los cabrones que se la llevaron, —respondí malhumorado.

Para mi decepción, ella se incorporó y se secó las lágrimas de la cara.

—No he oído nada desde que interrumpieron la comunicación. Eso me preocupa.

A mí también me daba mucho miedo, pero no iba a decirle a Harper lo que opinaba. El secuestro no se había hecho público y yo esperaba que no lo hiciera. Quería que Marcus y Tate pudieran entrar y salir rápidamente de allí. La mejor esperanza de Dani era una misión encubierta que no llamara la atención sobre el incidente.

—Pronto tendré noticias de Marcus, —le aseguré manteniendo un brazo en torno a su cuerpo tembloroso.

Odiaba esta mierda. Odiaba ver a Harper sufriendo y preocupada.

—¿Y si no puede ponerse en contacto? Podría ser un área remota.

—Tiene uno de los mejores teléfonos satelitales jamás diseñados.

Mi hermano tenía un teléfono satelital que funcionaba prácticamente en cualquier sitio. Además de ser un buscador de emociones, a Marcus le encantaban sus juguetes de espías.

Sentí relajarse el cuerpo de Harper.

—Está bien. Esperaremos.

Sinceramente, preferiría estar ahí fuera en el rescate a esperar, pero yo tenía un papel en el rescate de Dani.

—Toda mi familia sabe lo que hace Marcus. Lo han sabido cada vez que nos hemos intercambiado. Puede que seamos idénticos, pero nuestra madre y nuestros hermanos nos distinguen. Aparte de la familia directa, es mejor que nadie sepa que no soy mi gemelo.

—No diré nada. Lo prometo, —dijo en tono fuerte y resuelto—. Haría cualquier cosa para salvar a Dani.

—¿Incluso vender tu cuerpo? —Le pregunté bastante molesto por que se le hubiera ocurrido esa posibilidad. Pero, evidentemente lo había considerado, ya que lo dijo en tono sarcástico.

—Sí. Si fuera necesario, —respondió con firmeza—. Y en mi defensa, creí que eras Marcus. No sabía lo que querías. Así que, supongo que no encontraste ninguna otra virgen antipática.

—Nadie me ha ofrecido su virginidad desde que tú me utilizaste, —bromeé, intentando provocarla. Estaba tan triste que quería distraerla.

—Yo no te utilicé, —respondió indignada.

Me reí, un sonido fuerte y retumbante que no había salido de mi boca en mucho tiempo.

—¿Creías que iba a ser capaz de resistir cuando prácticamente me envolviste, medio desnuda? Tenía veintidós años.

—Llevaba una de tus camisas, —contestó ella a la defensiva.

—Sí. Muy poco más, —le recordé.

—Está bien, puede que era un poco inexperta, —reconoció de mala gana.

—¿Estás segura de que no te arrepientes? —«¡Maldita sea! No quería preguntarle eso», pensé. Porque no estaba seguro de querer escuchar su respuesta si había cambiado. Pero, por alguna extraña razón, era importante oírle decir una vez más que no se arrepentía.

—No.

Su voz sonaba segura y convencida, y dejé escapar un gran suspiro que no era consciente de haber estado conteniendo.

—Bien, —estaba muy contento de que no hubiera respondido de otra manera.

—¿Y tú? —se aventuró, vacilante.

—No, Harper. Por aquel entonces, me consideraba el cabrón con más suerte del mundo.

—¿Y ahora?

Le sonreí.

—Todavía me considero el cabrón más afortunado del mundo por haber sido tu primer chico.

—Me alegro de que fueras tú, —dijo en un tono solemne.

Yo, desde luego, no podía decir que Harper era la única mujer con la que me había acostado en mi vida. Antes de conocerla era un cabroncete salido. Pero podría decir que estar con ella me había cambiado profundamente. Después de Harper y de cómo me había sentido con ella, ninguna mujer logró conmover mi alma de la misma manera.

Emociones codiciosas se hicieron presa de mi corazón, estrujándolo como una naranja al pensar en Harper con cualquier otro hombre. No importaba que hubiera pasado doce años sin verla.

¿Qué demonios me hacía sentir que me pertenecía a mí solo porque una vez la había hecho gritar y temblar en un intenso clímax?

Verla de nuevo estaba haciéndome perder la cabeza.

Me puse de pie de repente, preocupado de no poder controlar mis instintos de hombre de las cavernas de arrastrar a Harper como mi muy tardío botín.

«¡Mierda!», pensé. Era un respetado cargo electo y solo podía pensar en volver a desnudar a Harper y quedármela toda para mí solo.

—Será mejor que vuelva a mi casa. Tengo algunas cosas en las que trabajar. —En realidad, no tenía nada que hacer en ese momento excepto actuar como Marcus. Pero estar cerca de Harper era peligroso para mí.

Me sentía como un hombre totalmente distinto cuando estaba cerca de ella y yo no tenía una faceta posesiva. Bueno, creía que no la tenía hasta que volví a verla. Ahora estaba luchando contra emociones que ni siquiera era consciente de que existían en mi interior.

Daba bastante miedo percatarme de que tenía rasgos de personalidad que nunca había experimentado.

Harper estaba emocionalmente agotada y angustiada por Danica.

Ahora no era el momento de pensar en hacerla llegar al orgasmo. Y vaya si quería oírlo. La anhelaba como una droga y todo en mi interior quería oír mi nombre mientras la jodía duro y rápido, hasta que ambos estuviéramos saciados y demasiado exhaustos para movernos.

Ella se levantó del sofá de un salto.

—¿Blake?

Me dolía el pecho cuando decía mi nombre en voz alta.

—¿Sí?

—Gracias, —dijo en voz baja.

Yo no quería que me diera las gracias.

—No tienes que darme las gracias por hacer lo correcto.

—Yo creo que sí, —musitó, acercándose y plantando un ligero beso en mi mejilla.

Apreté los puños, manteniéndolos a los costados cuando lo único que quería era sujetarla contra la pared y hacérselo lo más duro que pudiera. Harper me hacía sentir un poco loco y no estaba seguro de poder controlar mis instintos primitivos.

—Estaré en contacto, —respondí alejándome de su alcance de repente.

—Me aseguraré de no revelar tu identidad, —dijo ella. Vaciló un momento antes de preguntar—: ¿Estás bien?

Di media vuelta para mirarla.

—Sí. ¿Por qué?

—Pareces... incómodo.

«¡Tal vez porque quiero joder contigo más que respirar!», pensé. Sin duda, no iba a soltarle esa perla en ese preciso momento.

—Estoy bien. Supongo que solo quiero que me conozcas... a mí.

Al menos estaba diciendo la verdad. Ella siempre me había visto como Marcus. Yo quería a mi hermano, pero no quería ser él. Y mucho menos para Harper.

—Siempre te conocí a ti —respondió ella—. Pero nunca supe tu nombre.

Tal vez sonaba raro, pero yo sabía exactamente lo que quería decir, y aquello me hizo sentir un poco más liviano.

—No disfruto siendo Marcus precisamente.

—De eso estoy segura. ¿Mantener tu propia identidad es un problema cuando tienes un gemelo idéntico?

—Somos diferentes, aunque nos parezcamos.

—Lo sé. Noté la diferencia.

—Entonces eres una de los pocos que pueden. Todos los demás solo nos miran superficialmente y dan por hecho que somos iguales.

No es que mi hermano tuviera nada malo. De hecho, hacía todo lo posible para ayudar al gobierno siendo informante de la CIA porque le parecía que era lo correcto. A su manera, Marcus prestaba su propio servicio público.

Simplemente, a mí no me gustaba cuando nadie nos veía como individuos diferentes por el simple hecho de tener exactamente el mismo aspecto.

—Sois distintos, —observó Harper—. Pero os agradezco a vosotros dos y a Tate lo que estáis haciendo.

No quería su gratitud. Quería algo completamente diferente.

Abrí la puerta.

—Cierra la puerta con llave y llama a Marcus si necesitas cualquier cosa. Tengo su teléfono. Te lo haré saber en cuanto sepa algo.

Salí a toda prisa, cerrando la puerta detrás de mí, pero dudé mientras esperaba que la cerradura hiciera clic detrás de mí. Tardó un momento, pero finalmente escuché encajarse el cerrojo.

Desplazándome rápidamente hacia el ascensor, supe que necesitaba poner cierta distancia entre Harper y yo antes de perder completamente la cordura.



Capítulo 8



Harper

Todavía confundida y preocupada, había tomado el abrigo y unas botas de senderismo poco después de que Blake saliera de mi habitación. Necesitaba estar en algún lugar donde no me sintiera encerrada con mis propios pensamientos.

Por desgracia, no había podido escapar de mi cerebro y seguía igual de ansiosa varias horas después, incluso después de caminar lo que me parecieron kilómetros.

Era una senderista experimentada, pero me di cuenta de que acababa de arrojar todas las reglas del senderismo y la orientación por la ventana al caminar como en una nube, sin prestar atención a nada más que a mis pensamientos interiores.

«¡Maldita sea!», me dije. Finalmente me di cuenta de dónde estaba y miré la nieve que quedaba en el suelo. Se acercaba la primavera, pero aún no había llegado, y yo tenía frío. Seguía un camino que parecía que no llevaba a ninguna parte.

Los pinos bordeaban la carretera de asfalto y seguí moviéndome al ver humo en la distancia, casi segura de que era la chimenea de alguien, así que tenía que haber gente más adelante. Seguí caminando.

Aún pasadas horas pensando, no estaba más cerca de comprender cómo me sentía acerca de que Marcus en realidad fuera Blake, y una persona totalmente distinta de la que siempre creí que era.

Durante mucho tiempo, había devorado todas las noticias que encontraba sobre Marcus, sin darme cuenta de que era de Blake de quien quería saber. De alguna manera, pensé que debería haber sabido que el hombre con el que había estado, bromeado y que conocía mi cuerpo íntimamente no era Marcus Colter. Se sabía que al gemelo mayor nunca le duraba una novia mucho tiempo, mientras que Blake nunca había dado la impresión de ser un mujeriego, aunque estaba más bueno que el pan. Mi madre hablaba de él con cariño. Por desgracia, nunca había dicho que era Blake quién fue a buscarme a aquel refugio para personas sin hogar. Quizás dio por hecho que yo lo sabía. En las pocas ocasiones en que lo había visto hablando en televisión, me había llamado la atención; como si fuera estúpida, me sorprendió cuánto me recordaba a Marcus.

«¡Probablemente porque era el hombre con el que me había acostado!», me reprimí.

Si hubiera escuchado mis instintos, ¿me habría dado cuenta de la verdad? Nunca lo sabría, ya que había estado pensando con el corazón roto.

Una cosa que sí sabía era que nunca volvería a confundirlos a los dos. Después de hablar con Blake y de estar cerca de él, ahora mi corazón siempre lo conocería.

Me detuve mientras miraba hacia arriba, admirando la belleza de la enorme cabaña de madera frente a mí. Era una mansión, pero aun así parecía acogedora. Me quedé mirándola durante mucho tiempo, repasando la compleja arquitectura en mi mente, preguntándome de quién era el diseño. Finalmente decidí que era más importante reconocer que era muy grande, pero sola en mitad de la nada, y que todavía necesitaba encontrar el camino de vuelta al resort.

Capté una sombra por el rabillo del ojo antes de escuchar el ladrido animado de un perro. Me tensé al darme cuenta de que el enorme pastor alemán se dirigía rápidamente en mi dirección, sin duda a una velocidad que yo no podía superar. Me encantaban los perros, pero no estaba muy segura de qué esperar de un enorme pastor alemán que corría directamente hacia mí.

—¡Shep! ¡No! ¡Vuelve aquí, monstruito! —La voz de mujer gritó desde la distancia, pero el can se detuvo sobre sus pasos y después se volvió hacia la casa con un sollozo decepcionado.

Avanzando, saludé a la hermosa rubia que había salido corriendo detrás del perro, deseosa de que supiera que no quería hacerle daño.

Ella corrió hacia mí y se detuvo a solo unos metros.

—Lo siento mucho. A veces se emociona. Debes de ser huésped en el resort. Has llegado bastante lejos.

La mujer sonrió y yo me reí con nerviosismo.

—Lo siento. Obviamente, esto es propiedad privada. Supongo que me perdí en mis pensamientos.

El enorme can se sentó al lado de la preciosa mujer y luego me miró con recelo.

Extendí la mano para dejar que el perro la oliera, satisfecha cuando me lamió los dedos; evidentemente, aceptaba mi presencia como amigable.

—Está bien, —me aseguró—. Simplemente no llega mucha gente deambule por aquí a menudo. Soy Lara Colter.

—¿La esposa de Tate?

Lara me miró bruscamente.

—Sí. ¿Cómo lo sabías?

Sabía que el hermano Colter, ex agente de las Fuerzas Especiales, se había casado con una ex agente del FBI. Mi hermano, Jett, me mantenía al tanto de las buenas noticias de los Colter, ya que había sido compañero de equipo de Marcus durante varios años. Había mencionado a la improbable pareja de amantes una o dos veces.

—Soy Harper Lawson. Mi hermana es la razón por la que tu marido no está en casa ahora mismo.

Lara señaló la cabaña con la cabeza.

—Entra, por favor. Te traeré algo caliente para beber. Parece que estás helada.

Dio media vuelta y le indicó al perro que volviera a la casa, y yo la seguí.

Nos acomodamos en la cabaña grande pero acogedora antes de que volviera a hablar mientras preparaba un café. Sin saber qué más hacer, me senté en la mesa del rincón.

—Siento lo de tu hermana, —dijo Lara amablemente—. Es horrible cuando una persona inocente queda atrapada en la locura del mundo.

Yo suspiré:

—Tu cuñado, Marcus, dijo que Dani sabía dónde se estaba metiendo y que conocía los riesgos. Tenía razón. Ella lo sabía. Pero eso no hace menos difícil lidiar con su desaparición.

—Yo también conocía los riesgos cuando era agente. Los aceptaba. Pero eso no significaba que quisiera que algún perdedor me matara. Hace un trabajo importante. Me encanta su periodismo. Hace más que informar de las noticias

mundiales. Danica logra incluir el elemento humano y el efecto que tienen en la gente.

Yo asentí.

—Esas son las historias que más le importan. Quiere que la gente de todo el mundo conozca las repercusiones de cualquier situación mala.

—¿Estás unida a tu hermana? —preguntó Lara con empatía mientras ponía una taza delante de mí y se sentaba con la suya frente a mí.

Observé mientras ella se preparaba el café y luego pasaba la crema de leche y el azúcar a la mesa por si yo quería.

—Estamos muy unidas, —respondí sinceramente, sacudiendo la cabeza ante cualquier cosa ofrecida para mi café—. Ella siempre ha sido mi mejor amiga, incluso cuando éramos niñas.

—Lo siento, —repitió Lara—. Espero que los chicos puedan traerla a casa a salvo. ¿Cómo lo llevas?

Me di cuenta de lo agradable que era tener a alguien que me preguntara por mí. Estaba tan acostumbrada a viajar que hacía buenos amigos en raras ocasiones. Dani siempre había sido la persona a quien llamaba cuando estaba disgustada. Ahora no estaba.

—Tan bien como cabe esperar, supongo. Pero estoy desesperada por oír noticias.

Lara dio un sorbo de café antes de responder.

—No he sabido nada de Tate, o te lo diría. Sinceramente, no creo que se pongan en contacto hasta que oigan algo para no llamar la atención de ninguna manera.

Me sentí aliviada de que no hubiera oído nada malo.

—Me siento fatal por haber puesto a tu familia en peligro. Solo estaba... asustada. No conseguí que el gobierno actuara porque probablemente Dani era culpable de entrar en el país a pesar de sus advertencias.

—Es eso precisamente. No entiendo por qué lo hizo, —musitó Lara—. Es una periodista experimentada, aunque sea joven.

Me encogí de hombros.

—Yo tampoco lo entiendo. Desearía hacerlo. Dani siempre ha sido valiente, pero no es suicida. Siempre ejerce cierta precaución y sentido común.

—¿Crees que la sacaron de Turquía a la fuerza? Es un poco improbable.

Asentí.

—Estoy de acuerdo. No creo que fuera capturada allí. Nadie más fue secuestrado, que yo sepa. Y hay una misión humanitaria donde fue vista por última vez. Estaba con ellos justo antes de desaparecer.

Su llamada telefónica desde la zona antes de ser secuestrada fue la última vez que escuché la voz de mi hermana.

—Si te hace sentir mejor, Marcus no tuvo que obligar a Tate para que fuera. De hecho, creo que a mi marido estaba bastante molesto con Marcus por no hablarle de lo que hacía con ORP ni haberlo incluido, —dijo Lara con una pequeña sonrisa.

—¿Por qué no lo hizo?

—Estoy segura de que fue porque Marcus no podría concentrarse si estaba preocupado por su hermano pequeño, —reflexionó Lara—. Pero Tate se habría entusiasmado si pudiera volar de nuevo en misiones.

—¿Es tan bueno? —pregunté con curiosidad.

—Uno de los mejores, y no lo digo porque sea mi marido.

—Estoy segura de que no te hizo ninguna gracia que se fuera con Marcus.

Lara se encogió de hombros.

—Me preocuparé, pero estaba de acuerdo en que debía ir. Tienen que sacar a tu hermana de allí.

—Mi hermano Jett era el técnico de Marcus en sus trabajos hasta que el último rescate se vino abajo. Resultó herido de gravedad. Yo ni siquiera sabía que existía ORP hasta que eso ocurrió. Lo mantuvieron muy en secreto porque eso les daba ventaja.

—Sí. Creo que por eso se le torció la nariz a Tate. Pensó que Marcus debería habérselo contado.

—Yo también creo que Jett debería habérmelo contado a mí y a nuestros hermanos. Pero no quería que se corriera la voz, aunque no fuera intencionadamente.

—¿Está buscando a tu hermana?

—No físicamente. No puede. Nunca se recuperó por completo. Cojea después de habersele partido la pierna en pedazos, pero está intentando obtener cualquier información que pueda encontrar.

—¿Lo sabe el resto de tu familia? —preguntó Lara con curiosidad.

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico hace años, así que solo somos Dani, mis tres hermanos y yo. Todos lo saben. Jett se lo contó. Como se lesionó en la última misión, no tenía alternativa. Creo que todos están intentando obtener información de diferentes fuentes. Yo no podía esperar más.

Vine a pedirle ayuda a Marcus porque no dejábamos de toparnos con obstáculos utilizando métodos convencionales. No me había dado cuenta de que no le había hablado a nadie más que a Blake sobre la ORP. Casi todas sus tapaderas fueron descubiertas.

—Solo a algunos gobiernos, —respondió Lara—. Básicamente las mismas personas que no querían que tuvieran noticias de ellos. Nuestro gobierno no filtró la información al público general, así que Marcus no tuvo que contárselo a Aileen ni al resto de la familia.

Pensé en lo preocupada que probablemente estaba aquella mujer por su marido y me sentí culpable.

—Lo siento. En serio, ninguno de los Colter debería haber tenido que involucrarse.

—No te culpo, —respondió Lara en voz baja—. Si tuviera un hermano, le habría pedido a cualquiera que conociera que intentara ayudar. Si Tate no fuera perfectamente capaz, probablemente estaría más aterrorizada. Pero pilotó misiones peligrosas para las Fuerzas Especiales. Sabe lo que está haciendo. Volverá a casa sano y salvo.

—Gracias. Pero no quiero ver a ninguno de ellos herido.

—Entonces conoces el trato con Blake, ¿verdad?

—¿Qué finge ser Marcus como un señuelo? —inquirí, casi segura de que eso era lo que me preguntaba.

—Sí.

—Lo sé. Lo vi esta mañana. Me lo explicó.

«¡Después de que quitarme el sentido con un beso en un ascensor!», recordé para mis adentros.

—¿Conoces bien a Blake y Marcus? —Preguntó Lara inocentemente.

No podía contarle que perdí la virginidad con Blake y que no podía acercarme a él sin querer arrancarle la ropa y volver a experimentar el placer que sabía que podía darle a mi cuerpo. Simplemente dije:

—No conozco bien a ninguno de los dos. Estaba desesperada. Blake y yo tenemos algo de historia, pero casi no conozco a Marcus.

—¿Qué clase de historia? —insistió Lara.

—Nosotros... —No estaba segura de qué decir.

—Tuviste sexo con él, —dijo Lara entusiasmada—. Te estás poniendo colorada. Blake suele ser un solitario. Nunca he conocido a ninguna mujer que le interese realmente.

Maldije mi sensación de vergüenza mientras ella se reía.

—Fue hace mucho tiempo, Lara.

—¿Cuánto tiempo?

—Doce años, —confesé de mala gana.

—Tengo que escuchar esta historia, —suplicó Lara.

Con un pequeño suspiro, le relaté lo que ocurrió hacía tantos años. No di detalles sexuales, pero le conté cómo me escapé de casa, lo perra que siempre había sido y cómo me había cambiado vivir sin hogar durante unos días.

—¿Por qué no seguisteis en contacto tú y Blake? Obviamente conectasteis. Y si alguien necesita a una mujer en su vida, ese es Blake.

Alcé la cabeza bruscamente para mirarla. Rápidamente le expliqué a Lara la parte en que confundí sus identidades y luego le pregunté:

—¿Por qué crees que necesita una mujer?

Ella se encogió de hombros.

—Porque nunca parece estar emocionalmente comprometido con nadie, nunca tiene una mujer en el rancho, y parece... muy solo.

—Es senador. Es un político. Creí que tendría mucha compañía.

—No me refiero a eso. Es un político increíble y no lleva sus emociones a flor de piel. En ese sentido, es como Marcus. Pero presiento que no es completamente feliz.

—Deberías ser psicóloga, —le dije en broma por la forma en que parecía analizar a las personas.

Lara me guiñó un ojo.

—Estoy trabajando en ello. Un año más de universidad.

Charlamos un rato sobre su educación para hacerse terapeuta y el trabajo que quería realizar con víctimas de violencia de género.

—Es increíble, —dije en tono maravillado.

—No más fantástico que lo que estás haciendo tú con las personas sin hogar, —replicó ella.

Hablé con entusiasmo de mi trabajo benéfico y Lara escuchó con atención. Cuando me detuve a tomar aire, Lara comentó, con una mirada pensativa en la cara:

—¿Sabes?, nuestras causas no son tan distintas. Ambas tratan de personas que necesitan que les echen una mano. Cuando esto haya terminado y encuentren a tu hermana, quizás podamos hablar de trabajar juntas.

Me alivió que sonara tan segura de que encontrarían a Danica. Y me encantó la idea de trabajar con su organización. Sinceramente, había muchas mujeres y niños sin hogar por intentar escapar de la violencia de género.

Sin embargo, había problemas logísticos.

—Me gustaría. Pero vivo en California... bueno, al menos durante parte del año. El resto del tiempo, estoy viajando.

—Trabajamos en todo Estados Unidos, —argumentó ella.

Le sonreí.

—Entonces me encantaría intentarlo.

Me fui un poco más tarde, sintiendo que tenía una nueva amiga, y sintiéndome culpable por haber mandado a su marido a correr peligro debido a mi propia necesidad egoísta, a la desesperación de traer a mi hermana a casa con vida.

Mientras me dirigía de regreso a su camino de entrada, siguiendo las sencillas instrucciones de Lara después de negarme a aceptar que me llevara de regreso al hotel, me sentí animada por su confianza en las habilidades de Marcus y de su marido. Parecía pensar que Marcus y Tate estaban a la altura de la tarea de poner a Dani fuera de peligro y, como Lara estaba emparentada con ellos, aceptaría su palabra al respecto.



Capítulo 9



Harper

Necesité hasta la tarde siguiente para aclararme completamente las ideas sobre Marcus y Blake.

En realidad, no conocía a Marcus. Había hablado con él una vez sobre Dani y lo había visto muchas veces cuando era niña.

A Blake... lo conocía íntimamente. Literalmente. Y me estaba acostumbrando al hecho de que el chico con el que había estado hacía doce años en realidad era Blake.

Suspiré mientras me ponía unas botas de montaña. Todavía no había oído nada sobre mi hermana y estaba a punto de perder la cabeza. Aunque las noticias fueran malas, algo sería mejor que el limbo en el que me encontraba ahora.

Un golpe repentino a la puerta de mi habitación me sobresaltó.

—Harper. —Era la voz de Blake lo que oía retumbar a través de la gruesa madera.

Atándome rápidamente la segunda bota, puse los dos pies en el suelo en cuestión de segundos y corrí hacia la puerta para ver qué había descubierto Blake.

Abrí la puerta, jadeando de preocupación.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

Blake irrumpió en mi habitación sin explicarse, cerrando la puerta a su espalda.

—Tenemos que reubicarte, —dijo sin preámbulos.

Yo lo agarré del brazo, aferrándome al bonito y pesado suéter que llevaba con unos pantalones.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando? ¿Encontrasteis a Dani? ¿Está viva?

—Está viva. El Gobierno ha recibido noticias de lo que sucedió en realidad y la prensa se arremolinará aquí en breve. Llévate lo que necesites. Haré que mi madre envíe el resto.

Su voz denotaba tanta urgencia que obedecí su orden de inmediato. No parecía preocupado por nada más que por mí, así que supuse que tenía buenas noticias. Sin embargo, el corazón me batía contra el pecho mientras recogía algunas cosas, las metía de cualquier manera en la maleta y la cerraba a la fuerza. Estaba desesperada por saber qué había oído.

Sin palabras, Blake me quitó la maleta y luego me dio la mano después de que yo tomara mi bolso.

—Vámonos, —farfulló con insistencia.

Lo seguí sin hacer más preguntas hasta que estuvimos sentados en su vehículo, prácticamente corriendo para seguirle su paso mientras él entraba rápidamente en el aparcamiento del resort para llegar a su SUV de lujo.

Conducía como un loco, pero pronto me percaté de que sabía a dónde iba y de que era un conductor experto, así que yo estaba a salvo.

—Dímelo, —le supliqué mientras se alejaba del resort—. Por favor. —No podía soportar ni un minuto más sin saber qué le había pasado a Dani.

—Los secuestradores de tu hermana enviaron un vídeo como prueba de vida. Exigen la liberación de algunos miembros de su organización que atrapamos y encarcelamos para recuperarla, junto con un barco cargado de efectivo.

—Tengo dinero. Muchísimo. Les daré lo que quieran, —le dije con desesperación.

—No podemos liberar a los prisioneros que quieren, Harper. Son responsables de acabar con muchas vidas. Nadie ha rechazado sus exigencias todavía, pero lo harán.

Blake hablaba con voz sombría y, como era senador, yo era consciente de que él sabría lo que podía y no podía hacerse. Egoístamente, no me importaba una quién fuera liberado para recuperar a mi hermana. Pero, como estadounidense, no podría vivir conmigo mismo si se llegara a un acuerdo y esos prisioneros se llevaran más vidas inocentes por delante.

—¿Qué había en el vídeo? ¿Cómo estaba ella? —Pregunté, suplicando cualquier información que pudiera obtener.

—Lo tengo. Puedes verlo tú misma cuando lleguemos a mi casa.

—¿Allí es donde vamos?

—Sí. Preferiría llevarte a casa de Zane porque tiene una puñetera fortaleza. Trabaja con material delicado y tiene un laboratorio en casa. Pero yo vivo mucho más lejos porque quería terrenos. No pude ponerme en contacto con Zane, y él y Ellie están fuera ahora mismo. Así que tendremos que conformarnos con mi casa. Al menos está cercada y tiene una verja a la entrada. Además, no estoy seguro de que a nadie se le ocurra ir tan lejos.

—¿Entonces no iremos a casa de Marcus?

—No. Es el primer lugar donde buscarán los medios. Su trabajo rescatando víctimas secuestradas acaba de hacerse público. Los secuestradores de Dani mencionaron su nombre en una advertencia de no ir a buscarla. Los medios querrán saber si está involucrado.

—¿Entonces toda tu familia se enterará de la existencia de ORP?

Blake asintió con un gesto rápido.

—Por desgracia, sí.

—No entiendo por qué no lo saben ya. ¿Cómo pueden no saberlo? Obviamente os cubren a vosotros dos cuando has tenido que sustituir a Marcus en el pasado.

—Les damos otra razón, —respondió Blake, sin dar más información.

—¿Se atreverían los medios a invadir una propiedad privada? El resort tiene huéspedes, pero las residencias de la familia son privadas, evidentemente.

—Te sorprenderías, —dijo Blake arrastrando las palabras—. Tu hermana es periodista. Deberías ser consciente del impulso de un periodista para obtener una exclusiva.

—Pero no se colarán en tu propiedad.

—No apostarí por eso. Saben que estás aquí, o al menos que lo estabas. Los medios de comunicación lograron obtener información sobre tu vuelo y tu viaje a Rocky Springs. Si creen que todavía estás por aquí, intentarán lo que puedan para hablarte sobre la captura de tu hermana. Espero que, entre mi madre y el resto de mi familia, puedan desviarlos de nuestra pista. Les dije que lo explicaría todo más adelante, pero que intentaran mantener a los medios alejados con una explicación bastante sencilla.

—¿Cómo pueden hacer eso?

—Diciéndoles que Marcus se fue contigo en su avión privado.

—¿Y tú?

Él sonrió.

—Se supone que estoy de vacaciones. Joder, me he tomado más vacaciones ficticias desde que empecé a ser Marcus que las que he tenido en toda mi vida.

Mis labios se curvaron en una débil sonrisa. De alguna manera, no me imaginaba al senador Colter tomando muchos descansos.

Condujimos mucho más lejos de lo que esperaba, sin llegar a la puerta de la casa de Blake hasta quince o veinte minutos después.

—No estabas bromeando, —comenté—. Esto casi parece un rancho.

—Lo es, —respondió con naturalidad—. Principalmente ganado. Tengo una instalación de cría.

—¿Eres ranchero? —De acuerdo, estaba un poco sorprendida.

Él abrió su ventana y marcó un código para abrir la cancela antes de responder:

—Creo que la mayoría de las operaciones de ganado real me llamarían criador y a esto un rancho de pasatiempos. No tengo suficiente superficie para conducir ganado y eso nunca fue lo que quería hacer. Me interesa más producir nuevas razas.

—Supongo que no estudiaste ciencias políticas en la universidad, —dije.

Él se rio y sacudió la cabeza mientras cruzaba la puerta.

—No, por Dios. Entrar en política no estaba en mi plan de vida. Sucedió sin más. No podía soportar a la comadreja que representaba a nuestro distrito, así que me presenté a la Cámara. Después de eso, era lo bastante mayor como para presentarme a un puesto en el Senado.

—¿Te gusta? —pregunté en voz alta.

—La mayor parte del tiempo. Al menos puedo ser una voz para la gente de Colorado.

Oí el compromiso de hacer lo mejor que pudiera como cargo electo y, como era multimillonario y podía hacer prácticamente cualquier cosa que quisiera, yo no pude evitar admirar su dedicación.

Me crucé de brazos mientras Blake conducía por el largo y sinuoso camino de entrada.

—¿Cómo es ser un independiente con el clima político tan dividido?

—Es un infierno, —dijo llanamente—. Pero tengo la obligación de luchar por la gente de Colorado. A diferencia de muchos de mis colegas, no me

importan los grupos de presión. Estoy allí para hacer un trabajo para los votantes que confiaron en mí lo suficiente como para elegirme.

—Es refrescante. —No quería que el comentario sonara sarcástico en lo más mínimo y esperaba que Blake no se lo tomara así. Sinceramente, a muy pocos representantes les importaban una mierda sus electores. Se preocupaban por ganar y retener el poder en Washington, D. C.

Él se encogió de hombros.

—Intento salir y hablar con tanta gente como sea posible y obtener tantos puntos de vista como pueda. De hecho, leo informes científicos e intento pensar en las generaciones futuras.

—Realmente te importa, —dije, a sabiendas de que había admiración en mi voz. Blake era una especie rara entre los funcionarios del gobierno.

—No soy el único que lo hace, —dijo con modestia—. El problema es que estamos en minoría. Ya soy rico y no fui a Washington para ganar poder. Quiero mejorar la vida de las personas de mi estado, de mi país y del mundo.

—Casi me haces desear vivir aquí solo para poder votar por ti. Es muy persuasivo, senador, —bromeé.

Metió su lujoso SUV en el garaje y apagó el motor. Giró la cabeza y captó mi mirada.

—Se me ocurren cosas que necesito de ti mucho más que tu voto, Harper.

El sonido profundo y gutural de su voz y su mirada hipnótica enviaron una sacudida de deseo devastador a través de mi cuerpo, haciendo que me diera cuenta de que quería mucho más de Blake que su protección.

«Quiero... Necesito...», pensé.

—Te lo daría de todas maneras, —le dije, no muy segura de si estaba hablando de mi voto, ya que me perdí en sus preciosos ojos grises.

Su expresión se volvió sombría cuando apartó la mirada y abrió la puerta del coche para buscar mi maleta en mi asiento trasero.

—Venga. Veremos el vídeo de Dani.

—Quiero verlo, —dije inquieta.

—Lo tengo. Todavía no lo he visto. Fue retirado de la red casi de inmediato, pero tengo un enlace privado.

Salí del vehículo a toda velocidad.

—Así lo supieron los periodistas —supuse—. ¿Fue público durante un tiempo?

—Durante muy poco tiempo, sí, —confirmó.

Ahora todo tenía sentido. Si el vídeo se hubiera hecho público, obviamente los periodistas habían ido a buscarme a California. Al no encontrarme disponible allí, alguien descubrió exactamente a dónde había viajado.

Caray, daba un poco de miedo la facilidad con que se podía rastrear a una persona como un animal de presa.

Empecé a moverme cuando me percaté de que Blake estaba esperando en la puerta abierta del garaje, ansiosa por ver el rostro de mi hermana, aunque solo fuera en un vídeo.



Capítulo 10



Harper

Lamentablemente, no tuve la oportunidad de ver la grabación de Dani de inmediato. Mis hermanos me llamaron, uno detrás de otro. Todos me hicieron saber que no debía volver a mi casa en California. Mi hermano pequeño, Jett, llamó primero para informarme de que su casa estaba rodeada de reporteros y de que se estaba quedando en otra casa de su propiedad que era menos conocida. Mientras hablaba con Jett, mi hermano mediano, Carter, llamó para decirme lo mismo.

El mayor, Mason, llamó en cuanto colgué el teléfono con Carter para relatar exactamente el mismo escenario en su casa.

Cada uno de nosotros estaba siendo perseguido por los medios de comunicación en distintos lugares.

Intercambiamos información. Mis hermanos, a pesar de toda su riqueza y poder, no habían conseguido ninguna pista sobre la ubicación de Dani.

Mis esperanzas seguían reposando de lleno en el éxito del equipo de Marcus. Como Jett era el único que sabía lo que yo había hecho con Marcus, había hablado más con él. Le conté el progreso del equipo, pero le hice saber que no había tenido noticias aparte del hecho de que el grupo ya estaba en el extranjero rastreando a Dani.

Todos mis hermanos ya habían visto el vídeo de mi hermana y todos me advirtieron que no lo viera. Cuando les pregunté por qué, ninguno de ellos me

dio una respuesta Chloe, así que no iba a perder la oportunidad de ver el rostro de mi hermana y escuchar su voz ni en broma.

Blake me había conducido a un dormitorio encantador y había dejado mi bolso dentro mientras yo hablaba con mis hermanos, pero había tenido muy poco tiempo para admirar la casa.

Mi objetivo principal era obtener más información sobre mi hermana y, en cuanto terminé todas mis llamadas, deambulé por la casa para encontrar a Blake.

Tardeé un tiempo en darme cuenta de que la casa tenía un estilo de rancho extenso y todas las habitaciones parecían estar en un ala muy grande. Entré en un salón, una sala de estar formal, y luego lo que parecía ser una gran sala de estar familiar; todavía no había visto señales de Blake.

Su casa era impresionante en tamaño y contenido, y yo estaba bastante segura de que querría verlo todo de no ser porque realmente necesitaba encontrar a su dueño. Después de cruzar la enorme cocina, encontré un área con un cine casero y una entrada a una piscina cubierta, que evité.

Me estaba frustrando cuando finalmente encontré a Blake en lo que parecía un gran despacho casero, con la puerta abierta y el hombre al que buscaba sentado detrás de su mesa.

Me miró cuando entré, los ojos preocupados.

—¿Qué pasa? —Pregunté en tono nervioso.

—El vídeo de Dani. No estoy seguro de que quieras verlo —respondió con voz sombría.

Apresurándome a su lado, vi la ventana del reproductor en la pantalla de la computadora, pero la imagen se había detenido.

—Mis hermanos intentaron decirme lo mismo. Ya lo han visto. Necesito verlo, —supliqué, apoyando una mano sobre su hombro.

—Parece que ha sido golpeada, Harper. Prepárate para lidiar con el hecho de que no la están tratando bien.

—Enséñamelo, Blake. No soy una niña. Quiero ver a mi hermana —le dije con dureza.

Tal vez sería una conmoción, pero no iba a huir de la realidad.

Hizo clic en la flecha del vídeo para reproducirlo.

La imagen tenía grano y yo no entendía el idioma que se hablaba en el vídeo, pero observé a mi hermana con atención, ignorando el idioma extranjero para mirar a mi hermana cuando Blake aumentó la imagen a pantalla completa.

Tenía la cara magullada e hinchada, y le habían cortado tanto el largo y precioso pelo del que se quejaba tan a menudo que el secuestrador invisible apenas podía tirar de él para mover su cabeza hacia la cámara.

El vídeo solo era una charla en otro idioma y la imagen de mi hermana sostenida por sus cortos mechones de cabello para que mirase a la cámara.

—Ay, Dani, —musité conmocionada, llevándome la mano a la boca para evitar que un sollozo desesperado saliera de mis labios.

Todavía veía una mirada desafiante en sus ojos y me concentré en eso, intentando leer lo que estaba pensando mientras los secuestradores hablaban sin parar sobre lo que di por hecho que eran sus exigencias.

Al final, mi hermana se retorció hasta zafarse del agarre del hombre en su pelo y gritó en inglés:

—No lo hagáis. No los dejéis ir. Me matarán de todas formas.

El brutal vídeo terminó cuando un puño voló y golpeó a Dani con fuerza en la cara, dejándola fuera de escena.

El despacho de Blake se quedó completamente en silencio después del último grito de uno de los hombres que mantenían cautiva a mi hermana, probablemente el mismo tipo que la había silenciado.

Caminé hacia el pequeño sofá al otro lado de la habitación y me senté, las piernas incapaces de sostenerme por más tiempo.

Aturdida, me quedé mirando fijamente la pared, preguntándome qué demonios estaría aguantando mi hermana en ese preciso instante.

—¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Quiénes son esos hombres y por qué tratan así a mi hermana? —Pregunté con voz monótona, intentando separar las emociones de la razón, consciente de que, si me dejaba llevar, me vería sumergida en un mar de miedo y ansiedad que nunca volvería a poner bajo control.

—Son guerrilleros —respondió Blake en tono sombrío—. Por lo que dijeron, todo lo que logramos averiguar es que están actuando solos en un grupo pequeño por ahora para obtener dinero y el regreso de algunos de los hombres a cuyas órdenes solían luchar. No creo que sean muy inteligentes. Obviamente, desconectamos su grupo cuando nos llevamos a los líderes. Están desesperados por recuperarlos. Amenazaron con matar a Dani si el ejército o el grupo de rescate de Marcus intentaban algo.

Me llevé las manos a la cara y me froté los ojos. Estaba cansada y no había dormido mucho desde que mi hermana desapareció. Estaba agotada, ansiosa y tan asustada que me estaba costando contenerme.

—No sé qué más hacer, —le dije a Blake, sintiéndome completamente impotente para hacer algo para liberar a mi hermana de manos de los terroristas.

Él vino y se sentó a mi lado.

—No hay nada más que puedas hacer ahora mismo, Harper. Créeme cuando te digo que estamos haciendo todo lo posible para sacar a tu hermana de allí excepto liberar a esos hombres.

—Ni siquiera sé por qué estaba allí.

—Yo, sí, —confesó Blake mientras me frotaba la espalda en gesto tranquilizador—. ¿Quieres saber por qué está Dani allí ahora?

Alcé la mirada hacia él con el rostro anegado de lágrimas. Asentí.

—Cuéntamelo.

—Dos misioneros estadounidenses se dirigieron al Gobierno ayer, un matrimonio que acababa de regresar de una misión en Turquía. Según ellos, su hijo y otros dos adolescentes decidieron cruzar la frontera por diversión. Tu hermana los siguió; por lo visto, intentaba detenerlos. Cuando tuvo que elegir entre ella y ellos, Dani les hizo aspavientos desde el otro lado de la frontera y les dio tiempo a los niños para que escaparan antes de ser capturada mientras intentaba dejar atrás a los secuestradores. Creó una distracción.

—Ay, Dios. Eso suena propio de ella, —lloré, dejando que los sollozos desgarradores abandonaran mi cuerpo, aliviándome del dolor de saber que mi hermana se había sacrificado.

Blake me tomó en sus brazos y me sostuvo, permitiéndome liberar el estrés que había estado acumulando en mi interior durante tanto tiempo. Me habló en voz baja y reconfortante al oído.

—Tenía que haber sabido que la atraparían. Los padres estaban tan agradecidos que no pudieron permanecer en silencio en cuanto su hijo les contó lo sucedido. Volvieron a Estados Unidos y acudieron al Gobierno de inmediato. Todo el mundo sabe que tu hermana es una heroína, pero hay límites a lo que podemos hacer.

—Entonces, esperamos, —afirmé con más calma.

—Si alguien puede sacarla, ese es Marcus, —me aseguró Blake—. Ha logrado algunos rescates increíbles.

—Lo sé. Jett me lo contó.

—El Gobierno también está trabajando en la situación. Harán todo lo que puedan.

De alguna manera, eso no me hizo sentir mucho mejor. El Gobierno me había fallado hasta ahora, pero quizás ahora que sabían con certeza que Dani había sido secuestrada, podría cambiar el resultado.

—¿Hay alguna esperanza? —pregunté mirándolo e implorándole con los ojos que fuera sincero.

—He pedido todos los favores que me deben en Washington y le he pedido ayuda a cada amigo que tengo allí.

Se me escaparon más lágrimas de los ojos cuando le dije con voz trémula:

—Gracias.

¿Qué más podía decirle a un hombre que estaba probando todos los recursos que tenía para intentar sacar a mi hermana con vida de un territorio hostil?

—No es gran cosa, —descartó—. Tu hermana rescató a tres niños estadounidenses.

—Dani nunca se consideraría una heroína. ¿No la escuchaste decir que no se liberara a ninguno de los prisioneros que tenemos?

—La escuché. ¿Habla algún idioma extranjero? ¿Hay alguna posibilidad de que entienda lo que están diciendo?

Yo asentí.

—Ella los entiende. Hay muy pocos idiomas que no sepa hablar, y pasa mucho tiempo en Oriente Medio.

—Maldición, —protestó Blake—. Debe de pensar que no van a dejar que salga con vida de allí.

—Eso es lo que me temo ahora mismo, —confesé yo sin aliento.

Estaba tan nerviosa que di un tumbó en el sofá cuando sonó el teléfono de Blake. Me senté y me alejé de él para que pudiera buscar en su bolsillo y contestar.

Ví como su expresión se tornaba sombría y daba respuestas monosílabas a este lado de la línea.

Finalmente, preguntó:

—Entonces ¿vais a entrar mañana?

Me quedé ojiplática, esperando que la llamada fuera sobre Dani. Contuve el aliento, esperando hasta que colgara para liberarlo.

—¿Era Marcus?

Blake asintió con la cabeza.

—Encontró la ubicación. Solo necesita tiempo para trazar el plan.

—Gracias a Dios, —dije, el alivio calando en mi cuerpo ahora que sabía que alguien iba en camino hacia la prisión de mi hermana—. ¿Sabe el Gobierno lo que está haciendo?

Blake permaneció en silencio durante un momento antes de responder.

—Parte de ello.

Era una respuesta críptica, algo a lo que no estaba acostumbrada con Blake. Había sido bastante franco en su manera de lidiar conmigo hasta ahora.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no lo sabes todo.

—¿Qué?

Él dejó escapar un suspiro de derrota fuerte y masculino.

—Te voy a contar una cosa, pero es algo que no sabe nadie fuera de mi familia. Algo que nunca le contaría a nadie en quien no confiara.

—No diré ni una palabra. Lo juro. —Cualquier cosa que me contara Blake que era personal iría a la tumba conmigo—. Nunca traicionaría tu confianza.

—Marcus tiene otros lazos con el gobierno. Realiza operaciones especiales para la CIA.

—¿Es espía? —Eso era lo último que esperaba escuchar.

—Se metió en eso hace años. Se encontró información confidencial mientras hacía negocios en otro país. Marcus era un hombre de negocios legítimo y solo estaba allí revisando sus intereses en el extranjero. Pero como no podía ignorar el peligro para su propio país, se dirigió al jefe de la CIA. Finalmente, lo reclutaron para recopilar información para Estados Unidos mientras viajaba. Es agente especial desde entonces.

De acuerdo. Eso explicaba las respuestas indirectas de Blake.

—¿Entonces la CIA conocía la existencia de ORP?

—Por un tiempo, no. ORP era algo que Marcus dirigía independientemente del Gobierno. Sabía que no apoyarían oficialmente lo que estaba haciendo. Joder, ni siquiera quiso decírmelo a mí porque era senador y no le gustaba el conflicto de intereses que podría causar.

—¿Y lo provocó?

Blake asintió.

—Un poco. Pero yo apoyaba lo que estaba haciendo Marcus. Salvaba vidas, así que no me importaba una mierda si el Gobierno lo apoyaba oficialmente o no. Mientras no se interpusieran en su camino, yo no decía nada.

—Lo ayudaste y lo secundaste, —dije yo en voz baja—. Lo ayudaste.

—Oficialmente, no. Extraoficialmente, sí. —Me lanzó una sonrisa de oreja a oreja.

Su sonrisa traviesa hizo que se me acelerase el corazón mientras lo miraba a los cálidos ojos grises, una mirada muy diferente a la de Marcus. Tal vez los gemelos se apoyaran mutuamente, pero eran completamente distintos; vi al joven que me había importado tanto hacía años en la mirada larga y penetrante de Blake.

Siempre había sido cálido y dulce, pero ahora el paquete venía envuelto en la persona de un hombre poderoso, que lo hacía aún más atractivo.

—No puedo creer que no hayas encontrado una buena chica ni te hayas casado, —espeté sin pensar.

—Encontré una buena chica hace mucho tiempo. Se escapó y me dejó —dijo con voz profunda y sincera.

Sabía que estaba hablando de mí y me sentí enrojecer.

—Estúpida.

—En realidad, era brillante. Oí que se convirtió en una arquitecta genial que diseña edificios extraordinarios y dedica gran parte de su tiempo a construir y apoyar refugios para personas sin hogar.

—Si fuera brillante, nunca te habría perdido, —dije con un susurro apenas audible, aunque Blake lo escuchó.

—Nunca me perdiste, Harper. Nunca te olvidé. —Me colocó un mechón caprichoso detrás de la oreja suavemente.

—Yo tampoco te olvidé, —respondí en voz baja—. Y, créeme, lo intenté.

—Deja de intentarlo, —refunfuñó.

Me reí porque no podía evitarlo.

—Puedes estar seguro de que me he rendido.

Él me lanzó una mirada incrédula.

—¿No piensas huir de nuevo cuando todo esto termine?

Yo no sabía exactamente qué planeaba, pero sabía que olvidar a Blake era imposible.

—No. Dejé de huir de todo lo que me daba miedo hace mucho tiempo.

—Dios, Harper, —dijo inclinándose hacia mí, lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir su aliento en los labios—. ¿Por qué no te busqué sin más?

—Quizás por el mismo motivo por el que yo nunca contesté al teléfono. Entonces tenía miedo, Blake. No quería estar con un hombre que no podía estar con una sola mujer.

—Yo no soy ese hombre.

El corazón me dio un vuelco en respuesta a su voto sincero. Lo creía, porque desde que estuve con Blake hacía doce años, probablemente supe en el fondo que nunca lo superaría.

—Me odiaba por perder la virginidad con un mujeriego.

—No lo hiciste, —me recordó él.

Dios, todavía me importaba tanto Blake que mi corazón anhelaba tocarlo. Pero también sabía que nunca podría tener una relación seria con él. Podía robar cada momento mientras estuviéramos juntos o podía escapar, lo cual no era una opción. Mis días de huida habían terminado.

No quería el dolor desgarrador de volver a perderlo y, sin embargo, sabía que no iba a resistirme a tomar cada momento de placer que pudiera en su compañía.

Incapaz de contenerme, enredé los dedos en su pelo y bajé su cabeza para besarlo, mi cuerpo anhelante de algo que no había experimentado en mucho tiempo.

Al instante, Blake tomó el control del abrazo, presionando su poderoso cuerpo contra mí hasta que me encontré debajo de él, su persuasión contundente y dominante haciéndose cargo mientras sujetaba mi cuerpo bajo su peso a la vez que seguía besándome como si no pudiera hartarse.

Suspiré en su boca, mordisqueándole el labio inferior cuando él levantó la cabeza para tomar aire. Estaba deseosa de que sintiera cada pizca de la misma pasión arrasadora que él despertaba en mí.

En un momento, lo único que podía sentir era a Blake, y al siguiente... él había desaparecido.



Capítulo 11

Blake

Alejarme de una Harper muy necesitada y lujuriosa fue probablemente lo más difícil que había hecho nunca. Aun así, me había obligado a alejarme de la mujer que deseaba más que a nada ni nadie en toda mi vida y había cruzado la habitación. Estaba sentado en la esquina del escritorio con los puños cerrados y apartaba la mirada de su figura tentadora tirada en el pequeño sofá de mi despacho.

«No puede pasar así. No puedo joder con ella en su momento de vulnerabilidad», pensé. Y vaya si quería desnudarla y poseerla en el escritorio, en el suelo, contra la pared... no me importaba dónde ni cómo sucediera, mientras fuera ardiente, rápido y duro.

Necesitaba reivindicar a la mujer con la que había esperado volver a estar durante los últimos doce años. Quizás no lo había admitido conscientemente, pero algo enterrado en lo más profundo de mí sabía que nadie, excepto Harper, sería la mujer que quería.

«¿He estado a punto de acostarme con otras mujeres? Claro que sí. ¿He llegado a hacerlo? En absoluto», me recordé.

Utilizar a otra mujer no habría sido ni medianamente distinto de masturbarme, lo cual hacía bastante a menudo.

Pero Harper me había arruinado aquella Nochebuena hacía tanto tiempo. La forma en que me sentía cuando estaba con ella era diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado y nunca más volví a sentirme así.

Cierto, me había encaprichado locamente de otras chicas antes de Harper. Ella no había sido la primera, pero, sin duda, había sido la última.

Nunca había analizado realmente por qué no deseaba acostarme con otras mujeres. Simplemente estaba... ahí. Harper se había abierto un hueco en mi alma de una manera que no podía explicar. Y la idea parecía tan irrisoria que ni siquiera había compartido cómo me sentía con Marcus, mi gemelo.

Lo explicaba justificando mi comportamiento. Estaba demasiado ocupado. Estaba muy cansado. Viajaba demasiado. Mi estilo de vida no era propicio para una relación. Mierda, todo eran excusas de mierda. La pura verdad era que ninguna otra mujer me hacía sentir como ella. Y si no podía tener eso, no estaba dispuesto a conformarme con otra cosa.

Sí, era consciente de que algunos tipos no necesitaban sentir nada excepto excitación para joder con otra mujer. Yo solía pensar lo mismo. Hasta que conocí a Harper. Hasta que me acosté con Harper. Ella era mía y yo estaba convencido de que nunca tenía que haber sido de otra manera.

—No puedo hacer esto, Harper, —le expliqué con voz aún ronca de puro deseo.

—¿Por qué?

La vi sentarse en el sofá y frotarse las perneras de los pantalones con manos nerviosas. Ya la había visto hacer eso antes. Era una especie de reacción a la ansiedad que me volvía loco. Tal vez, porque quería envolverme la cintura con esas piernas infinitas para poder sentir de nuevo lo que era enterrarme en el éxtasis.

—Estás preocupada por Dani. Estás agotada emocional y físicamente. — Veía las ojeras oscuras bajo sus ojos y su miedo me ponía muy tenso. Ni siquiera lograba imaginar cómo sobreviviría a su dolor si Danica no volviera con vida a Estados Unidos.

—Lo estoy, —admitió en voz baja—. Pero te deseo, Blake.

Puede que fuera codicioso. Quizás quería toda su atención. Tal vez la quería totalmente centrada en mí y en nosotros. Por la razón que fuera, no era el momento adecuado.

—Nuestro don de la oportunidad siempre apestó —me quejé.

Harper sonrió.

—¿Alguna vez hay un momento adecuado?

—Debería haberlo, —dije en tono sombrío—. Pero ahora mismo estás funcionando por emoción y adrenalina. No voy a aprovecharme de eso.

—Debería haber contestado al teléfono hace años, —dijo ella pensativa.

—Yo debería haber rastreado tu precioso trasero cuando no lo hiciste, —respondí yo pesaroso.

Subconscientemente, había esperado a Harper durante doce puñeteros años y ahora estábamos juntos por necesidad. No era lo que yo quería y, desde luego, no era lo que necesitaba. Joder con ella ahora no me la sacaría de la cabeza. No después de que ella me hubiera perseguido en silencio durante tantos años. Sí, mi pene estaba en desacuerdo en ese momento, pero yo ya no era un universitario de veintidós años.

—¿Tienes hambre? —Preguntó ella con voz más serena.

Lo único que realmente quería era a ella, pero respondí:

—Sí. Pero, por el amor de Dios, no me pidas que cocine. Nada de lo que haga sería comestible. ¿Por qué crees que asalto el bufé de mamá por las mañanas?

—Pensé que eras Marcus desayunando en el bufé.

—Yo hago lo mismo. Tampoco sé cocinar, —farfullé.

Su risa encantada inundó mis sentidos como agua tibia después de una salida al frío. Me hizo sentir bastante bien.

Harper se puso de pie y yo la examiné desde la distancia, percatándome de lo poco que había cambiado en realidad. Había madurado, pero seguía siendo tan despampanante como a la edad de dieciocho años. Ella no tenía que estar perfectamente vestida ni usar ropa de diseñador con mucho maquillaje.

El cabello caía de su pinza. Tenía los ojos hinchados por el llanto. Y no iba vestida para impresionar, con unos pantalones, un suéter violeta y las botas de montaña. Pero, demonios, era más atractiva para mí que cualquiera de las mujeres que había conocido y que tardaban horas en arreglarse a la perfección.

Tal vez estaba demasiado acostumbrado al público de Washington que la falta total de artificio de Harper me atrajo tanto que estaba desesperado por mantenerla cerca. Aquello era más que simple deseo o lujuria, pero no podía y ni quería pensar en eso ahora. Estaba bastante seguro de que mi estallaría la cabeza.

—Yo cocinaré si tienes comida, —se ofreció ella.

—No tengo ni idea de qué hay en la despensa. Tengo un ama de llaves, pero se supone que estoy de vacaciones. No estoy seguro de qué hay en el congelador.

Ella cruzó la habitación hacia mí.

—Y exactamente cuándo se suponía que regresarías de... ¿dónde estabas? ¿Hawái? ¿El Caribe? Supongo que tendría que ser en un lugar cálido.

Harper estaba bromeando y eso hizo que se me aligerase el humor.

—Creo que esta vez no nos hemos inventado ningún sitio, así que elige cualquiera de ellos. Marcus y yo no tuvimos tiempo para idear una tapadera completa.

—Entonces, algún resort caribeño de cinco estrellas, —decidió.

—No se mencionó la fecha de vuelta, —dije con una pequeña sonrisa. El pequeño juego de Harper era contagioso.

—Así que, supongo que voy a ver qué hay para un chico que podría volver... en cualquier momento.

Dio media vuelta y empezó a dirigirse a la cocina, y yo sonreí cuando hizo un giro equivocado.

—Por aquí, —la llamé.

—Maldita sea. ¿Por qué has de tener una casa tan grande? —farfulló mientras pasaba junto a mí.

De repente recordé lo que había dicho de que mi pene era demasiado grande hacía años.

—¿Tienes un problema con las cosas grandes?

Me lanzó una mirada traviesa por encima del hombro. Sabía exactamente lo que estaba pensando.

—A veces, al principio. Pero al final funciona.

Me reí mientras la seguía, todavía prácticamente embriagado por el ligero aroma floral que dejó atrás cuando pasó a mi lado. La seguí porque no pude evitarlo.

—¿Entonces no tienes una casa grande en California?

Ella sacudió la cabeza mientras cruzaba la cocina y abría la nevera.

—Tengo un apartamento. No tenía sentido comprar una casa grande. Nunca estoy en casa.

Yo sabía de sobra que Harper era pudiente. Sus padres habían sido tan ricos como los míos.

—¿Qué le pasó a la niña rica que solía gastar más de lo que debía con las tarjetas de crédito de sus padres?

—Se curó de la mayor parte de su egoísmo pasando un tiempo con las personas sin hogar, —respondió Harper sin rodeos—. Ahora compro lo que necesito en lugar de para impresionar a otras personas.

Yo sabía que todo lo que había aprendido de su breve período en la calle había hecho mella en ella. Harper hacía más bien por las personas que necesitaban ayuda que casi cualquier otra que yo conociera.

—¿En qué trabajas ahora? —pregunté. Sentía curiosidad por ver cuáles eran sus últimos proyectos.

—Tengo un encargo cerca de Boston. Así que también estoy trabajando en un refugio allí.

—¿Cuánto tiempo vas a construir refugios? —pregunté con curiosidad.

Harper sacó algunas cosas de la nevera y luego miró en el congelador.

—Mientras siga habiendo más de medio millón de personas sin un techo sobre sus cabezas en este país, —respondió con firmeza mientras examinaba la despensa—. Tu cuñada mencionó que muchas de las mujeres de tu familia apoyan una organización benéfica contra la violencia de género. Me gustaría trabajar con ellas en el futuro si puedo.

—¿Necesitas financiación? —Demonios, le daría mi fortuna si pensara que la haría feliz.

Ella sacudió la cabeza.

—En realidad, no. Mis hermanos y yo tenemos muchos fondos, pero no creo que podamos hacerlo solos eternamente.

—Te ayudaré a montar una organización benéfica que pueda financiarse continuamente.

Ella me lanzó una sonrisa feliz.

—Eso me gustaría. Quizás así pueda hacer más.

«¡Dios!», pensé. Me encantaba cuando me miraba como si fuera su superhéroe personal solo por sugerir ayudarla un poco.

—Tú ya haces mucho. Ya has construido dos sitios en California, ¿verdad?

«Bueno. Sí. Quizás me he dado cuenta de algunas de las cosas que Harper ha hecho», pensó.

—Sí. Uno en el norte y otro en el sur de California.

—No te vuelvas loca. No puedes resolver todos los problemas tú sola. Créeme, el gobierno lleva años intentando mejorar el problema.

Ella se acercó después de dejar caer algo de carne en el mostrador que nos separaba.

—No lo suficiente, —dijo con voz decepcionada—. Muchas de esas personas no tienen la capacidad mental para cuidar de sí mismas. Algunos son veteranos, que merecen algo mejor. Y odio que haya niños y madres en las calles. El Gobierno tiene que esforzarse más.

—Tienes razón. Pero conseguir que algunos de los ricos pedorros del Congreso reconozcan que tenemos un grave problema de sinhogarismo puede ser un reto.

Sus ojos color esmeralda se rieron de mí al preguntarme ella:

—¿Es usted uno de esos ricos pedorros, senador Colter?

—No. Puede que sea rico, pero no soy ajeno a los problemas de nuestro país.

—Bien. Sigue así, —sugirió ella—. En cuanto pierden contacto con su humanidad, esos representantes son inútiles.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —respondí secamente—. A veces, mis deberes como senador parecen infructuosos. Pero luego recuerdo por qué estoy allí, por qué me presenté para un cargo y sigo intentándolo.

Harper llenó una olla de agua y encendió el fogón a máxima potencia. Viendo los ingredientes, supuse que estaba preparando algún plato de pasta.

Ella hizo una pausa y luego me miró mientras preguntaba sinceramente:

—¿Por qué te presentaste?

Le sonreí de lado.

—Porque había un rico pedorro que tenía que ser expulsado de su asiento.

—Lo digo en serio.

Me encogí de hombros.

—Yo también. Había sido político durante demasiado tiempo. No se estaba haciendo nada por los problemas que teníamos en este estado. No hablaba con los granjeros, los ganaderos ni con ninguna de las otras personas que importaban. Estaba tan enredado en Washington, que olvidó para quién trabajaba y quién lo había elegido.

Ella inclinó la cabeza mientras me escudriñaba.

—Algo me dice que tú nunca lo olvidarás.

Mi corazón rugió cuando me miró como si fuera especial solo por estaba hacer el trabajo que se suponía que debía hacer.

—Si alguna vez lo hago, saldré de Washington tan rápido que dejaré un rastro de humo detrás de mí, —prometí. Estuve en Washington por la gente. Si alguna vez estuviese tan absorto con los grupos de presión como algunos de los miembros del Congreso, tanto que no les importaba lo que estaba bien y lo que estaba mal, renunciaría.

—Entonces, ¿qué planes tenías cuando nos conocimos? Nunca te lo pregunté.

—Estaba preparándome para licenciarme. Creía que quería ser veterinario, pero terminé cambiándome a genética veterinaria. Acababa de doctorarme cuando decidí presentarme al Congreso.

Ella se ríe mientras añadía la pasta al agua hirviendo.

—¿Así que en realidad eres el Dr. senador Colter?

Yo hice una mueca.

—Técnicamente, supongo. Preferiría ser Blake la mayor parte del tiempo.

—Entonces tus estudios genéticos están pendientes.

—En realidad, no. Estoy trabajando en desarrollar razas de ganado más saludables aquí, en el rancho, ahora mismo. Tengo personas a cargo de la investigación y los trabajos mientras estoy fuera, pero hago lo que puedo. Mi hermana Chloe es veterinaria y su marido, Gabe, es uno de mis mejores amigos. Él cría caballos, así que intentamos ayudarnos mutuamente cuando podemos.

Harper dejó lo que estaba haciendo momentáneamente y se acercó a la encimera. Colocando los codos en el azulejo, alzó la mirada hacia mí y dijo:

—Te has convertido en un hombre increíble, Blake Colter.

Me dolía el pecho y quise alargar el brazo y agarrarla, arrastrarla sobre la encimera y luego clavárselo allí mismo, en el armario de la cocina.

Lo cierto es que yo también pensaba que se había convertido en una mujer increíble.

Y la Harper Lawson actual era toda mía, al igual que lo fuera cuando tenía dieciocho años, aunque ella no se había dado cuenta todavía.



Capítulo 12

Marcus

Odiaba las operaciones nocturnas, pero muy pocos rescates podían llevarse a cabo a la luz del día. Podía reunir mucha información para la CIA durante el día, pero los rescates eran otra historia.

Me había separado del resto del equipo, trabajando en solitario para encontrar a Danica y sacarla de su prisión.

Por suerte, no la habían llevado muy lejos de la frontera, pero todavía estábamos en un territorio muy hostil y, cuantas menos personas involucradas, mejor.

Me moví a través del campamento polvoriento, intentando con todas mis fuerzas no ahogarme con el polvo que se arremolinaba en el clima desértico.

Ataviado completamente de negro, mis ojos se ajustaron a las voluminosas gafas de visión nocturna que llevaba y que me hacían verlo casi todo en tonos verdes, y miré entre las pocas tiendas, que di por hecho albergaban a los rebeldes dormidos.

Danica estaría retenida en la estructura más sólida que hubiera alrededor; no me llevó demasiado tiempo ver el edificio de piedra en el centro del campamento y las tiendas que rodeaban la estructura como si contuviera elementos invaluable que necesitaban protección.

Para ser sincero, lo que había dentro significaba mucho dinero y poder potencial para los terroristas, pero esos cabrones no iban a conseguir lo que querían.

El gobierno se estaba retrasando y, si no sacábamos a Danica de aquel maldito embrollo, lo más probable era que terminara muerta.

No me sorprendió encontrar una cerradura antigua pero fuerte en la puerta de madera. Rápidamente abrí la cerradura con las herramientas que llevaba en el cinturón; luego la empujé lentamente para evitar hacer mucho ruido.

No la veía bien, pero reconocí de inmediato la pequeña figura que yacía en el suelo sucio, abrazándose las piernas mientras dormía acurrucada en posición fetal.

Me dejé caer al suelo y luego me arrastré, cubriéndole la boca con una mano enseguida. Como yo esperaba, al principio forcejeó, y no era precisamente débil. A pesar de que probablemente había sido privada de alimentos, agua y de la mayoría de las necesidades, habiéndosele dado solo lo suficiente para mantenerla con vida, seguía peleando como un gato montés.

La sometí sujetándola debajo de mi cuerpo mientras intentaba hacerle comprender que estaba allí para ayudar.

—Danica. Soy Marcus Colter. Te voy a sacar de aquí. No hagas ruido.

Mi voz fue un susurro seco, pero ella dejó de pelear inmediatamente.

—¿Marcus? —susurró débilmente.

Puse un dedo en sus labios, luego me agaché y la levanté, sorprendido por lo liviana que era ahora mismo. La Danica Lawson a la que estaba acostumbrado era pequeña, pero su constitución tenía unas curvas difíciles de ignorar.

Por suerte, parecía estar lo suficientemente consciente como para entender que la estaba ayudando y me rodeó el cuello suavemente con los brazos mientras forzaba nuestro camino fuera del campamento sin hacer ningún ruido.

Tuve que acarrearla hasta alejarnos del campamento, pero era tan liviana que no fue precisamente agotador. Llegamos al todoterreno, y los dos hombres asignados a la ruta de escape arrancaron en el momento en que subimos.

La adrenalina fluía por mi cuerpo mientras nos acercábamos a la frontera con tiempo de sobra; Danica pasó todo el trayecto temblando en mis brazos. No habló. No se movió. Lo único que hizo fue aferrarse a mí a medida que nos acercábamos a la frontera a toda velocidad.

No estaba seguro de si ella estaba demasiado débil o asustada como para moverse, pero agradecí su silencio. Solo quería meterla en un helicóptero y salir pitando de la zona.

Después de lo que pareció una eternidad, cruzamos la frontera y entramos en Turquía. Sin dilación, subí de un salto al helicóptero que Tate tenía

esperando.

Nuestro médico subió a Danica desde mis brazos, pero yo no me sentí aliviado. Me molestó tener que dejarla ir y me acerqué mucho a él mientras la examinaba.

El resto del equipo de ORP se subió al pájaro de alta tecnología y Tate despegó como un murciélago salido del infierno en cuanto el último chico se hubo sentado.

Se dirigía a la embajada estadounidense, pero yo no estaba seguro de si Danica necesitaba asistencia médica primero. El médico la sentó y le dio agua mientras seguía evaluaba si se mostraba coherente. Ella respondió sus preguntas, pero resultaba evidente que estaba débil.

Y maldita sea... estaba delgada.

—¿Estás bien? —Le pregunté mientras me agachaba a su lado.

Ella asintió mientras se lamía los labios secos y agrietados.

—Sí. Sobreviviré. Nunca imaginé que vería el día en que tuviera que darte las gracias por sacarme de esa pesadilla.

—No te preocupes. Te lo recordaré —respondí en tono seco, pero en realidad me alegré de escuchar su cinismo. Como formaba parte de su personalidad normal, no me ofendí.

Ahora que entendía por qué me había odiado desde la primera vez que nos encontramos, no podía culparla por sus comentarios mordaces cada vez que nos veíamos.

Ella creía que yo le había roto el corazón a su hermana. Supongo que era causa suficiente para detestar a un hombre, aunque estuviera mal informada.

Era posible que Danica me fastidiara, pero incluso yo tenía que reconocer que tenía agallas. Ya había escuchado la razón por la que había sido capturada; había hecho falta mucho valor para renunciar a su propia vida para salvar a unos niños estúpidos.

Cuando finalmente pude ver su rostro con más claridad, sentí levantarse en mí una ira inusual, que siguió aumentando a medida que examinaba su rostro ensangrentado y magullado, y su cabello cortado. Por la forma en que sostenía la caja torácica, supuse que probablemente tenía algunas costillas rotas.

Su largo cabello rubio había desaparecido y sus ojos parecían enormes en el rostro demacrado.

—Sé que tengo mal aspecto, pero sobreviviré, Colter, —me dijo estoicamente.

Yo asentí bruscamente y luego me dije que, sin duda, seguiría con vida. No iba a volver a rescatar su pellejo.

Mientras el médico atendía sus heridas, mi furia alcanzó un máximo histórico. Cada corte, cada moratón por cada jodida vez que la habían tocado o herido, quería devolvérselos yo a los secuestradores por partida doble.

Tal vez fuera bueno que no hubiera podido ver sus heridas muy bien antes de que saliéramos del campamento.

De haber sabido lo mal que la habían tratado, habría disparado a todos los hijos de puta sin una pizca de remordimiento.



Capítulo 13



Harper

Me desperté gritando y, cuando por fin me di cuenta de lo que estaba haciendo, me tragué un sollozo de miedo.

Había estado soñando con Dani. La había visto decapitada e indefensa en mi pesadilla. Me abracé el cuerpo para consolarme, negándome a creer que fuera una clase de premonición. No era vidente y solo era un sueño.

—Está bien. Está bien. Está bien. —Mecí mi cuerpo mientras cantaba el mantra, esperando empezar a creerlo pronto.

Pero me había parecido tan real que noté una sensación de vacío en la boca del estómago.

—¡Harper! —Bramó Blake mientras corría hacia mi habitación—. ¿Qué ha pasado?

Obviamente, me había oído y sabía que había estado gritando lo bastante alto como para despertar a los muertos.

—Lo siento. Una pesadilla, —le dije en tono tranquilizador—. Ahora estoy bien.

Lo vi en la puerta, la luz del pasillo iluminando su estado desaliñado. Con solo unos pantalones de pijama de franela, vi los músculos abultados de sus brazos, pecho y estómago. Se veía cuadrado y muy fuerte, y sin embargo muy entrañable. Tenía el pelo erizado en algunos lugares y fruncía el ceño de preocupación.

—¿Estás segura? Parecía que alguien te estaba matando.

—Dani, —susurré en voz alta—. Estaba soñando con mi hermana.

Blake entró en la habitación y cerró la puerta parcialmente para que la luz no me deslumbrase. Luego se sentó en la cama, apoyándose contra la cabecera, y apretó mi tronco contra el suyo.

Acepté el abrazo reconfortante y apoyé la cabeza sobre su hombro, sintiendo el calor abrasador de su piel contra la mejilla.

—Lo siento.

—No lo sientas, —respondió él con voz ronca. Quiero estar aquí para ti. Sé que estás asustada. Joder, tendrías que estar loca para no estarlo.

Después de ver el vídeo de Dani, estaba completamente aterrorizada de que pudiera morir. Con el gobierno parado en cuanto a lo que podían hacer y los secuestradores visiblemente inquietos, estaba segura de que mi hermana no tenía mucho tiempo.

Blake y yo habíamos cenado temprano. Después, yo trabajé en algunos dibujos mientras él se encargaba de unos papeles. La tarde había pasado agradablemente, pero la atracción y química siempre estaban allí, siempre presentes. Blake era como un gran imán que me hacía querer aferrarme a él desesperadamente, como si yo fuera ferromagnética.

Acabé teniendo que irme a la cama antes de hacer algo estúpido. Lo único que quería era estar desnuda y sudorosa con aquel hombre guapísimo que ahora me frotaba la espalda para consolarme. Y no era porque estuviera emocional o cansada.

Deseaba a Blake Colter y, aunque no lo había reconocido conscientemente, lo había echado de menos durante doce años.

Se me encogió el corazón cuando me acarició el cabello con una mano comprensiva; su ternura hacía que fuera aún más difícil alejarlo. Yo estaba herida en lo más vivo y Blake era el único que podía aliviar el dolor ahora mismo.

No solo tenía miedo por mi hermana, sino que estaba intentando lidiar con las emociones explosivas que Blake me hacía sentir.

Suspiré y luego me pregunté cómo había conseguido alejarse de todas las mujeres que probablemente se arrojaban a sus pies. Blake era tan adictivo que ya me preguntaba cómo lo dejaría cuando todo aquello hubiera terminado. No solo era atractivo y *sexy*, sino que también era brillante y bueno. Era el tipo de hombre con el que todas las mujeres soñaban, pero rara vez encontraban. Sé que nadie como él había vuelto a cruzarse en mi camino.

—¿Mejor? —preguntó en un tono gutural.

—Sí.

—Entonces creo que será mejor que me vaya de aquí antes de hacer algo de lo que ambos podamos arrepentirnos, —sugirió con voz incómoda.

—Yo nunca me arrepentiría —lo alenté.

—Yo podría hacerlo, —respondió él.

—Somos adultos, Blake. Ya no somos niños. —Yo lidiaría con el calor encantada.

Sentí su cuerpo tensarse. La habitación se quedó en silencio mientras él enredaba los dedos en mi cabello y lo agarraba.

—Dios, Harper. No tienes idea de lo duro que es esto para mí.

Yo tenía una ligera idea y, al dejar que mi mano descendiera por su poderoso pecho y sus abdominales como una tableta de chocolate, tracé cada músculo antes de seguir descendiendo para acariciar la franela y apaciguar un miembro muy duro.

Él siseó su aprobación y puso su mano sobre la mía, como si temiera que la apartara.

—Tócame, joder. Hazlo.

Su orden fue fuerte, verbal e impregnada de una profunda necesidad que me llevó a la acción. Desplacé la mano bajo de la cinturilla elástica de los pantalones holgados y envolví su verga con los dedos. Era suave y tan sedosa que lo acaricié, deleitándome con la textura de la piel aterciopelada sobre la rigidez de su pene.

—Qué gusto sentirte, Blake, —le dije con una voz sensual y necesitada que apenas reconocí como la mía.

Él tomó el control y, antes de darme cuenta, ya estaba debajo de él y sus manos grandes sujetaban las mías por encima de la cabeza.

—No puedo seguir haciendo esto, Harper. No puedo luchar contra ello, con la forma en que te deseo —gruñó.

—Entonces no lo hagas —sugerí—. Por favor, no lo hagas. —Yo deseaba aquello, lo deseaba a él.

—No voy a hacerlo —respondió con aspereza mientras me sentaba y me quitaba el camisón de algodón que llevaba por encima de la cabeza para después arrojarlo al suelo del dormitorio—. No puedo. Te necesito demasiado.

Me estremecí cuando él volvió a abrazarme, esta vez piel con piel, mis duros pezones rozándose contra su pecho.

Se abalanzó sin dudar y me besó, devorando mi boca como si estuviera desesperado por recibir sustento. Me abrí para él y dejé que nuestras lenguas se entrelazaran, haciéndole saber que yo necesitaba aquello tanto como él. Quizás, más. Estaba jadeando cuando su boca dejó la mía por fin y su lengua malvada descendió por mi cuello.

—Blake, —dije con un suspiro.

Mordisqueó mi piel y luego la calmó con la lengua.

—Joder, qué bueno es escuchar mi nombre en tu boca, —respondió en voz baja y apagada contra mi cuello.

Entonces me di cuenta de las pocas veces que había dicho su nombre.

—Ahora sé exactamente quién eres, —respondí con voz excitada—. Blake.

—Y que lo digas, —respondió—. El hombre que está a punto de hacerte tener un orgasmo tan fuerte que gritarás mi nombre para cuando terminemos.

Yo sentí un escalofrío de emoción.

—Hazlo, —lo desafié.

—Cielo, eso pienso hacer.

Soltó mis muñecas para mover la boca hacia abajo; yo clavé las manos en su cabello, saboreando la sensación de los foscos mechones entre los dedos.

—Sí.

No era como la primera vez, pero yo tampoco quería que lo fuera. Ya éramos adultos y Blake era amable, pero también era un hombre dominante, algo que me excitaba increíblemente.

Me retorcí cuando sus dientes y su boca se cerraron sobre uno de mis sensibles pezones, succionando con fuerza antes de usar la lengua para aliviar el roce.

Mi espalda se arqueó y mi cuerpo se sacudió cada vez que él cambiaba de un pecho al otro, haciendo que la sensación de placer y dolor fuera tan excitante que estaba a punto de perder la cabeza.

—Por favor, —supliqué, sintiendo que la presión iba en aumento—. Necesito llegar.

—Lo harás. Cuando estés lista, —exigió.

—Estoy lista, —gemí mientras sus dedos probaban la delicada seda de mis pantis.

—Todavía no, —negó él.

Blake tiró de la seda con fuerza y esta cedió. Se deshizo rápidamente de la ropa interior arruinada arrojándola al suelo.

Yo sacudí la cabeza mientras su boca seguía excitando mis pezones y sus dedos invadieron mi sexo necesitado.

—¡Blake! ¡Por favor! —Grité, desesperada por él.

—He deseado esto durante años, cariño. No voy a estropearlo.

No había una maldita cosa que pudiera hacer mal. No mientras me tocaba. Sus manos y boca parecían lava y yo, sin duda, era combustible.

—Jódeme, —suplicué—. No puedo jugar más.

—No estoy jugando, —carraspeó él—. En este momento todo es muy serio.

Su pulgar rodeó mi clítoris y luego acarició con fuerza el manojó de nervios, desencadenando una serie de gemidos que ni siquiera intenté controlar.

Yo levanté las caderas, intentando desesperadamente obtener más fricción, más presión. Pero él retrocedió, excitándome hasta que estuve a punto de volverme loca.

—Ahora, —exigí yo.

Él se movió entre mis muslos, dobló mis piernas hacia arriba y las separó con impaciencia.

—No te he probado en años. Estás tan rica —rugió justo antes de bajar la cabeza y pasarme la lengua por la raja.

Me habría levantado de la cama si Blake no me hubiera tenido bien agarrada.

—¡Más! ¡Más! —No podía soportar sus juegos ni un segundo más.

Me dio lo que yo pedía, hundiendo su lengua entre mis pliegues, buscando y encontrando mi clítoris. Pero no me dio lo suficiente y yo sabía que era deliberado.

—¡Es increíble!

Mi cuerpo ardía fuera de control y jadeé cuando los dientes de Blake me mordieron ligeramente el clítoris antes de proseguir con un intenso lametón.

Con urgencia, empuñé su cabello para empujar su rostro contra mi sexo, rogando sin palabras lo que necesitaba para llegar al éxtasis.

Su lengua era como la seda mientras lamía desde abajo hasta la cima de mi carne rosada y trémula. No seguía mis instrucciones. Tenía su propia agenda y yo no estaba segura de poder lidiar con ella.

De joven, Blake era amable e insistente. De adulto, era voraz, dominante y tenía el control.

—Ay, Dios. No puedo aguantar más, —dije sin aliento.

—Sí, puedes, —respondió él con voz apagada, con la boca llena de mi carne palpitante.

Mis piernas comenzaron a temblar y el nudo en mi vientre empezó a desplegarse mientras Blake acariciaba mi clítoris una y otra vez con la lengua, dándome por fin lo que necesitaba.

—Sí. Sí. Sí.

Entoné mi mantra mientras su lengua codiciosa seguía invadiendo y conquistando; me dejó temblando cuando el clímax finalmente sacudió mi cuerpo. Monté la ola mientras Blake mantenía las caricias descontroladas y exigentes en mi clítoris, lamiendo cada gota de jugo de mi sexo cuando yo exploté.

Se puso sobre mí rápidamente, apoyando su peso sobre las manos mientras me besaba como un loco, su lengua hundiéndose profundamente en mi boca, dejándome probar mi sabor en su beso.

Aquello solo me encendió más. Mi cuerpo seguía temblando y yo lo necesitaba dentro de mí.

No tuve que preguntar. Obviamente, Blake no iba a esperar y me llenó con una potente embestida de sus caderas, gimiendo cuando se enterró hasta las pelotas y separó su boca de la mía con un tirón.

—¡Harper!

Mi corazón galopaba cuando dijo mi nombre como si volviera a casa conmigo. En muchos sentidos, lo sentí así. Parecía que finalmente estábamos donde se suponía que debíamos estar.

—¡Blake! —Exclamé, amando el sonido de su nombre.

Levanté las piernas alrededor de su cintura, intentando acercarlo lo máximo posible a mí. Agradecí su peso cuando él se apoyó sobre los codos y me besó mientras movía las caderas, su miembro estirándome los músculos internos. Era un dolor delicioso.

—¡Blake! ¡Blake! ¡Blake!

Grité su nombre con cada embestida de su miembro. Mis brazos rodearon su cuello y él me besó una y otra vez, mordisqueando mis labios y mi cuello antes de reposar la boca contra mi sien mientras murmuraba:

—Mía. Eres mía, Harper. Siempre has sido mía.

—Sí, —accedí satisfecha, clavándole las uñas en la espalda al sentir el placer de su posesión que se convertía en un *crescendo* de deseo—. Te necesito, Blake. Te necesito.

Él subió el ritmo, penetrándome mientras me mordía ligeramente el hombro, y luego dijo:

—Me tienes, cariño. Siempre me has tenido.

Sus palabras me hicieron agarrarlo más fuerte, más firmemente, mis dedos clavándose en su piel. Mi espalda se arqueó y mis piernas se apretaron alrededor de su cintura cuando el orgasmo me sobrevino fuerte y desenfrenado.

—¡Blake!

Todavía estaba gritando, pero no me importaba. Mi cuerpo ardía en llamas y yo me quemaba en el deseo de Blake, su ritmo frenético mientras seguía entrando en mí como un poseso.

Mis uñas se clavaron con fuerza en su piel, el placer de mi clímax inminente tan intenso que sentí que iba a estallar en pedazos.

Blake se levantó, me agarró las caderas y las atrajo contra su cuerpo mientras intentaba embestir más profundo y duro.

Yo me deshice, pedazos de mí volando en el aire mientras gritaba su nombre una y otra vez, el palpitar de mi cuerpo ciñéndose sobre su sexo.

—Harper, —gimió con voz ronca—. Qué rica estás, cielo.

Mi vagina se contrajo con fuerza sobre él y su caliente deshago inundó mi interior cuando me estremecí con felicidad pura y sin adulterar mientras lo veía perder el control.

Blake enterró su rostro contra mi cuello y yo saboreé los chorros de aire caliente contra mi piel mientras intentaba recobrar la respiración.

Mi corazón seguía latiendo con fuerza y yo todavía estaba jadeando cuando empuñé su pelo mientras él bajaba la boca para besarme.

Rodó sobre su espalda con nuestras bocas y cuerpos aún unidos, dejándome tumbada sobre su cuerpo duro mientras terminaba el abrazo sensual.

La habitación estaba en silencio. Lo único que se escuchaba era nuestra respiración agitada.

Mi cuerpo estaba saciado y contento cuando lo envolvía como una manta.

Él me besó la sien ligeramente y luego dijo:

—Por favor, dime que estás tomando anticonceptivos. La jodí.

Me tensé, dándome cuenta justo ahora de que no había usado condón.

—No, —dije llanamente antes de impulsarme contra su pecho para poder incorporarme.



Capítulo 14

Harper

—No estaba pensando con claridad, Harper. No es tu culpa. He metido la pata, —dijo él malhumorado mientras se levantaba para sentarse contra la cabecera.

La visión de su cuerpo desnudo descansando contra el cabecero de la cama me pilló desprevenida por un momento y tuve que apartar la mirada de él para aclararme las ideas.

Me cubrí el cuerpo con las mantas mientras me sentaba de piernas cruzadas en el centro de la cama.

—No es solo responsabilidad tuya, —murmuré—. No me preocupa. Las posibilidades de que me quede embarazada ahora mismo son muy escasas.

—¿Por qué?

—No es el momento adecuado, —le dije.

—Bueno, sin duda, no tienes que preocuparte por si estoy sano o no. La última mujer con la que estuve era virgen y no he jodido con ninguna otra mujer desde entonces.

Yo levanté la cabeza bruscamente y supe que lo estaba mirando boquiabierto como una idiota, pero no lograba imaginarme...

—¿Yo? —pregunté con voz de pito.

—Sí. Hace doce años.

Yo sacudí la cabeza. No era posible que un hombre viril como Blake no hubiera estado con nadie desde que la universidad, desde que había estado

conmigo.

—¿Cómo es posible? —pregunté en tono confundido.

—Es bastante sencillo. No quería a nadie más.

Decía en serio que no se había acostado con otra mujer desde nuestro encuentro juvenil, pero aun así yo no lo entendía.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Puse toda clase de excusas para intentar convencerme de por qué no me acostaba con otras mujeres después de haber estado contigo, pero todas eran una mierda. La verdad es bastante sencilla. Supongo que realmente te estaba esperando. Simplemente no tenía interés.

—¿Doce años sin sexo? —Pregunté incrédula.

—Joder, haces que suene como un crimen, —refunfuñó.

—No. No es un crimen. Simplemente resulta increíble.

—Créelo, —dijo secamente—. Ha sido una sequía muy larga.

—¿Por qué yo?

—Porque solo te deseaba a ti después de estar juntos, Harper. Lo creas o no.

—Te creo, —susurré—. Simplemente estoy... sorprendida.

—¿Porque siempre pensaste que me acostaba con una mujer distinta cada semana?

Me aparté el cabello de la cara, consciente de que estaba sudorosa y echaba un desastre.

—Creía que eras Marcus y él, definitivamente, no es un ángel.

—Yo tampoco soy un ángel. En mis fantasías, hemos hecho cosas muy pervertidas —bromeó.

—Y en las mías también, —respondí.

—¿Por qué es tan extraño que no haya estado con otra mujer? Te dije que aquella noche había sido especial para mí. No quería empañarla acostándome con alguien que no me hacía sentir lo mismo, —reconoció en voz baja y vacilante—. ¿Has estado con tantos hombres desde que perdiste la virginidad que te parece raro o algo así? —preguntó.

Yo no pensaba que fuera raro. Pensaba que probablemente era lo más conmovedor y maravilloso que podía decir un hombre. No es que la mayoría de los chicos fueran a reconocerlo. Pero que un hombre tan ardiente y viril como Blake no hubiera tocado a otra mujer desde que estuvo conmigo era increíble.

Sacudí la cabeza.

—No. No he estado con nadie más. Siempre has sido solo tú. Tal vez por eso estoy tan sorprendida; creo que es muy especial que tú tampoco.

—Probablemente por eso ni siquiera pensé en usar condón. No me he preocupado por eso en años —dijo en tono arrepentido—. Pero debería haberlo pensado.

—No voy a quedarme embarazada, Blake, —le tranquilicé.

—Si lo haces, te casarás conmigo, —exigió.

—No me casaría contigo por eso, —me negué—. Ese no es motivo para casarse con alguien.

—Y una mierda que no lo es, —dijo él con irritación antes de cruzar los brazos sobre su enorme torso.

Entonces vi un ramalazo de obstinación en él del que nunca me había percatado y tuve que morderme el labio para no sonreír.

No teníamos motivos para discutir sobre este tema. Primero: no iba a quedarme embarazada. Segundo: no podía casarme con él.

—No voy a quedarme embarazada, —le prometí.

—Ya veremos, —dijo Blake en tono peligroso mientras se levantaba de la cama—. Te dejaré dormir. El descanso te vendrá bien.

Sus palabras eran secas y frías, como si de repente hubiera perdido interés en el tema. De pronto me sentí fría y sola, y me pregunté qué había hecho para que él se cerrara tan repentinamente. Me había mostrado su vulnerabilidad y yo había hecho lo mismo al decirle que nunca había estado con nadie más.

Lo otro que había dicho era que estar embarazada no era motivo para que un hombre y una mujer se casaran, lo cual era cierto. En mi caso, tenía mis propios medios y podía criar bien a un niño sola. Si la alternativa era casarme con alguien solo porque estaba embarazada, hipotéticamente, preferiría hacerlo sola.

Él se detuvo en la puerta y luego la abrió por completo, inundando la habitación de luz brillante.

—Que conste, —dijo sombríamente—. Si estás embarazada, te casarás conmigo, Harper. Así que te sugiero que te acostumbres a la idea, aunque no me quieras como marido.

Cerró la puerta detrás de sí antes de que yo pudiera abrir la boca para explicar que no era a él a quien no quería. Era él en esas circunstancias.

«Por Dios, tengo treinta años. Tengo mi propio dinero y una carrera que me permitiría establecerme permanentemente en un sitio si quisiera. No me casaré

a menos que realmente quiera hacerlo, cosa que nunca sucederá, independientemente de cuánto me importe Blake. De hecho, me importa demasiado como para hacer que se comprometa conmigo. Nunca podría darle todo lo que quiere. No era posible.

»Blake es senador de Estados Unidos. Es un cargo del gobierno, una figura pública», pensé.

Fruncí el ceño en la oscuridad mientras me deslizaba bajo las sábanas y reposaba la cabeza sobre una almohada que todavía olía a Blake, un aroma masculino y tentador que me hizo sentir un anhelo en el pecho al instante.

«¿Teme que tener un hijo ilegítimo arruine su carrera?», me pregunté. Supongo que nunca se me había ocurrido la idea, pero entiendo que no sería precisamente bueno a los ojos del público general. Podría echar a perder su imagen pública y, por tanto, su carrera en el Senado.

Me puse la sábana y las mantas alrededor del cuerpo desnudo, echando de menos el calor de Blake.

Parecía muy obsoleto que ningún votante pudiera juzgar a Blake por su estado civil si dejaba embarazada a una mujer. Pero las situaciones políticas se torcían y se afeaban en las noticias hasta el punto de que ya no se sabía qué era verdad y qué era mentira.

Yo quería decirle toda la verdad, la razón por la que nunca me casaría, pero no lo había hecho. Todavía me daba vueltas la cabeza por el hecho de que él nunca se hubiera acostado con otra mujer en todos los años que habíamos estado separados.

«En realidad no quiere casarse conmigo. Solo se está preparando para la posibilidad de que me quede embarazada», me dije.

—Si eso es cierto, ¿por qué no había encontrado a nadie a quien amar? — Susurré en la oscuridad, pero no recibí respuesta.



Capítulo 15

Blake

Seguía mirando al techo cuando amaneció; todavía contaba las pequeñas texturas del techo de la habitación con las luces encendidas.

Lo único que sabía ahora era que necesitaba a Harper. El dolor que me devoraba las entrañas no se pasaba.

«¡No me casaría contigo por eso!», recordó.

Todavía oía sus palabras saliendo de su bonita boca, pero no podía digerirlas. Además, no estaba dispuesto a aceptarlas.

Si no se casara conmigo si estuviera embarazada, probablemente no habría ninguna posibilidad de que se casara conmigo. Por ninguna razón.

«Quizás no debería haberme ido. Tal vez debería haberla jodido hasta rendirla, haberla hecho quererme tanto como la quiero yo a ella. Quizás entonces sería adicta a mí», pensé. Demonios, quería que este deseo constante fuera mutuo, aunque me sintiera miserable ahora mismo.

Era posible que me hubiera ido enojado, pero no pensaba rendirme. No era posible que solo yo me sintiera así.

Mi móvil vibró en la mesilla de noche y eché un vistazo rápido a la hora. Era temprano, mucho más pronto de lo que llamaría cualquiera a menos que fuera algo muy importante.

Cogí el teléfono, pero solo se veía el número en el identificador de llamada.

—Colter, —respondí abruptamente.

—Sí, yo también soy Colter, —respondió la divertida voz de Marcus.

Me senté en la cama, completamente despierto al escuchar la voz de mi gemelo.

—¡Dios! ¿Estás bien? ¿Y Tate? —A decir verdad, había confiado en las habilidades de Marcus, pero estaba muy preocupado por mis dos hermanos.

—Los dos estamos bien. Acabamos de llegar a Estambul. Danica necesita tratamiento médico. Tiene algunas heridas infectadas y está tan deshidratada que le están poniendo sueros por vía intravenosa.

—¿Cómo de mal? —Pregunté bruscamente.

—Sobrevivirá. Me odia tanto como siempre, —respondió Marcus en tono seco.

—¿No le contaste la verdad?

—Todavía no. Ahora mismo tiene que recuperarse. Tiene unas cuantas costillas rotas y mucho dolor. Es mejor que la mantengan medicada y la dejen curarse. Eso impide que sea su objetivo, así que también estoy bien así.

—¿Cuánto tiempo crees que estará en el hospital? —le pregunté, sabiendo que Harper querría ver a su hermana... o al menos hablar con ella.

—Si dependiera de ella, ya estaría fuera. Pero yo diría que podemos dejarla ingresada un par de días más.

—Vimos un vídeo, —le expliqué—. La golpearon.

—Lo vi, —dijo Marcus bruscamente—. Tiene peor aspecto. Algunos cortes se infectaron. Pero dile a Harper que se repondrá. Está recibiendo buenos cuidados y es más terca que una mula. Está estable.

Exhalé un suspiro de alivio.

—Harper va a querer ir allí.

—No vengáis —dijo Marcus de repente—. Voy a sacar a Danica de aquí en cuanto esté lo bastante bien como para hacer el viaje. Querrán verla en Washington. La llevaré allí. Tate y yo nos quedaremos con ella hasta que la llevemos allí, así que está a salvo.

—¿Crees que querrá hablar?

—Haré que llame a Harper en cuanto pueda. Lo prometo. Solo hazle saber que está a salvo.

—¿Doy por hecho que ya puedo ser yo mismo?

—Sí. Aunque probablemente sea más divertido ser yo que estar sentado en una reunión formal del Senado rodeado de la mierda de Washington, respondió de buen humor.

—Ni una sola vez en toda mi vida adulta he querido ser tú, —le respondí.

—Porque soy un imbécil, —terminó Marcus—. A veces yo tampoco quiero ser yo.

Era una afirmación críptica y yo no estaba seguro de que estuviera totalmente en broma.

—Te debo una, —respondí con voz sincera. Marcus le había salvado la vida a Danica. A juzgar por su estado, no habría durado mucho más con sus captores.

—Tú me has salvado el pellejo más de una vez, —me recordó Marcus—. Digamos que es un empate.

—Entonces, ¿el equipo ha vuelto a reunirse?

—No, ni en broma. Mi cuñada probablemente me pegaría un tiro si volviera a llevarme a su marido a un territorio peligroso. Ya ha tenido bastante de esa mierda.

Sonreí, imaginándome a Lara, ex agente del FBI, amenazando con cargarse a Marcus si alguna vez le pedía a Tate que participara en otra misión. No me cabía duda de que mi hermano pequeño se sentiría tentado porque se crecía con la adrenalina, ya que era ex agente de las Fuerzas Especiales. Pero me imaginaba que Lara no estaría muy por la labor de que Tate participara en misiones con regularidad. Y mi hermano pequeño parecía muy contento con su situación actual.

—Probablemente te pegaría un tiro —secundé.

—El viejo equipo está acabado. Y el nuevo se reunió solo para esta operación. Ya voy a meterme en apuros con el gobierno porque no estaba autorizada y todos sabrán quién fue el responsable.

—Hablaré con ellos, —le dije bruscamente.

Como senador, tenía más hilos y más amigos en puestos altos de Washington que Marcus.

—Haz lo que puedas, —respondió él con indiferencia—. No estoy especialmente preocupado por eso. No voy a hablar de esto públicamente y nadie más lo hará. Esos cabrones la habrían dejado morir en territorio hostil, así que, ¿qué van a decir? ¿Estaban dispuestos a entregar a los malvados que tenemos detenidos?

—Sabes que no lo estaban.

—Así que pueden irse a la mierda —respondió Marcus enojado.

Sonreí al percatarme de que su opinión de los trajeados de Washington no había cambiado mucho.

—Yo soy uno de esos cabrones, —le recordé.

—No. Tú eres uno de los pocos decentes.

Me reí entre dientes, contento al escuchar que sonaba bien.

—Llamaré a Lara y se lo haré saber a Harper.

—Tate ya está hablando por teléfono con Lara, —mencionó Marcus en tono disgustado—. Lo primero que necesitaba hacer era llamar a su mujer.

Me parecía bastante normal, porque Tate y Lara estaban profundamente enamorados el uno del otro, pero Marcus hacía que las relaciones parecieran una enfermedad mortal.

—Entonces se lo diré a Harper.

—Deberíamos estar de vuelta en Washington en menos de una semana, pero me mantendré en contacto.

—Yo tengo que estar allí en una semana de todos modos, —pensé—. Puedo llevarla allí.

—¿Ya habéis arreglado vuestras mierdas? —preguntó mi gemelo sin rodeos.

—Sí y no, —dije con una evasiva—. Han pasado doce años. La mayor parte es agua pasada hace mucho tiempo.

—Y una mierda. Eso nunca se terminó. Harper es la razón por la que no tienes sexo más a menudo.

Harper era la razón por la que no tenía sexo en absoluto.

—Ella no quiere volver a eso, —le expliqué—. Siempre ha pensado en mí como tú y, comprensiblemente, no le gusto mucho.

—Entonces haz que cambie de opinión, —me desafió Marcus—. Sabes de sobra que quieres.

—No es tan sencillo...

—Sí. Lo es, —me interrumpió Marcus—. Te la llevas a la cama y haces que se venga hasta que no pueda pensar con claridad y la mantienes así. Estoy bastante seguro de que así es como nuestros hermanos terminaron casados.

—Creo que fue un poco más que eso, —dije desanimado, sin querer compartir realmente que Harper no me quería para otra cosa que no fuera placer físico.

—Puedes ser encantador cuando quieres, hermano.

—Ríndete, Marcus.

—No hasta que lo hagas tú, —dijo con una voz tan insistente que resultaba molesta.

Era imposible que rindiera del todo, pero no compartí mis planes con Marcus... probablemente porque todavía no tenía ninguno.

Cambiando de tema, le dije:

—Dile a Tate que me alegro de que los dos estéis a salvo.

—Lo haré. Tengo que volver al hospital antes de que Danica se despierte e intente escaparse a rastras por la ventana.

Me reí al imaginarme a Marcus como guardián de Dani. De alguna manera, no me imaginaba que a Marcus le importara lo suficiente como para evitar que huyera.

—Entonces déjala ir. No irá muy lejos.

—Ni en broma. Está demasiado débil para ir a ningún sitio. Estoy a punto de atarla a la cama del hospital.

Parpadeé sorprendido ante su tono de voz serio. Estaba realmente... molesto y puede que solo un poco preocupado. Nunca lo había visto mostrar tanta emoción a menos que tuviera que ver con su familia.

—Dime algo...

—¿Qué? —Preguntó Marcus en tono cortante.

—Si Harper no te lo hubiera pedido, ¿habrías intentado rescatar a Dani de todos modos?

Se produjo un silencio en la línea y durante un momento pensé que habíamos perdido la conexión.

—¿Marcus?

—No lo sé. Probablemente, —admitió finalmente de mala gana mi hermano mayor—. Creo que es la mujer más irritante que he conocido, pero tiene muchas agallas.

—Te gusta —lo acusé.

—Yo no diría tanto, —farfulló—. Tengo que irme. Haré que Danica llame a Harper en cuanto pueda.

Colgamos después de un breve adiós y volví a dejar el teléfono en la mesilla de noche.

Me debatí durante unos minutos por si debía o no despertar a Harper para contarle lo de su hermana.

No importa lo enojado que estuviera yo en ese momento, sabía que ella querría saberlo. Podía ver el estrés y la ansiedad en su rostro a cada momento del día y su agotamiento era evidente.

Me levanté de la cama al decidir que, si fuera yo, me gustaría saberlo desde el momento en que cualquiera de mis hermanos estuviera fuera de peligro.

Cuando Harper lo supiera, quizás podría descansar un poco y sus pesadillas sobre su hermana cesarían.

«Después de eso, nos centraremos en nosotros», decidí.

Ya era hora de que Harper Lawson y yo resolviéramos que era mía, de una vez por todas. Tal vez ella no quisiera un compromiso por ahora, pero yo había esperado todo este tiempo. Podría esperar un poco más.



Capítulo 16

Harper

—¿Harper?

Estaba en una especie de sueño crepuscular cuando escuché a Blake llamarme por mi nombre. No estaba realmente dormida, pero tampoco completamente despierta.

Parpadeé varias veces al abrir los ojos justo cuando él se sentó al otro lado de la cama.

Irguiéndome de un tirón, me percaté de que era de día y de que la mirada en su rostro parecía dura y tensa. Seguía con el mismo pantalón de pijama de franela, así que supuse que acababa de despertarse.

—¿Qué ha pasado? ¿Es Dani?

—¿Estás completamente despierta? —Preguntó.

—Sí, —respondí de inmediato—. Dime.

Tenía el estómago hecho un nudo; me acerqué y puse una mano sobre su hombro desnudo para asegurarle que estaba escuchando.

—Marcus la ha encontrado. Ya está de vuelta al otro lado de la frontera turca en un hospital, recibiendo tratamiento para la deshidratación y desnutrición. Pero está bien. Tiene algunas heridas infectadas, pero se está recuperando.

Sentí una oleada de alivio por todo el cuerpo y dejé caer la mano del brazo de Blake.

—Gracias a Dios. ¿Puedo verla? —pregunté con lágrimas en los ojos.

Él sacudió la cabeza.

—Para cuando obtengas el visado y hagas el viaje allí, Dani deberá irse a casa. Tate y Marcus se quedarán con ella para asegurarse de que no intente escaparse del hospital, luego la llevarán a Washington para que pueda dar parte si se siente capaz. Si necesita más atención médica, puede recibirla en Washington. Volará cómodamente en el avión privado de Marcus.

Se me escapó una carcajada de sorpresa, pero sabía que, dada la oportunidad, Dani probablemente intentaría salir del hospital por su propio pie. Siempre había odiado que se preocuparan demasiado por ella y, sin duda, no llevaba muy bien el estar indispuesta. Cuando éramos niños, el mero hecho de extirparle las amígdalas se había convertido en un suplicio para mis padres.

—Entonces puedo verla en Washington, —decidí—. ¿Cuánto tiempo tardará en llegar allí?

Blake se encogió de hombros.

—Probablemente cerca de una semana, si Marcus consigue mantenerla en el hospital para que reciba tratamiento. Estaba muy deshidratada y Marcus dijo que estaba muy delgada.

—¿Está... bien emocionalmente? —La pregunta salió de mi boca sin realmente ser consciente de lo que estaba preguntando. Lo único que quería saber era si ella seguía siendo la misma Dani.

—¿Quieres saber si la violaron?

Yo asentí despacio.

—Sí.

—No estoy seguro, —admitió Blake—. La golpearon bastante, pero si Marcus no mencionó una agresión sexual, lo dudo. Parecía bastante enfadado por todo lo que le habían hecho, pero no mencionó ningún tipo de delito sexual.

—Se recuperará. Es una de las personas más fuertes que conozco, —dije yo con firmeza, negándome a creer que mi hermana no volvería a ser ella misma—. No sabe lo de vosotros dos.

—Marcus se lo contará cuando esté lo bastante fuerte como para entenderlo, —interrumpió Blake—. Dudo que siga dejándole creer que es tan imbécil. —Hizo una pausa antes de añadir—: Aunque, pensándolo bien, no es precisamente cálido y cariñoso, pero tampoco es el tipo de persona que haría daño a alguien deliberadamente.

Lágrimas de gratitud empezaron a caer en cascada por mis mejillas.

—No sé cómo voy a devolveros a todos lo que habéis hecho. Tenía mucho miedo de que la mataran.

—A lo mejor ahora consigues dormir sin pesadillas, —respondió él con voz ronca mientras apoyaba la mano con delicadeza en mi rostro y me quitaba las lágrimas con el pulgar.

Sin pensarlo, me tiré en sus brazos y él atrapó mi cuerpo desnudo, abrazándome con fuerza mientras lloraba.

—Gracias, —le susurré al oído.

Sabía que Blake no solo había sustituido a Marcus, sino que había pedido tantos favores como pudo en Washington. Sin duda, seguiría haciéndolo, porque sus hermanos podrían verse hasta el cuello de mierda con el Gobierno, ya que habían hecho algo completamente fuera de lugar en otro país.

A mí no me cabía duda de que él también ayudaría a mi hermana a normalizar su propia situación allí también.

Lloré de alegría porque mi hermana estaba a salvo, mientras me aferraba a Blake y me permitía hundirme en su calor.

Sus brazos me abrazaron con más fuerza, acariciándome la espalda mientras yo me desahogaba de toda la ansiedad y tensión que habían sido mis compañeras constantes desde que me enteré de que Dani estaba capturada por un grupo de rebeldes que probablemente la matarían.

—Llorar tanto no puede ser bueno para ti, —se quejó Blake cuando sentí que apoyaba la barbilla sobre mi cabeza.

Yo sorbí por la nariz a medida que mis sollozos llegaban a su fin.

—No lo sé, yo me siento muy bien, —respondí con una sonrisa llorosa—. Creo que es terapéutico.

—Entonces puedes seguir haciéndolo si quieres, —cedió.

Me aparté y le lancé una enorme sonrisa.

—Gracias. Pero he llorado más durante las últimas semanas que en mucho tiempo. Creo que es hora de alegrarme de que mi hermana esté bien. Solo desearía poder verla.

Aunque creía a Blake, solo quería ver el rostro de Dani.

Él asintió bruscamente.

—Lo sé. Desearía que hubiera estado lo bastante bien como para volar de vuelta de inmediato. Pero es más seguro así.

—Si ella necesitaba tratamiento médico, mi necesidad egoísta de abrazarla puede esperar, —le dije.

—Le pedí a Marcus que la llamara en cuanto estuviera despierta y lo suficientemente alerta como para mantener una conversación. Ahora mismo está débil.

—Estoy segura de que necesita dormir. —Sabía que yo no había dormido bien desde que Dani había desaparecido. No podía ni imaginar lo poco que había dormido ella sabiendo que podría morir en cualquier momento.

Me encuestó cuidadosamente antes de preguntar:

—¿Quieres hacer algo por mí?

Yo asentí lentamente. En ese instante creo que haría cualquier cosa por los Colter, solo para hacerles saber cuánto agradecía lo que habían hecho para rescatar a mi hermana.

—Pasa un tiempo conmigo, —pidió él con voz ronca—. Pasa esta semana conmigo, luego vuelve a Washington conmigo. Dani estará llegando o a punto de llegar allí.

Yo lo miré confundida.

—¿Por qué? Eso no sería ningún favor. He aplazado mi trabajo en Boston hasta la semana que viene. No tengo nada más que hacer. No es precisamente ningún sacrificio. —Vacilé un momento antes de preguntar—: ¿O estamos hablando de sexo?

Él negó con la cabeza.

—Con sexo o sin sexo. Solo ocurrirá si tú lo deseas. Yo solo quiero que estés conmigo.

No estaba segura de cómo lidiar con su petición. No la entendía. Tal vez si me pedía que se lo pagara con sexo, podría tener sentido. Pero eso no era lo que estaba pidiendo.

—¿Qué quieres que haga?

—Trátame como si fuera Blake y no Marcus.

—Ya lo hago.

Él sacudió la cabeza.

—Has pasado años odiando a Marcus, o al hombre que creías que era él. Conóceme a mí, al hombre con el que realmente perdiste la virginidad. Tal vez si me conoces, ya no estés tan enfadada conmigo.

Lo miré boquiabierta, analizando la sinceridad de su mirada.

—Ya no estoy enfadada, Blake. En serio, no lo estoy. Ahora no me arrepiento de lo que ocurrió hace tantos años. Ninguno de nosotros tuvo la culpa del malentendido.

Él me tomó ligeramente de los brazos.

—Entonces demuéstramelo. Deja que todo esto termine con nosotros sintiéndonos como hace doce años.

Saqué la lengua sin pensar para lamerme los labios reseco mientras me preguntaba si Blake y yo podríamos ser simplemente amigos. La idea de no volver a verlo nunca cuando me fuera de Washington resultaba tan difícil que ya me dolía el corazón. Por mi parte, seguir siendo amigos sería difícil porque siempre querría más, cosas que no podría tener.

—Yo nunca dejaré de verte como el único hombre que puede hacer que me venga como nunca imaginé que podría, —le dije sin rodeos.

Una lenta sonrisa se formó en su rostro.

—Me encantaría volver a complacerte cuando quieras.

Me dio un vuelco el corazón al ver la invitación en sus ojos. Aquello hizo que quisiera montarlo a horcajadas hasta que mi dolorido corazón quedara satisfecho. Pero eso solo sería una solución temporal.

Como si pudiera oír mis pensamientos, Blake ordenó:

—No pienses, Harper. Solo siente y disfruta. Sé tú misma.

—Si voy a seguir mis instintos naturales, te necesitaría desnudo, —le dije sinceramente—. Luego necesitaría que me dejaras montarte hasta no poder hacer nada más que gritar tu nombre. Y primero tendrías que dejarme hacer lo que quisiera contigo. Eso es exactamente lo que estoy pensando ahora mismo.

Sus ojos ardieron con deseo líquido y me miró con una intensidad que no pude identificar cuando se levantó y se quitó el pantalón del pijama, liberando un pene duro y erecto.

Blake no parecía tener ninguna inhibición sobre estar desnudo. Por supuesto, con un cuerpo como el suyo, no creo que a nadie tan fuerte como Blake le importara realmente.

—Creía que nunca me lo pedirías, —dijo en tono gutural mientras se recostaba sobre las sábanas—. Soy todo tuyo.

Mi sexo se contrajo y mi corazón se hinchó al mirar a Blake desnudándose y haciéndose vulnerable, literalmente, para mí.

—Necesito tocarte, —le dije con nerviosismo.

—Entonces, por el amor de Dios, hazlo. Si no pones tus manos y esos preciosos labios en mi cuerpo ahora, te tendré debajo de mí en cinco segundos. No podré contenerme, —gruñó.

Sonreí y me acerqué, las manos temblorosas cuando finalmente pude tocarlo exactamente como había deseado durante tantos años. Tanto fue así, que toda la necesidad acumulada en mi interior explotó en cuanto mis palmas

aterrizaron sobre su pecho y el corcho de botella que reprimía mis emociones finalmente se disparó.



Capítulo 17



Harper

Yo era aprensiva por naturaleza, una perfeccionista que se castigaba a sí misma si todo no era perfecto. Pero en el momento en que mis manos aterrizaron en el cuerpo torneado y perfecto de Blake, cada pensamiento que tenía, todo lo que me preocupaba, se esfumó de mi mente.

Mi único pensamiento era el placer de tocar su cuerpo caliente y duro hasta quedar satisfecha. Hasta que fuera él quien gritaba mi nombre, rogando clemencia.

Cierto, no tenía mucha experiencia con esa clase de cosas. Pero con Blake, estaba casi segura de que lo único que tenía que hacer era darme placer a mí misma para darle placer a él.

Moví las manos por su pecho, trazando cada músculo bien delineado en su abdomen y luego inclinándome para pasar la lengua sobre las mismas líneas, saboreando el gusto salado de su piel.

—Harper, —dijo en un tono que sonaba muy parecido a una advertencia agonizante.

Sabía dónde quería que lo tocara y finalmente lo hice cuando mi boca se desplazó más abajo, su aroma masculino a punto de enloquecerme mientras envolvía suavemente su miembro erecto con la mano.

—¿Recuerdas cuando te dije que tu pene era demasiado grande? — Pregunté con voz maravillada.

—Sí. —Había un rastro de humor en su voz ronca.

—Lo retiro. Eres perfecto, Blake.

Era absolutamente espléndido, la verga aterciopelada tan dura que casi palpitaba bajo mi empuñadura.

Su cuerpo se tensó visiblemente mientras jugaba con él, fascinada por algunas de las pequeñas cosas de su hombría que debería haber experimentado antes de los treinta años.

Cuando le acariciaba las pelotas con un dedo, por fin se agachó y me agarró de la muñeca.

—No lo hagas. No estoy seguro de cuánto más puedo soportar.

—Creía que habías dicho que eras todo mío, —dije con falsa inocencia. No había nada que me excitara más que saber que Blake estaba a punto de perder la cabeza.

—Lo soy, —respondió malhumorado—. Pero no te sirvo de nada si me vengo y se me queda flácido el pene.

Se equivocaba. Y mucho. Blake lo valía todo para mí, tanto si se le levantaba como si no. Darle placer era mi deseo secreto, tanto si él estaba dentro de mí como si no.

Ignorando su protesta, me zafé de su agarre y luego incliné la cabeza hacia abajo para probarlo, ahora siguiendo mis instintos. Me iba a pertenecer ahora mismo y yo iba a aprovechar la oportunidad de saborearlo, tal como él había hecho conmigo.

Su cuerpo grande se estremeció cuando mi lengua rodeó el suave prepucio, lamiendo la gota de humedad que adornaba la punta. Sabía masculino y fuerte, agrio y adictivo.

—Um, —canturreé antes de abrir la boca para chupar tanto de su miembro como pudiera.

—Dios, Harper. Esto es mejor que mis puñeteras fantasías, —gimió; luego enredó las manos en mi cabello—. Cielo, no tienes por qué hacer esto.

Lo lamí como si fuera mi piruleta personal, dejándolo escapar de mi boca un momento mientras respondía:

—Sí. Sí tengo por qué. Quiero hacerlo.

—¡Mierda! Entonces, sigue, por supuesto, —carraspeó con avidez.

Yo me tomé mi tiempo, saboreando cada gemido que salía de boca de Blake, cada sacudida de sus caderas, y sus manos empuñando mi pelo para guiarme hacia arriba y hacia abajo por su pene. Cuando finalmente capté el ritmo, dejé que mis dedos resbaladizos siguieran a mis labios para poder envolver todo el largo con el puño y la boca.

Me sentía totalmente inmersa en él. Empezamos a movernos en sincronía y los ruidos salvajes que salían de su boca me hipnotizaban. Me daba igual si estaba haciendo las cosas bien.

Lo único que quería era darle placer.

—¡Harper! Así no. Esta vez no, —ladró mientras se incorporaba. Yo habría retrocedido si no me hubiera agarrado y tirado de mi cuerpo para que me sentara a horcajadas sobre él.

—Blake, quería...

—Yo también lo quería. Pero tengo más ganas de estar dentro de ti, —dijo con voz ronca mientras se tumbaba y me agarraba el trasero, atrayéndome sobre su erección.

Mi vaina se contrajo ante sus palabras, la vagina de pronto sintiéndose vacía. Lo necesitaba tan desesperadamente que sabía que tenía que ser mío o moriría de un anhelo que no recordaba haber experimentado antes.

Ni siquiera la primera vez, cuando me inició en el sexo.

—Hay un condón en el bolsillo de mis pantalones de pijama, —dijo en tono áspero.

Yo me incliné todo lo posible por encima la cama, deslizándome y separándome a mitad de su cuerpo mientras manoseaba los pantalones de franela hasta que saqué el condón.

Regresé sobre él en cuestión de unos instantes, abrí el paquete y se lo puse lentamente con un poco de dirección por su parte.

Lo agarré y luego me deslicé sobre su miembro, cubriendo la punta con mis propios jugos. Luego, descendí lentamente, no muy segura de qué estaba haciendo, pero siguiendo mis instintos de nuevo. Mi cuerpo me rogaba que lo dejara llenarme. Y yo escuché.

—Sí, —siseé de placer mientras me hundía en su verga, sintiendo la hombría de Blake estirándome al máximo.

—Harper. Santo Dios. Me estás destruyendo, —murmuró Blake mientras me agarraba las caderas.

—¿Eso es bueno? —Pregunté vacilante.

—Bueno y malo. Pero ahora mismo no me importa una mierda. Solo móntate —exigió.

Caí hacia delante y apoyé las manos junto a su cabeza, necesitada de besarlo, de que nuestros labios se encontrasen como acabábamos de unir nuestros cuerpos. Quería ahogarme en él, estar tan conectada a él que nunca volviéramos a separarnos.

Bajé la cabeza y Blake agarró mi cabello y tiró de mí hacia abajo, su desesperación casi palpable mientras sostenía mi cabeza, devorando mi boca con atrevimiento, casi violentamente, mientras metía la lengua en mi boca como si quisiera reivindicarme. Era exactamente lo que yo anhelaba. Lo quería tan necesitado como yo, fuera de control y desmelenado.

Yo estaba sin aliento cuando finalmente me soltó el pelo y me permitió respirar nuevamente. Empecé a sentarme, pero Blake me puso una mano en la espalda.

—Quédate ahí. Quiero sentirte toda ahora mismo, Harper.

Su tono era tan sincero, tan *sexy* y excitado que me relajé encima de él, enterrando el rostro en su cuello.

Blake guió mis caderas, lentamente al principio, embistiendo hacia arriba cada vez más fuerte a medida que su ritmo se aceleraba. Yo capté el movimiento y bajaba mientras él levantaba las caderas, nuestras pieles palmeando a cada encuentro de nuestros cuerpos.

Gemí en su cuello, el mío encendido cuando él empezó a molerme el clítoris con cada zambullida.

—Dios, Harper. Siento que he estado esperando esto siempre, a ti, —dijo Blake, la voz áspera.

Sabía exactamente lo que quería decir. Creo que gran parte de mí también lo había estado esperando a él. Sé que mi cuerpo lo había anhelado y había estado esperando su vuelta durante doce largos años.

Aunque no tuviéramos ninguna posibilidad, eso no me impedía desearlo.

—¡Blake! —Grité al sentir que mi clímax era inminente, que me acercaba al desahogo.

—Vente para mí, dulce Harper, —ordenó—. Déjate llevar.

Empezó a penetrarme duro y profundo, pareciendo saborear cada embestida y deleitarse con ella.

Yo mordí su cuello ligeramente mientras el orgasmo me consumía, necesitada de seguir conectados de alguna manera. Luego pasé la lengua a lo largo del pulso en su cuello mientras mi cuerpo empezaba a temblar en mi desahogo.

Sosteniendo mi trasero exactamente donde lo quería, Blake empujó hacia arriba unas cuantas veces más, enterrándose dentro de mí hasta la base del pene.

Su espalda se arqueó y dejó caer la cabeza sobre la almohada cuando encontró su propio desahogo caliente.

Y mientras viviera, supe que nunca olvidaría lo eróticamente precioso que estaba en ese momento.

Yacimos juntos, ambos incapaces de hablar, jadeantes.

Tuve que morderme la lengua para contenerme de decirle exactamente cómo me sentía mientras él me sujetaba sobre su cuerpo, sin querer dejarme ir mientras nuestros latidos volvían a una cadencia normal.

Quería decirle que me sentía de maravilla. Quería decirle que lo que acababa de pasar era mágico. Pero, sobre todo, quería decirle que me sentía... amada. Al final, no dije nada porque sabía que solo era tiempo robado. Lo abracé y me guardé las palabras.



Capítulo 18

Harper

Tuve noticias de Dani al día siguiente. Llamó mientras yo preparaba el desayuno y Blake estaba arriba en la ducha.

Rápidamente dejé la comida en el fogón y busqué mi móvil en la encimera, esperando que fuera mi hermana y poder oír su voz por fin.

Respondí la llamada con torpeza, casi sin aliento cuando respondí:

—Hola.

—Hola, hermana, —dijo Dani en tono relajado—. Suenas como si acabaras de salir a correr.

—Ay, Dios. ¿Dani? Por favor, dime que estás bien, —supliqué.

—Estoy bien, Harper. Deja de preocuparte.

—¿¡Que deje de preocuparme!? —exclamé—. ¿Te secuestró un grupo de terroristas y quieres que deje de preocuparme? Hasta Mason, Jett y Carter han estado muy preocupados.

Mis tres hermanos rara vez perdían la calma por nada, así que el miedo evidente que habían estado mostrando desde el secuestro de Dani era muy poco común.

—Estoy bien. Solo quiero salir ya de aquí, —se quejó.

—¿Cuándo vas a salir del hospital? —Le pregunté con ansiedad.

—En cuanto el idiota de Marcus crea que estoy lo bastante bien como para hacer el viaje de vuelta a casa, —dijo Dani en un tono hostil—. Es muy controlador.

—Él te rescató, —le recordé.

—Él te engañó, —replicó ella.

—Dani, ¿no te lo ha contado? —Marcus llevaba en compañía de Dani el tiempo suficiente como para haberle explicado el malentendido.

—¿Contarme qué?

Parecía tan confundida que enseguida le conté lo que había pasado y la verdad sobre que Blake era el hermano con el que me había acostado.

—Así que nadie engañó a nadie, —terminé.

Dani suspiró en el teléfono.

—Bueno. Entonces supongo que es inocente de haberse acostado con otra mujer justo después de que mi hermana perdiera la virginidad con él. Pero sigue siendo un gilipollas. Me manda como si fuera mi puñetero jefe.

—Tengo que reconocer que es un poco... intenso, —admití.

—¿Intenso? Ni siquiera he visto al tipo esbozar una sonrisa. Y se comporta como un puñetero dictador.

Sonreí porque el mal genio de Dani podía ser bastante feroz cuando estaba enfadada.

—Dale un respiro. Arriesgó su vida para salvarte.

—Sí. Y no me deja olvidarlo ni por un segundo, —respondió ella en tono seco.

Yo apoyé la cadera contra la encimera, sonriendo más ampliamente al imaginarme arrejuntando a Marcus y Dani. Conociendo a mi hermana pequeña tan bien como la conocía y ahora que había conocido a Marcus, decidí que discutirían el uno con el otro.

—Estaba planeando ir a verte a Washington cuando volvieras.

—¡No! —Respondió ella apresuradamente—. Solo estaré un día allí. Prefiero ir a verte a Boston. Marcus dijo que irías allí pronto.

—¿Por qué tengo la sensación de que quieres alejarte de Marcus? —Bromeé, asumiendo que Marcus se había enterado de que yo iría a Boston en la cena familiar, cuando hablé de ello con Aileen.

—Probablemente porque quiero alejarme de él. Desesperadamente.

—¿Cómo está Tate? —Pregunté, intentando que Dani no hablara de Marcus.

—Es genial, —respondió ella, el tono un poco más liviano—. Por desgracia, está de acuerdo con Marcus en casi todo.

Solté un suspiro exasperado.

—Dani, ha sido secuestrada, has estado prisionera, hambrienta y te han maltratado. Es imposible que estés bien después de una experiencia como esa.

Dales y date un respiro.

—No he dicho que estuviera bien, —respondió en voz baja—. Pero estoy bien.

—¿Cómo de malo fue?

—Te hablaré sobre eso en algún momento después de volver a Estados Unidos. Ahora no, ¿vale?

Presentí que había cosas de las que no estaba preparada para hablar.

—Me alegro de que estés a salvo. Te quiero.

—Yo también te quiero, hermana, —respondió con voz más emocionada—. Entonces, dime dónde estarás en Boston.

Charlamos un poco más y le di la información de mi alojamiento temporal en Massachusetts.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya a Washington? —Le pregunté.

—Desde luego que no. Contestaré las preguntas que tengan los federales y luego me iré de allí. —Vaciló antes de preguntar—: ¿Cómo fueron las cosas con el senador? No puedo creer que pensáramos que tu primer amor siempre fue Marcus.

—No diría que fue exactamente mi primer amor. Fue una noche.

—Venga, Harper. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Vi la mirada destrozada en tu cara cuando viste a Marcus con otra. Bueno. Sí. No era el tipo con el que te habías acostado, pero vi el dolor en tus ojos porque pensabas que lo era. Era más que un chico con el que podrías tolerar acostarte. Y sé cuánto te dolió más tarde. Soy yo, tu hermana, la que lo sabe todo sobre ti.

—Fue un flechazo, —insistí.

—Sí. Lo que sea. Llámalo como quieras, pero él significó algo para ti.

—Significó mucho, —reconocí por fin—. Pero han pasado años. Es un hombre agradable y estoy agradecido de saberlo ahora.

—¿Te has acostado con él? —Preguntó Dani sin rodeos.

—Yo diría que no es asunto tuyo, —la reprendí.

—¡Ajá! Así que lo has hecho, —respondió ella perceptivamente—. Lo veo en tu respuesta estirada.

—No voy a tener esta conversación, —le advertí.

—Ni falta que hace. Por tu tono de voz me doy cuenta de que ha vuelto a pasar. Pero eso no es malo, ¿verdad? Quiero decir, eres mayor y más sabia. Sabes que es buen tipo. Podría funcionar.

—Soy una arquitecta que viaja por todo el mundo haciendo trabajos históricos. Blake es un senador estadounidense que viaja entre Colorado y

Washington. Sería imposible tener una relación, aunque quisiéramos. Pero no es así.

—¿Tú no quieres o él no quiere?

Yo suspiré.

—Ninguno de los dos pretendía que ocurriera nada. Yo no me arrepiento, pero Blake no estaba buscando nada permanente y yo tampoco. Ya conoces mi situación. No puedo tener nada a largo plazo.

—A veces solo hay que solucionar las cosas, —observó Dani pensativa.

—Lo hemos solucionado. Yo voy a trabajar en Boston y él vuelve al Congreso, —dije a la defensiva. Blake no había hablado del futuro y lo último que quería yo era un corazón roto por el mismo tipo... otra vez. Pero, teniendo en cuenta lo que sentía por él, iba a ser imposible escapar del dolor cuando me fuera.

—Ya veremos, —dijo Dani con humor en la voz.

—Cuídate y no te presiones para volver a sentirte normal de inmediato. Parece que necesitas recuperar peso y fuerza.

—Ay, Dios. Ahora sueñas como Marcus.

Yo puse los ojos en blanco.

—Sueno como tu hermana mayor que te quiere.

—Lo siento. Lo sé. Solo... necesito distanciarme de todo esto, en serio.

Yo estaba bastante segura de que necesitaba muchas cosas y quería cruzar la línea telefónica y abrazarla.

—Te veré en Boston el viernes por la noche.

—Estaré allí. Ojalá pudiera salir de aquí antes, pero juro que Marcus y Tate están en todas partes.

—Entonces, sé paciente, —le aconsejé—. Solo son unos días más.

Dani refunfuñó, sin prometer que no intentaría escapar al menos, pero yo estaba segura de que Marcus y Tate no dejarían que fuera a ningún lado.

Antes de que colgara, tuve que preguntarle:

—¿Por qué cruzaste esa frontera exactamente? ¿Son ciertos los rumores de que estabas ayudando a esos niños?

Dani guardó silencio un momento antes de confesar:

—Los informes son bastante precisos, pero eso no me convierte en una especie de heroína. ¿Qué adulto podría dejar que terminaran muertos?

Quería decirle que probablemente muchos si eso significara que podrían morir por ayudar a esos adolescentes. Danica sabía que iba a ser atrapada,

pero se había entregado para salvar a unos niños. Tenía que haber estado aterrorizada, pero lo hizo.

—Vuelve a casa a salvo, —le dije con voz suplicante.

—Lo haré. Lo prometo. Pasaremos un tiempo juntas en Boston. Dudo que mi jefe me permita volver al trabajo pronto, especialmente desde que el suceso se hizo público.

Nos despedimos y colgamos. Dejé mi teléfono en la encimera y fui a remover las ollas que seguían calentándose en el fogón, temiendo el momento en que tuviera que despedirme de Blake.



Capítulo 19

Harper

—Estás muy *sexy* cuando te concentras —dijo Blake en tono travieso desde su sillón detrás del escritorio de su despacho en casa.

Yo levanté la vista y me crucé con su mirada; luego empecé a retorcerme en el sofá frente a él.

Ninguno de los dos había vuelto a decir ni una palabra del plan de Blake para volver a conocernos... o quizás fuera la primera vez porque no hablamos mucho hacía doce años. Simplemente había... pasado. Desde que había tenido la oportunidad de hablar con Dani la víspera, mi corazón estaba considerablemente más liviano.

Tanto el día anterior como ese mismo día, Blake me había llevado a su rancho de investigación para mostrarme cómo estaba desarrollando razas de ganado más saludables. Conocí a algunos de sus empleados, otros investigadores que proseguían el desarrollo mientras Blake estaba fuera.

Visitamos a sus vaquillas preñadas y pude conocer de cerca a algunos toros bastante cascarrabias. Por suerte, había una valla entre esos tipos irascibles y yo, y en realidad eso era lo más cerca que quería llegar.

Era un lugar increíble y me di cuenta de que a Blake le encantaba lo que hacía. Parte de la información del ADN y la genética se me escapaba un poco, pero Blake siempre estaba encantado de explicarla.

Finalmente, después de haber intercambiado un par de miradas arrebatadoras, respondí:

—Me veo como una mujer que apenas ha podido ducharse esta mañana, porque un salvaje decidió que le gusta el sexo de buena mañana y luego no me dio tiempo a maquillarme antes de sacarme de casa a rastras. Disto mucho de estar guapa, —le dije.

A decir verdad, era un desastre. No me había cambiado de pantalones y camisa de manga larga que había llevado para recorrer el rancho con él, y estaba sentada en el centro del sofá de su despacho con el pelo medio recogido, intentando desarrollar el concepto de mi diseño para las nuevas oficinas en Boston. Con un gran cuaderno de bocetos en la mano, había estado dibujando cuando él me lanzó su cumplido, uno de muchos durante los últimos días que me hizo preguntarme si estaba ciego.

—Creo que ducharnos juntos es la mejor manera que he descubierto para deshacerme de la tumescencia matutina, —respondió con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco.

—¿Alguna vez dejas de pensar en sexo?

Sí, probablemente era una pregunta injusta, ya que yo nunca parecía pensar en otra cosa cuando estábamos juntos. Incluso después de un día de caminata por su rancho con una sudadera gastada y unos pantalones, Blake era el chico más atractivo que había visto en mi vida.

—No, —reconoció—. Casi siempre estoy pensando en el sexo cuando estás en la misma habitación que yo.

—¿Debería irme? —Pregunté, a sabiendas de que se negaría. Blake había sido quien sugirió que trabajáramos juntos en su despacho.

—No, por Dios. ¿Y privarme de la oportunidad de torturarme? En absoluto.

Me reí simplemente porque estaba siendo ridículo. Blake tenía un sentido del humor extravagante que yo entendía extremadamente bien.

Dejando escapar un suspiro fingido, respondí:

—Sería una pena. No surgen oportunidades de ser masoquista muy a menudo.

—Maldita sea si lo hago y maldito sea si no lo hago, —se quejó mientras volvía a mirar su ordenador.

—¿Qué?

Me lanzó una mirada confundida.

—No te quiero en ningún otro lado sino conmigo, pero también es una tortura cuando estás en la habitación y no estoy jodiendo contigo hasta dejarte sin sentido.

De hecho, me reí antes de volver mi atención a mis dibujos, encantada en secreto con la forma en que Blake siempre me quería cerca de él. No era algo sofocante. Simplemente me hacía sentir bien saber que quería mi compañía y saber que se sentía más cómodo cuando estábamos cerca. Nunca había experimentado esa clase de intimidad con otra persona, así que saboreé la sensación de ser querida.

—Aunque no estés jodiendo conmigo, no hay lugar en el que prefiera estar, —respondí honestamente.

—Lo mismo digo, —respondió con voz ronca—. Si no puedo joder contigo, al menos quiero estar cerca de ti.

El corazón se me encogió de las emociones que sus palabras despertaron repentinamente. Blake me conmovía incluso cuando decía guarradas. Nunca había experimentado la felicidad solo por estar en la misma habitación con otro chico, pero eso era exactamente lo que sucedía cuando estaba cerca de Blake.

Parecía natural, normal.

Había estado sola tanto tiempo que me conformaba con mi única compañía.

Pero quizás nunca me di cuenta de que faltaba algo, no hasta que pasé tiempo con Blake.

No importaba que ambos estuviéramos trabajando. Solo estar en la misma habitación con él me hacía darme cuenta de lo conectados que nos sentíamos a veces.

Sin embargo, también era una distracción y no podía evitar echar una mirada furtiva ocasional en su dirección solo para mirar sus rasgos poderosos y cincelados y su cabello corto, pero increíblemente espeso que me tenía ardiendo de ganas de enredar los dedos en los mechones oscuros.

Él alzó la vista rápidamente y me pilló mirándolo; luego sonrió mientras se recostaba en su silla.

—Sabes que no voy a hacer nada.

—Lo siento, —respondí en voz baja y sin sentirlo en absoluto. La forma en que me miraba me hacía sentir como la mujer más deseada de la Tierra. Sus ojos grises me miraban con tanta avidez e intensidad que volvía a retorcerme bajo su mirada.

Durante un momento, me permití fingir que la atención de Blake no se centraba en el sexo e imaginé que me apreciaba. La expresión de su rostro era casi la misma que había visto a Gabe Walker lanzarle a Chloe varias veces

durante la cena familiar; una mirada solo para asegurarse de que Chloe todavía estaba a su lado y feliz.

Su sonrisa se ensanchó aún más.

—Yo no lo siento. Desde luego, prefiero estar distraído que no tenerte aquí en absoluto.

Yo sabía que pronto me dirigiría a Boston y Blake se iría a Washington. Pero no podía resistirme a experimentar toda la gama de emociones que aquel hombre podía despertar en mi interior.

Nunca había sucedido esto entre Blake y yo, y estaba bastante segura de que podría no volver a suceder. Al final, decidí relajarme y disfrutarlo.

Sin duda, había sentido una conexión con él hacía doce años. No habría perdido la virginidad con él de no haberlo hecho. Pero esto era más profundo, más rico. Quizás había necesitado crecer para saber lo poco común que era sentirse así por un chico.

—Tengo que irme a Boston el viernes, —le dije con un toque de tristeza en mi voz.

—Es martes por la noche. Pensé que primero ibas a esperar y a volar a Washington conmigo el viernes.

—Dani me pidió que no fuera allí. Dice que solo pasará unas pocas horas allí y luego se reunirá conmigo en Boston.

—Probablemente no pueda esperar para alejarse de Marcus, —comentó Blake en tono arisco.

—Es posible. —En realidad, yo estaba segura de que tenía razón, pero no quería traicionar la confianza de mi hermana.

Blake se puso en pie y caminó hacia el sofá, levantándose sin ceremonias, solo para volver a sentarse conmigo en su regazo.

Yo chillé sorprendida y luego me aferré a sus hombros mientras él nos colocaba en una postura cómoda.

—No me gusta. Eso me da mucho menos tiempo de lo que pensaba, —refunfuñó.

—¿Tiempo para qué? —Lo miré, segura de que la pregunta se reflejaba en mis ojos.

—Para que entiendas que lo que pasó entre nosotros hace doce años fue especial y que nunca podría haberte traicionado entonces, —dijo con voz áspera—. Has pasado más de una década odiándome. Ya no quiero que te sientas así.

—No lo hago, —le aseguré, jugando con su cabello delicadamente—. Y no te odiaba. Odiaba a Marcus. —Pero, en realidad, tampoco había odiado al gemelo de Blake. Había odiado el malentendido que se produjo y a un hombre que nunca había existido realmente.

—Pero pensabas que te había utilizado. Reconócelo —dijo zalamero.

—Sí. Pero eso se acabó, Blake. No te odio. Nunca pude en realidad, incluso cuando pensaba que me la habías jugado totalmente. Esa noche había sido demasiado especial para mí. —Cierto, había querido despreciarlo, pero antes de que mis emociones pudieran volverse tan negativas, veía la cara del joven que había estado allí para consolarme y protegerme, que me había enviado a un mundo de placer sensual que no sabía que existía, y que finalmente me llevó a casa, donde pertenecía.

Blake me rodeó la cintura con los brazos.

—Siempre quise saber cómo habían salido las cosas, pero nunca quise mencionar esa noche que pasamos juntos a nadie. ¿Arreglaste las cosas con tus padres?

Yo asentí.

—Sí. Hablamos la mayor parte del día y la tarde. Reconocí que había sido una perra total y absolutamente egocéntrica. Y ellos se preguntaron si me habían protegido demasiado.

—¿Qué se decidió?

—Decidí que los quería a ambos y que ellos siempre habían intentado darme todo lo que quería. Quizás, tener tanta libertad fuera demasiado y demasiado fácil para una mujer joven. Pero no importó. Nos unimos después de eso. Apoyaron todas mis elecciones, incluso mi decisión de ir a la universidad en California. —Suspiré—. En retrospectiva, desearía haberme quedado en la zona. Nunca se me ocurrió que los perdería tan joven.

Blake me acarició el pelo con la mano.

—No lo hagas, Harper. No podías predecir un accidente aleatorio como ese.

—En mi mente racional, me doy cuenta de eso. Pero, de vez en cuando, no puedo evitar arrepentirme. Los veía en todas las vacaciones de la universidad, pero me perdí mucho por no estar aquí, en Colorado. —Tomé una bocanada temblorosa antes de añadir—: Me gustaría ir a visitar sus tumbas. No he estado allí desde el funeral. No he vuelto aquí. Todos estábamos tan conmocionados que ni siquiera estoy segura de dónde es exactamente.

—Yo lo sé. Puedo llevarte, —dijo Blake suavemente.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Pero estabas lejos. No estuviste en el servicio.

Él se encogió de hombros.

—Pero la he visitado desde entonces. He ido con mamá varias veces e intento pasar y dejar unas flores cuando estoy aquí.

—¿Por qué? —Pregunté, atónita.

Él se encogió de hombros.

—Sabía que todos os habíais mudado, y a mí me gustaría que alguien hiciera lo mismo por mí si no pudiera ir yo mismo a menudo. Yo voy allí a veces a hablar con mi padre. No estoy seguro de que me escuche, pero después siempre me siento mejor.

Mi corazón dio un vuelco al ver su expresión solemne.

—Eras muy joven cuando falleció.

—Todavía lo echo de menos, —respondió Blake en tono sombrío—. No creo que el dolor de perder a un padre desaparezca. Simplemente se vuelve menos agudo.

Tenía razón y me dolió el corazón por el niño que fuera Blake cuando su padre murió en un accidente aún más extraño que la colisión de coche que había matado a mis padres.

—Gracias por visitar el cementerio cuando no podíamos.

—No pasa nada, —respondió él con indiferencia, pero sus brazos se me rodearon la cintura.

Puse la mano sobre su hombro y le rodeé el cuello. Olía muy bien, su tacto era tan cálido y real que me deleité en la sensación de placer que me daba solo estar cerca de él.

Probablemente, Blake era uno de los hombres más complejos, pero más amables, que había conocido.

—Mi madre quería a tu madre como a una hermana, —le confió.

—Lo sé. Mamá todavía está de luto por perder a su mejor amiga, —respondió Blake.

Permanecimos en silencio sentados, juntos, cómodos en los brazos el uno del otro. No fue incómodo ni difícil. De hecho, por primera vez desde que había vuelto a Rocky Springs, sentí que realmente estaba en casa.



Capítulo 20

Blake

—¿Estás contento de no tener que volver a ser Marcus? —Me preguntó Harper con curiosidad mientras estábamos sentados en un pequeño restaurante mexicano, cenando en Rocky Springs al día siguiente.

Según lo prometido, habíamos visitado el lugar de descanso de sus padres en el cementerio y la tumba de mi padre. Harper había insistido en llevar flores para la tumba de mi padre además de las suyas para sus padres.

Dijo que cada flor que escogió tenía significado, pero lo único que podía recordar era su expresión solemne mientras decoraba todas las tumbas con hermosas flores que probablemente morirían al día siguiente. Todavía hacía frío por la noche en las montañas de Colorado. Pero a Harper no había parecido importarle. Había insistido en dejar todas y cada una de las flores y he de reconocer que el lugar de descanso de mi padre nunca se había visto tan agradable.

De pie junto a cada lápida, habíamos compartido algunos de nuestros mejores recuerdos sobre nuestros padres. Algunas de las cosas que me vinieron a la cabeza sobre mi padre ni siquiera las había recordado desde hacía años.

Pensé un momento en su pregunta antes de responder:

—Cuando éramos niños, quería ser Marcus.

Harper levantó la vista de su comida y frunció el ceño.

—¿Por qué?

Él siempre supo cuál sería su futuro y tenía pelotas. Yo creía que no había nada que le diera miedo y por aquel entonces estábamos unidos.

—¿Ahora no estáis unidos? —Preguntó Harper.

—No estoy seguro de que nadie pueda estar realmente unido a Marcus. Ha cambiado. Solíamos tener el vínculo del que habla la gente con los gemelos. Casi podíamos sentir las emociones del otro. Pero cuando empezó a viajar por el mundo, nos distanciamos. —Todavía no estaba seguro de qué había ocurrido—. Desde que empecé a ayudarlo a cubrir sus desapariciones, nos hemos unido, pero nunca ha vuelto a ser lo mismo que cuando éramos niños.

—Tampoco somos tan inocentes, —dijo Harper pensativamente—. A veces, a medida que envejecemos, queremos guardarnos más cosas para nosotros.

—¿Cuáles son tus secretos? —Le pregunté, porque realmente quería saberlo.

Ella se encogió de hombros.

—Algunas cosas nunca deben contarse, —dijo. Luego sonrió—. Personalmente, me alegro de que no seas Marcus y de que ya no quieras ser él. Eres maravilloso tal como eres.

—Si piensas eso, entonces me alegro de tampoco querer ser Marcus. —Como gemelos, tal vez mi hermano y yo hubiéramos sufrido ambos por algunas crisis de identidad cuando éramos jóvenes, pero nos habíamos convertido en dos individuos muy diferentes.

—Encontraste tu sitio, tu propia vocación, —comentó Harper.

—Solo tardé un poco más que Marcus. Él siempre supo que dirigiría la empresa de mi padre. A ninguno de nosotros nos interesaba ni remotamente hacerse cargo de ella.

—¿Así que al final descubriste que compartías el talento de Zane para la ciencia? —Preguntó Harper mientras dejaba la servilleta en el plato terminada la cena.

—No tan rápido como lo Zane. Joder, él siempre tuvo dotes para la ciencia, incluso cuando era niño.

Ella tomó un sorbo de vino antes de comentar:

—A veces lleva un poco más de tiempo descubrir dónde está tu sitio en la vida.

Sabía de sobra que se refería a su propio despertar tardío de que quería hacer algo de su vida en lugar de ser únicamente la hija de un hombre rico.

—¿Como tú cuando descubriste que querías conservar edificios históricos poniendo al día las instalaciones?

Ella se rio, un sonido auténtico que me hizo sentir un anhelo en el pecho. Harper era preciosa cuando sonreía, su felicidad era casi contagiosa. Hoy se había dejado el bonito pelo rubio suelto, pero todavía llevaba pantalones y una vieja sudadera universitaria. El estilo informal parecía ser su zona de confort y le quedaba fenomenal.

—Siempre me gustaron los edificios antiguos, —explicó—. Cuando elegí la licenciatura de arquitectura, fue porque siempre había sido buena creando y visualizando lugares como pensaba que deberían o podrían ser. Mi especialización se dio completamente por accidente, pero me encanta. No querría hacer nada más.

—Eres buena en eso, —respondí yo sinceramente. Había visto fotos de algunos de sus proyectos. Tenía una visión y un talento increíbles.

—Gracias, —musitó ella—. Me gustaría pensar que dejo una pequeña parte de mí misma en cada trabajo.

A mí no me cabía duda de que ella dejaba un pedacito de su alma en cada lugar que diseñaba. Porque eso formaba parte de su personalidad. Parecía involucrarse en cuerpo y alma en todo lo que hacía. Incluso en la simple tarea de llevar flores a una tumba. O al comprar una propiedad para construir un refugio para personas sin hogar en ciudades que lo necesitaban desesperadamente. Recordé cuánto quería yo ayudarla a llegar a más personas sin hogar.

—Me gustaría hacer que tu trabajo con las personas sin hogar sea una organización benéfica oficial. ¿Estás segura de que estás de acuerdo con eso? Conozco a mucha gente que la apoyaría y haría donaciones.

Harper ladeó la cabeza, como si estuviera pensando en las implicaciones de que su trabajo se convirtiera en una organización benéfica oficial. Antes había parecido conforme con la idea, pero yo quería asegurarme de que no había cambiado de opinión antes de empezar el papeleo.

—Creo que me gustaría avanzar si tú crees que ayudará a más personas sin un techo sobre sus cabezas. Ahora mismo, solo estoy trabajando en un refugio temporal, pero solo es una pequeña parte de una solución. Necesitamos viviendas a largo plazo para estas personas, profesionales de la salud mental y muchos más recursos de los que podría proporcionar yo misma.

Podía escuchar la pasión en su voz cuando empezó a hablar de su trabajo con personas que necesitaban un hogar. Harper era increíble. Ese único

incidente hacía doce años había impactado su vida de manera muy significativa. Solo a alguien con un corazón enorme le seguiría importando tanto. Harper podía hablar de lo malcriada que había sido cuando era niña, y yo lo sabía de primera mano, pero ella era producto de su aislamiento del mundo real. Se había convertido en la mujer más increíble que había conocido en toda mi vida.

—Yo me haré cargo, —le aseguré. Y realmente quería involucrarme. Harper había empezado algo importante y yo quería ayudarla a hacerlo crecer. Quizás una única organización benéfica no podría lidiar por sí misma con el problema de las personas sin hogar en nuestro país, pero podríamos hacer mella en el progreso.

Ella asintió.

—¿Qué vamos a hacer mañana?

Para ser sincero, estaba intentando no pensar en mañana, su último día conmigo aquí, en Rocky Springs.

—No quiero que esto termine, Harper. No el viernes. ¿Por qué tiene que hacerlo? Puedo ir a visitarte a Boston y tú puedes venir a Washington. Tengo un puñetero avión privado a mi disposición. Podemos seguir viéndonos. —Me dolía el estómago con solo pensar en que Harper me dejara.

Ella sacudió la cabeza lentamente.

—Las relaciones a larga distancia raramente funcionan, Blake. Lo sabes. Ambos sabemos que nuestros estilos de vida y personalidades no son propicios para una relación informal a larga distancia.

Lo último que sería cualquier relación que tuviera con Harper era informal. Yo quería complicarlo todo, verla a cada momento que tenía fuera del trabajo. Y eso no significaba una vez al mes, ni cada ciertos meses. Quería que ella fuera... mía.

—No importa. Aun así, lo deseo. Quiero verte.

Harper guardó silencio mientras me miraba desde el otro lado de la mesa. Finalmente, negó con la cabeza otra vez.

—No funcionará para mí. Lo siento. Lo único que podríamos ser es amigos y no creo que pueda hacer eso. Yo querría... más.

—Entonces toma más. No es que yo no esté dispuesto a darte lo que quieras.

«¡Dios! ¿Es que no lo entiende?», pensé. La había esperado durante toda mi vida adulta. Nunca había habido nadie más que Harper para mí y nunca lo

habría. Si ella se fuera de nuevo, yo sería completamente inútil, me quedaría totalmente destrozado.

«Quizás, antes de volver a verla, podría dejar a Harper en un compartimento separado y no pensar en ella, pero eso ya no va a funcionar para mí», me dije.

La fulminé con la mirada y vi que tragaba saliva y evitaba mirarme a los ojos mientras decía:

—Tú no eres el problema, Blake. Soy yo. Nunca podré darte lo que mereces.

Se puso de pie y empezó a ponerse el abrigo, sin apenas darme tiempo para pagar la cuenta antes de salir.

La seguí, enojado porque no lograba entender qué pasaba, por qué no podíamos hacer que esto funcionara. Sí, quizás no fuera la mejor de las situaciones, pero cuando encontrabas a la persona con la que querías pasar el resto de tu vida, se podía llegar a un acuerdo.

—¡Harper! —La agarré del brazo y la giré para que me mirase mientras se apresuraba hacia el coche—. Podemos solucionar esto. Sé que podemos.

—No podemos, —dijo obstinadamente.

—¿Por qué?

—Es personal, Blake. Pero, créeme, es todo por mí. Eres un tipo increíble y, si yo fuera una mujer normal, haría lo imposible para mantenerte en mi vida.

Sus ojos de esmeralda brillaban empapados en lágrimas y se me hizo trizas el corazón de verla así. Algo la estaba atormentando y yo quería saber exactamente qué era para poder hacer que desapareciera.

—¿Por qué no eres normal?

No tenía absolutamente nada de malo. A mis ojos, era perfecta.

—¿No puedes simplemente aceptar que nunca tendremos nada más allá del tiempo que hemos tenido en las últimas semanas?

—No, maldita sea, no puedo, —respondí con aspereza—. No puedo aceptar que nunca volveremos a vernos. No puedo aceptar que no podamos solucionar esto. Y, desde luego, tampoco puedo aceptar no importarte tanto como tú me importas a mí.

Su expresión se volvió distante.

—Tienes que aceptarlo. Me voy y no puedo volver a verte.

—¿Qué pasa si estás embarazada? —Pregunté desesperadamente.

—No pensemos en eso. ¿De verdad quieres ser padre?

—Claro que sí. Por supuesto que sí. Si estás embarazada, me gustaría que estuviéramos juntos. Quiero que estemos juntos si no estás embarazada ahora.

—No estoy embarazada, —dijo llanamente—. Pero te enviaré un mensaje cuando lo sepa con certeza.

Ella apartó el brazo de un tirón, luego se volvió y se dirigió hacia el coche.

Yo me sentía dolido y enfadado, pero tenía que afrontar la verdad, lidiar con ella.

Ella simplemente no me quería... a mí.

No había otra maldita razón por la que no quisiera solucionar aquello de alguna manera, y lo último que quería yo era hacer el ridículo por una mujer que no había querido nada excepto volver a experimentar el mismo placer que habíamos encontrado juntos doce años atrás.

Yo quería negarlo, pero la única excusa real que tenía para ignorarme era que no quería un lugar permanente en mi vida. Quizás había dicho que no era normal por eso. No quería compromisos ni grandes responsabilidades.

Después de inspirar profundamente y exhalar despacio, la seguí a mi vehículo, decidido a salvar un poco de orgullo de alguna manera.



Capítulo 21

Harper

Pasé mi último día en Rocky Springs evitando a Blake. Le había dicho que no me encontraba bien y que quería tomármelo con calma. Pero sabía que él no se había tragado mi excusa.

Dios, me destrozaba el corazón hacerle daño de aquella manera, pero ¿qué opción tenía realmente? No podía comprometerme permanentemente con él, a pesar de que mi corazón nunca había deseado nada más que aquello. Y no podía soportar estar cerca de él sin rogarle que me aceptara, con imperfecciones y todo. No, definitivamente, era mejor mantenerme alejada, pero no había sido fácil.

Una vez que me di cuenta de que había salido de la casa para ir a comprobar las cosas en el rancho de cría, me di un baño en la piscina cubierta y luego intenté desesperadamente relajarme en la bañera de hidromasaje. Volví arriba, me di una ducha y luego intenté leer un libro.

Nada, y me refiero a nada, consiguió hacerme dejar de pensar en el hecho de que preferiría estar en el rancho con Blake que hacer cualquier otra cosa.

«Dios, ¿cómo ha pasado esto? ¿Cómo he llegado al punto de que dejar a Blake me parezca como dejar una gran parte de mi corazón y de mi alma atrás?», pensé.

Se me partía el corazón cuando finalmente dejé el libro tirado a un lado; todo en mi interior me decía que debía contarle la verdad a Blake. El

problema era que probablemente me diría que estaba bien que no fuera normal y que podíamos solucionarlo.

Pero yo sabía que no había forma de arreglarme y que lo que nos esperaba por delante como pareja sería un camino feo que muy bien podría terminar destrozándonos a ambos.

Blake se merecía todo lo que quería: amor y una familia propia. Debería tener una esposa que lo convirtiera en su todo, capaz de darle todo lo que quería.

Me sequé las lágrimas con rabia. Desear ser suya era egoísta. Sí, yo quería a Blake. Lo había hecho desde el momento en que vino a rescatar a una niña tonta de dieciocho años de un refugio para personas sin hogar hacía tantos años.

El problema era que las cosas habían cambiado desde que nos conocimos por aquel entonces y yo ya no estaba encaprichada de él.

Ahora era una mujer y lo amaba con cada fibra de mi ser. Ese amor más maduro me hizo preguntarme si quería darle parte de la vida que él quería o si él debería tenerlo todo.

La respuesta para mí era sencilla. Lo amaba. Blake era digno de tenerlo todo y eso no incluía a una mujer como yo.

Estaba muy inquieta e iba sin cesar de un lado a otro de la habitación, intentando decidir qué hacer conmigo misma. Pensé en salir a hacer senderismo, pero antes me había parecido ver caer una lluvia helada y estaba bastante segura de que probablemente se volvería nieve más tarde si seguía cayendo.

Finalmente, me puse unos pantalones de chándal, una camiseta y mis zapatillas de deporte y luego me dirigí a la parte de la casa donde había visto un gimnasio. Si no encontraba la manera de quemar parte de esa energía nerviosa, juraba que perdería la cabeza. Solo había abierto la puerta hasta la mitad cuando escuché un ruido constante, rápido y furioso de golpes desde el interior del gimnasio.

«¿Blake? Pensé que seguía fuera», me dije. Empujé la puerta para que se abriera un poco más y eché un vistazo en el interior.

El gimnasio era enorme para ser una instalación casera, con techos altos, colchonetas y equipo y material que nunca había visto antes. Yo no era precisamente una aficionada al ejercicio. Prefería caminar fuera y ver las vistas mientras me ejercitaba, y me gustaba una buena caminata cuando podía permitirme hacerla.

Miré boquiabierta al hombre grande de espaldas a mí saltando la cuerda a una velocidad que hacía que él y la cuerda parecieran borrosos. Al enfocarlo, la cuerda seguía borrosa porque se movía muy deprisa, pero no me cabía duda de quién era el hombre poderoso que saltaba, con el torso desnudo de la cintura para arriba y solo unos pantalones de chándal ligeros en la parte inferior del cuerpo.

Conteniendo la respiración, me pregunté cuánto tiempo mantendría ese ritmo de castigo, pero finalmente tuve que soltar el aire antes de desmayarme. Él seguía y seguía, sin disminuir la velocidad ni por un momento. Entré y me senté en la esquina, esperando que no me viera y no interrumpir su entrenamiento.

Pareció que le llevó una eternidad dejar caer la cuerda y me sorprendió cuando se movió a un gran saco de arena suspendido del techo. Se quedó completamente inmóvil un momento antes de empezar una serie de patadas; sus pies volaban alto cuando golpeó varias de las marcas en la bolsa grande. Esta se balanceaba y luego volvía hacia él, pero él cronometraba sus patadas tan bien que apenas volvía hacia él cuando la golpeaba de nuevo. Y otra vez.

Lo vi moverse con la gracia de una bailarina y la fuerza de un tigre furioso. Me encogí en la esquina cuando dio una patada circular increíblemente fluida y rápida como un rayo, pero estaba bastante segura de que había girado tan rápido que no me vio.

Resultó que me equivocaba. Se detuvo y se volvió con las manos en las caderas y la respiración entrecortada.

—Creía que habías decidido esconderte en tu habitación hasta que estuvieras lista para marcharte, —dijo en tono ronco y jadeante.

Yo me puse en pie, reflexionando sobre su pregunta, sin dejar de mirar su cuerpo torneado cubierto con un ligero brillo de sudor.

—Una vez me dijiste que te gustaban las artes marciales. Parece que todavía te gustan.

Avancé, dándome cuenta de que iba a hacer lo único que me había jurado no volver a hacer nunca. Me estaba escondiendo, huyendo.

Él tomó una toalla de un banco, se secó la cara con ella y el tronco superior.

—Taekwondo. Cinturón negro. Sí. Todavía intento mantener mis habilidades. Es más fácil si tengo un compañero de entrenamiento, pero Marcus es mi único oponente decente y, evidentemente, no está disponible.

—Entonces, ¿eso te convierte en un arma letal? —Pregunté en tono jocoso.

Blake arrojó la toalla a una cesta al lado de la colchoneta.

—Nunca, —respondió con seriedad—. Si conoces a alguien que realmente practica el arte, él o ella sería el primero en alejarse de una pelea en lugar de intensificarla. Utilizo lo que sé solo si tengo que hacerlo.

Blake era fuerte, poderoso, pero nunca usaría su fuerza y entrenamiento para herir a nadie si podía evitarlo. Creo que admiraba su actitud aún más que sus habilidades.

Yo me encogí de hombros.

—Siento no poder ayudarte. No tengo ni idea de artes marciales.

Sus ojos grises se encontraron con los míos y asintió.

—Lo sé. Te gusta caminar.

—Sí, pero cae aguanieve, así que he bajado a ver si encontraba otra cosa que hacer.

—¿Nerviosa? —Preguntó.

Yo asentí.

—Huir de las cosas provoca eso a veces, —respondió solemnemente.

—Blake, yo...

—No, —me advirtió, con la mandíbula apretada fuertemente—. No me digas que eso no es lo que estás haciendo.

—No lo haré, —respondí sombríamente—. Porque estaría mintiendo. Me gusta pensar que dejé de huir, pero no lo hice. Esta vez, no.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —preguntó fulminándome con una mirada intensa que me compelió a responder.

Me retorcí incómodo.

—Circunstancias que están fuera de mi control. Lo siento.

—Por el amor de Dios, solo dime qué pasa, Harper. Haré cualquier cosa que esté en mi mano para arreglarlo. Pero, por favor, no me dejes de nuevo. Esta vez, no.

Miré sus ojos oscuros y tempestuosos, helada por la indecisión.

«¿Puedo contárselo de verdad?», me pregunté.

Ya lo había imaginado miles de veces, pero nada bueno resultaría de decirle por qué tenía que irme, por qué no podía continuar con nuestra relación.

—Tengo que irme, —le dije mientras bajaba los ojos para no poder ver su rostro.

Él se adelantó a la velocidad del rayo y levantó mi mentón bruscamente, así que me vi obligada a mirarlo de nuevo.

—Maldita sea, esta no eres tú, Harper. Tú no huyes y no te escondes. Hemos sido sinceros el uno con el otro desde el principio. Sabes muy bien que no quiero ver este final entre nosotros. Ahora no. Jamás. ¿Qué más quieres que te diga?

El corazón me latía con fuerza y respiraba a bocanadas cortas cuando alcé la mirada hacia él, temerosa de que mi corazón estuviera en mis ojos mientras memorizaba sus rasgos llamativos y la feroz necesidad en sus ojos.

Dios, me odiaba tanto por hacer que él tuviera que mostrarse vulnerable. No era justo, porque yo lo necesitaba tanto como él me necesitaba a mí. Pero lo amaba demasiado como para mantenerlo atado a mí.

Sacudí la cabeza lentamente.

—Nada. No quiero que digas nada más.

—Bien, —dijo bruscamente—. Entonces me quedo con esto.

Sus movimientos rápidos me hicieron caer sobre la colchoneta con él en cuestión de un instante, los dos arrodillados el uno frente al otro. No estaba segura de cómo lo había hecho, pero no me había hecho daño en absoluto. Colando una mano rápidamente en mi nuca, me atrajo más a él y bajó la cabeza para besarme.



Capítulo 22

Harper

Estaba perdida desde el momento en que nuestras bocas se fundieron y Blake empezó a saquear mis labios, sumergiéndose en mi boca con la lengua, poseyéndome completamente en cuerpo y alma mientras yo gemía en su boca y me abrazaba a su cuello. Su piel seguía húmeda y caliente, y acaricié su espalda con las manos, saboreando cada momento de tocar su piel desnuda.

Estaba muy cálido y vivo. Gemí en voz baja cuando me mordió el labio inferior, como si me estuviera reivindicando con cada mordisco a mi piel y cada latigazo de su lengua.

—Blake, —dije anhelante, inclinando la cabeza para que pudiera poner su boca en cada centímetro expuesto de piel desnuda que encontrase.

Él se puso en pie de repente.

—Si me vas a dejar, vive Dios que te daré algo para recordar, —prometió mientras se quitaba los zapatos y se bajaba los pantalones holgados hasta los tobillos.

En cuestión de unos instantes, yo alzaba la vista hacia él, completamente desnudo, mi cuerpo temblando de necesidad. Un deseo desgarrador me invadió y agarré su miembro duro que colgaba justo frente a mi cara.

—Tenemos asuntos pendientes, —le recordé.

—Harper. No lo hagas, —gruñó.

Lamí el prepucio sensible mientras lo sostenía firmemente con la mano derecha. No estaba quitándome de encima, así que sabía que en realidad

quería que continuara.

Sus manos se enredaron en cabello, soltando la pinza y dejando que los mechones cayeran en cascada sobre mis hombros.

Entré en una cadencia que parecía volverlo loco mientras sus manos empuñaban mi pelo. Guio mis movimientos mientras yo intentaba tragarlo todo con cada movimiento de sus caderas. Le toqué las pelotas con la mano libre, jugando con ellas antes de estirar el brazo y acariciar el culo más prieto que jamás podría imaginar.

Él gemía mi nombre y eso me espoleó. Me acaricié el sexo con los dedos libres y luego volví a acariciar su trasero, esta vez usando uno de mis dedos húmedos para ejercer presión en su ano arrugado. No llegué muy lejos antes de que empezara la resistencia y curvé un poco el dedo para acariciarlo por dentro.

—Joder, Harper, me voy a ir, —dijo con voz salvaje e irreconocible.

Me agarró el pelo con más fuerza y yo seguí moviendo el dedo superficialmente dentro y fuera de su trasero mientras intentaba hacerle una mamada que nunca olvidaría.

Su pene parecía hincharse en mi boca y me apretó el pelo hasta que me dolió el cuero cabelludo. Pero, finalmente, su semilla fluyó hacia mi boca y la tragué, saboreando la explosión de salvajes y eróticos gemidos cuando encontró su desahogo explosivo.

Le limpié la verga de un lamido y luego sonreí mientras él descendía hasta la colchoneta y se desplomaba sobre la espalda.

—¡Dios! Creo que me has matado, —dijo mientras intentaba recuperar el aliento.

Yo me senté en la colchoneta, observándolo mientras su respiración se volvía más lenta.

Unos minutos más tarde, se movió rápidamente y sujetó mi cuerpo debajo del suyo antes de que pudiera pensar en alejarme.

—¿Por qué has hecho eso? —carraspeó—. ¿Por qué?

Lo alcé la vista hacia él y respondí:

—Solo quería hacerte sentir bien.

—Lo has hecho. Pero, por mi vida, no te entiendo, joder, —murmulló antes de que su boca se estrellara contra la mía—. Las mujeres no hacen mamadas así a un tipo al no quieren volver a ver en la vida.

Lo que Blake no entendía era que no se trataba de que yo no quisiera volver a verlo. No podía.

Me besó hasta dejarme sin aliento y mis brazos rodearon sus hombros húmedos, intentando darle toda mi alma y mi corazón con ese único abrazo.

Incorporándose, tiró de mí hasta sentarme y me quitó la camiseta; luego se detuvo antes de tirarla.

—Esta es mi camiseta, —dijo con incredulidad—. La que te dejé hace doce años.

—La guardé, —reconocí.

No importaba cuántos años hubieran pasado; por algún motivo nunca había podido tirar esa vieja camiseta. Quizás porque era lo único que tenía que le pertenecía.

Blake la tiró fuera de la colchoneta y luego me quitó el resto de la ropa holgada y la tiró a la pila.

Jadeé cuando él volvió a mí y bajó su cuerpo hasta que nos encontramos piel con piel.

—Puedes huir, Harper, pero sé que siempre te voy a encontrar, —prometió en tono grave, levantando mis piernas y envolviéndose la cintura con ellas—. Estábamos jodidamente destinados a estar así.

Con una embestida, se deslizó suavemente en mi vaina, estirándome con su circunferencia hasta que estuve llena de él, llena de Blake.

—¡Síiii! —Siseé eróticamente, con una reacción completamente carnal y primitiva—. Jódeme. Por favor.

No discutí que no estuviéramos destinados a unirnos. La sensación era tan profunda que no tenía sentido negar la verdad.

Estábamos hechos para estar juntos. Una vez estuvimos predestinados. Pero la realidad nos separaría.

—Siénteme, Harper. Dime que algo no encaja aquí —gruñó.

—Jódeme, —le respondí—. Sé cuánto encaja.

Por ahora, él había ganado. Me perdí en cada embestida, seducida por cada empuje de su enorme pene a medida que me reivindicaba más concienzudamente de lo que nunca habría creído posible.

Nuestros cuerpos se sacudieron en un frenesí, ambos elevándonos cada vez más, más y más cerca del máximo placer.

Una parte de mí quería reducir la velocidad y disfrutar del momento, pero Blake llevaba el ritmo castigador, apretándose contra mi sexo húmedo con cada embestida brutal.

El orgasmo fue fuerte y rápido, haciendo que me estremeciera irremediabilmente hasta terminar mientras gritaba su nombre:

—¡Blake! ¡Sí! ¡Más duro!

—Estás ardiente por mí, cielo —gruñó—. Déjate llegar.

Yo lo hice y me aferré a él cuando un espasmo tras otro se apoderó de mi cuerpo en un clímax casi inaguantable. No cerré los ojos porque quería mirarlo. Cuando se levantó, me agarró de los muslos y luego echó la cabeza hacia atrás mientras me penetraba unas cuantas veces más, vi la expresión agonizante en su rostro antes de que saliera de mi vista. Los músculos de su cuello se tensaron cuando inclinó la cabeza hacia atrás y encontró su propio desahogo potente.

Se dejó caer sobre mí, que recibí su peso encantada mientras él jadeaba intensamente sobre mí.

—No te dejaré ir, Harper. No lo haré No puedo.

Empujé con fuerza su pecho.

—Esta noche, no. ¿De acuerdo? —Supliqué—. Ven conmigo. Dúchate y duerme conmigo.

Era mi última noche y lo único que quería realmente era estar cerca de él. No importaba que los recuerdos me torturaran después. Quería vivir aquella noche porque era todo lo que tenía.

Blake se levantó y extendió la mano; yo la tomé, dejando que me ayudara a levantarme.

—Ya la hemos hecho otra vez. Sin un puto condón, —mencionó groseramente.

—No lo pienses ahora, —le pedí con voz suplicante y cubriéndole los labios con los dedos—. Si pasa algo, te lo haré saber.

Él asintió; luego me levantó y acunó mi cuerpo desnudo en sus brazos mientras salía del gimnasio a su habitación.

Aquella noche se dijeron muy pocas palabras. Todo se dijo con nuestros cuerpos, y dormí en sus brazos completamente exhausta hasta la mañana siguiente.



Capítulo 23



Harper

—Por favor, no me digas que te escabulliste sin decirle adiós a Blake, — dijo Dani en tono decepcionado mientras se tumbaba en el sofá de mi alojamiento temporal en Boston. Estaba mirando un artículo de revista, pero yo sabía muy bien que estaba escuchando todo lo que decía.

Me dejé caer en una silla del apartamento amueblado con una bolsa de patatas fritas y me las metí en la boca sin siquiera pensar en lo que estaba comiendo.

Dani había llegado la víspera y verle la cara era lo único que podía hacerme feliz en ese momento.

—No me escabullí, —objeté, a pesar de que era eso lo que había hecho. No estaba segura de poder decirle adiós a Blake. También estaba aterrorizada de que, si lo hacía, me derrumbaría y se lo contaría todo—. Tenía un vuelo temprano por la mañana y necesitaba devolver el coche de alquiler. Tenía que irme temprano y no quería despertarlo.

Dani levantó la vista de su revista y la tiró a un lado, poniendo los ojos en blanco mientras me miraba.

—Mentira. Te echaste atrás. ¿Por qué?

Para haber estado cautiva en condiciones deplorables, Dani tenía buen aspecto. Su cara seguía magullada y estaba increíblemente delgada. Pero estaba comiendo como un caballo y yo estaba casi segura de que recuperaría

su peso pronto. Se había cortado el pelo en un estilo *pixie* muy lindo, que hacía que sus ojos parecieran enormes y preciosos.

Tuve que estar encima de ella para que descansara. Quería salir y explorar Boston, lo cual probablemente significaba que quería encontrar una buena historia, pero necesitaba descansar un rato. Todavía le dolían bastante las costillas rotas, aunque rara vez se quejaba.

—¿Por qué? —Preguntó Dani de nuevo cuando no respondí.

—Vale. Sí. —Me metí más patatas fritas en la boca antes de contestar—. Tenía miedo.

—Estás enamorada de él, ¿verdad?

Asentí lentamente mientras seguía picoteando patatas.

—Harper, entiendo por qué dudas, pero cuando creí que iba a morir, las cosas sin importancia ya no importaban. Lo único que realmente me importaba era la gente a la que quiero y cuánto deseaba volver con ella. Me arrepentía, tal vez porque había muchas cosas que no había intentado resolver lo suficiente. —Se puso de pie y se estiró, arrebátandome la bolsa de patatas fritas antes de dejarse caer lentamente sobre el sofá.

—Dani, ya sabes por qué no puedo casarme con él, —discutí.

Masticó un puñado de patatas antes de responder.

—Sinceramente, Harper, no, no lo sé. Si desbrozas toda la mierda y sacas la verdad a la luz, o te quiere lo suficiente o no. Es bastante sencillo. Parece que ni siquiera le has dado una oportunidad. Eso es muy injusto, y tú eres la persona más justa y buena que conozco.

—Si lo hiciera, sé que diría que está bien y lidiaríamos con ello, —dije con tristeza—. Pero yo creo que no estaría bien. Él terminaría lamentando su elección cuando se pase la novedad.

—Ah, por el amor de Dios, eso no lo sabes. ¿Cuándo demonios te has vuelto tan pesimista? Ese es mi trabajo.

Generalmente, yo era alegre y positiva, pero no me sentía así en ese momento. Tenía el corazón roto, estaba deprimida y tan sola que mi alma lloraba por Blake.

—Desde que me enamoré de un hombre que se merece el mundo, —respondí solemnemente.

—Te merece a ti. Parece que tú eres su mundo. —replicó Dani—. La felicidad nunca está garantizada, Harper. Joder, ¿cómo sabes que no morirá mañana? ¿Cómo sabes que no morirás tú? Cualquiera de nosotros podría irse de esta Tierra en un instante. Juré que nunca más volvería a reprimirme de lo

que quería. No quiero arrepentirme de nada, —me dijo—. Y tampoco quiero que tú tengas ninguno.

Yo ya tenía remordimientos y cada uno de ellos involucraba a Blake Colter.

—¿Qué pasa si termina resentido conmigo? —Le pregunté.

—¿Y qué pasa si no lo hace? ¿Y si nunca se casa porque no pudo tener a la mujer que quería? Me dijiste que habías sido la única mujer que él había deseado durante doce años. El tipo estaba básicamente en su mejor momento y no quería ir por ahí de flor en flor. ¿Y si todavía se siente así?

Yo fruncí el ceño.

—Creo que nunca consideré el hecho de que Blake nunca encontraría una mujer a quien amar. Sería el chico ideal de la mayoría de las mujeres.

—Te quiere a ti, —respondió Dani con la boca llena de patatas fritas—. Si ni siquiera ha salido con otra mujer, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

Ahora que había tenido unos días para pensar, me di cuenta de que debería haberle contado a Blake toda la verdad y poner las cartas sobre la mesa, fueran las que fueran. Ahora que estaba lejos del tormento emocional de estar cerca de él, sabía que nunca iba a superar a Blake Colter. Así lo quería.

Él había dicho que me había estado esperando. En el fondo, yo sabía que también había estado esperándolo. El tiempo había pasado y la vida había seguido, pero siempre me había faltado algo, un enorme agujero dentro de mí que estaba vacío sin él.

—Tal vez debería haberlo manejado de otra manera, —confesé.

—¿Como si quizás debieras haberle dicho por qué estás tan asustada en realidad?

Vi a Dani levantarse e ir a la nevera a buscar más comida.

—Te prepararé algo saludable, —le dije mientras corría a la cocina.

—¿En serio, hermana? —preguntó bromeando—. Después de estar cautiva y casi morir de inanición, lo último que quiero es algo saludable. ¿Qué tal una pizza?

—Tendríamos que pedirla a domicilio —dije distraídamente.

—Me sirve, —accedió Dani antes de tomar un refresco de la nevera.

Llamé a la pizzería que habíamos visto calle abajo y pedí la mitad del menú. Parecía que seguiría comiendo por depresión durante un tiempo y Dani tenía que aumentar de peso.

Dani resopló cuando colgué el teléfono.

—No es que me queje, pero ¿en serio necesitamos tanta comida? Quiero decir, podrías haberte contenido con los postres. Estaremos bastante llenas

con varias pizzas, alitas picantes, sándwiches y todo lo demás que hayas pedido.

—Tienes que subir de peso, —le dije a la defensiva.

—Lo recuperaré pronto. Si me quedo aquí otra semana, creo que lo recuperaré todo, —bromeó.

Quería fulminarla con la mirada, pero terminé sonriendo al ver su sonrisa traviesa. Dani estaba alegre y feliz desde que había llegado a Boston. Había compartido algo del terror que había experimentado durante el secuestro y dijo que no la habían agredido sexualmente. Pero parte del tormento psicológico al que la habían sometido había sido bastante aterrador.

—¿Vas a volver a tu cadena? —Pregunté con cautela. No quería animarla. Personalmente, desearía que tuviera otra carrera, una más segura.

—Cuando esté lista, —respondió ella—. Los jefes no quieren ni oír hablar del tema hasta que me haya tomado unas vacaciones muy largas. No quieren ser acusados de arrastrar a una heroína de vuelta al trabajo hasta que esté completamente curada, —explicó en tono de disgusto.

—¿Estarás bien si vuelves al mismo puesto?

Ella asintió.

—Sí. Pero nunca volveré a dar nada por sentado.

—Siempre has sido cuidadosa, —le dije, sintiendo que quería apoyarla.

—Lo era. Por desgracia, el idiota de Marcus dice que soy imprudente. Amenazó con andar cerca cada vez que tenga un encargo. ¿Qué piensa hacer? ¿Ser mi niño?

Me reí.

—Marcus es cualquier cosa menos el niño de nadie. Es bastante frío.

—No siempre, —comentó Dani—. Tiene sus buenos momentos. Ciertamente, no son muchos entre las veces en que es un imbécil, pero hay algo de bondad en el fondo.

—Estoy segura de que sí, —convine—. Te rescató y no tenía que hacerlo. Incluso Tate arriesgó el pellejo.

—Tate es un buen hombre, —dijo Dani agradecida—. Marcus es demasiado estirado. ¿Blake se parece a él?

Yo negué con la cabeza.

—Son idénticos, pero sus personalidades son diferentes. Blake no teme ser amable y le gusta la gente. Tal vez eso es lo que lo convierte en un buen senador. Es dulce y le apasiona lo que cree que está bien y mal. Tiene una

mente científica y es brillante. También es paciente. Algún día será un padre maravilloso.

Dani volvió a dejarse caer en el sofá y yo volví a mi sillón reclinable mientras ella musitaba:

—Si es paciente, entonces él y Marcus son muy distintos.

—También tiene buen sentido del humor. Y una sonrisa cautivadora que hace que se te caigan los pantalones —admití.

—Pero solo la usa contigo, —bromeó Dani—. Harper, ¿cuánto tiempo piensas tardar en ir a ver al chico y ponerte a su merced por escabullirte de él?

—No me escabullí, —dije en tono altivo—. Simplemente... me marché.

—Harper, —dijo Dani en tono de reprimenda.

Miré su gesto decepcionado y dije:

—Sé que tienes razón. Ahora que he tenido un poco de espacio, me doy cuenta de que lo que hice no fue justo. Tenía miedo de que me rechazara. Tenía miedo de no poder darle lo que él quería. Tenía miedo de que mis problemas terminaran echando a perder nuestra relación y lo hicieran infeliz.

—Al menos tienes que darle una oportunidad. Si no lo haces, nunca sabrás cómo se sentirá. Lo vi de pasada cuando me iba de Washington. Te digo que el pobre hombre parecía afligido y miserable. Desde luego, no estaba sonriendo.

Alcé la cabeza y la miré.

—¿Viste a Blake?

—Sí. Estaba embarcando en el avión de Marcus cuando él salía de su avión privado. Nos cruzamos, pero él ni siquiera me reconoció. Creo que iba en su mundo.

Yo fruncí el ceño.

—No sé qué hacer, —susurré en voz alta, sin ocultar el dolor de mi voz.

—Ve a verlo —insistió Dani—. Es un vuelo corto a Washington, y tenemos tres hermanos, cada uno de los cuales tiene un avión privado, o puedes contratar uno propio. Podrías estar allí en poco más de una hora.

No iba a ir a ningún lado hasta que Dani estuviera recuperándose.

—Me lo pensaré, —prometí.

—Piénsatelo bien, —sugirió—. Odio verte así y todo lo que ocurrió en el pasado está fuera de tu control. Te mereces ser feliz tanto como Blake. Simplemente no te das cuenta de eso.

Sonó el timbre y le indiqué que se quedara ahí. Ya había ido de arriba abajo lo suficiente por un día. Miré por la mirilla y vi al pobre tipo de pizza

esforzándose por hacer malabares con toda la comida que había pedido. Fui a buscar mi cartera, consciente de que el pobre hombre se merecía una buena propina.



Capítulo 24



Blake

Por primera vez desde que me había convertido en senador, supe que me había distraído durante la sesión de más temprano aquel día.

Me odiaba por eso.

Tenía un trabajo que hacer, pero parecía que no podía pensar con claridad. Desde el momento en que me desperté y descubrí que Harper se había ido a Boston, no había sido yo mismo.

Pasaba de estar deprimido a períodos de ira, sin saber si quería gritarle a Harper o suplicarle que volviera. Mi orgullo ya no importaba. Algunas cosas valían más que evitar la humillación.

—La tengo, —dijo Marcus cuando entró en mi casa histórica en Georgetown, mi residencia cuando trabajaba en Washington.

Probablemente podría haber estado más cerca de Capitol Hill, pero prefería el encanto de una residencia histórica a un apartamento contemporáneo. Me sentía más como en casa cuando me quedaba allí.

Me estaba preparando un trago y me giré para mirarlo.

—¿Qué tienes?

Volviendo para llenarme la copa, también preparé una para Marcus.

—Tengo la dirección actual de Harper en Boston. Sabes que irás allí en cuanto termine esta sesión, —respondió Marcus, sonando como si me retara a negar que iba a volver a ir tras ella.

Yo asentí.

—Bien. Me alegro de que hayas encontrado su dirección. Me ahorrará un poco de tiempo. —«A la mierda mi orgullo», pensé. Ya no me importaba quedar como un imbécil. De alguna manera, iba a recuperar a Harper. Fueran cuales fueran sus problemas con el compromiso, yo los resolvería. Lo último que quería era retenerla. Lo único que quería era amarla y que ella me correspondiera, joder.

Marcus sonrió con suficiencia y dejó caer el trozo de papel en una mesita auxiliar.

—¿No podías habérselo preguntado? Tienes su móvil, ¿verdad?

Tenía su número actual, pero no había sido capaz de llamarla. Si ella iba a dejarme totalmente plantado, pensaba obligarla a hacerlo en persona.

—Las llamadas nunca nos han funcionado bien en el pasado, —respondí mientras le ofrecía un vaso de buen *whisky* escocés a Marcus—. Y dudo que me diga su dirección si responde.

—¿Estás seguro de que quieres perseguir a esta mujer? —Preguntó Marcus vacilante.

—Sí, —respondí bruscamente.

—¿Se puede saber por qué te abandonó de todos modos?

—Ojalá lo supiera, —respondí con un profundo suspiro—. Pero algo no anda bien y necesito saber qué está pasando. Harper no es de la clase que huye sin más. Si no me quisiera, no tendría problemas para decírmelo a la cara. Algo la está frenando. Algo la perturba. Simplemente no sé cuál es el problema.

—¿Quieres que investigue un poco? —Sugirió Marcus.

—Sí... No... —«¿Quiero saberlo? Claro que sí. Pero quiero escucharlo de boca de Harper», me dije—. No. Necesito que me lo diga ella misma. No más malentendidos.

—De acuerdo. Pero llámame si necesitas cualquier cosa, —dijo Marcus con brusquedad—. Me dirijo de vuelta a Rocky Springs.

—Volveré pronto a Colorado. Las cosas irán bien en Boston o no lo harán. —Había estado casi dos semanas en Washington y tendríamos un descanso antes de volver a reunirnos.

—Buena suerte, —dijo Marcus en tono sombrío mientras vaciaba su copa y luego se dirigía hacia la puerta.

—La necesitaré. —Lo seguí afuera hasta su coche y su conductor y luego vi cómo la limusina atravesaba la calle y desaparecía.

A la mañana siguiente, me dirigiría a Boston. Estaba resuelto a sonsacarle la información a Harper: principalmente por qué demonios se había marchado y por qué estaba tan poco dispuesta a intentar que funcionara nuestra relación.

Cada maldito día la quería más y la necesidad me devoraba por dentro. Harper siempre había sido la parte de mí que faltaba. Solo tuve que verla de nuevo para darme cuenta.

Terminando mi bebida, apoyé el vaso en el fregadero del bar y luego me giré para subir las escaleras. Necesitaba hacer la maleta y luego salir temprano por la mañana.

Subí los escalones corriendo, con la esperanza de poder derribar el muro defensivo de Harper por fin y hacer que me confesara la información que necesitaba.



Harper

Dani estuvo conmigo una semana antes de irse a visitar a nuestros hermanos. Cuando se fue, lo único que me quedaba era mi propia compañía y yo lo odiaba.

No me llevó mucho tiempo decidir que necesitaba dejar de huir de Blake. Tenía que contárselo y lidiar con las consecuencias emocionales derivadas de aquella decisión.

Mi hermana tenía razón. La vida era demasiado corta para este tipo de mierda. Estaba evitándolo. Estaba huyendo de algo bueno. Sí, podría terminar rechazada o incluso resentida al final, pero al menos Blake no seguiría confuso sobre cómo me sentía.

Lo amaba. Había sido el único chico para mí desde la primera vez que estuve con él. Obviamente, él sentía lo mismo, ya que en realidad había rechazado a todas las mujeres que lo miraban o intentaban llamar su atención durante los últimos doce años.

Había pasado varios días lamentándome sobre qué hacer exactamente y por fin había decidido que necesitaba verlo en persona. Me iba a Washington. Mi hermano, Jett, había averiguado la dirección de Blake en Georgetown y me había enviado su propio avión para que lo usara como transporte.

Después de todo, Blake sería mío o me rompería el corazón. Pero eso era mucho mejor que no saber qué habría pasado si se lo hubiera dicho.

Dani tenía razón cuando dijo que merecía ser feliz; lo que ocurrido hacía años estuvo fuera de mi control. Yo no tenía necesidad de sentirme rota y nunca lo había hecho hasta que me volví tan condenadamente vulnerable. Había aceptado cómo sería mi vida... pero luego había vuelto a ver a Blake y todo lo que sentía me había revolucionado.

Pero ahora estaba preparada. Mi hermana estaba a salvo, así que yo ya no estaba revoloteando con un miedo constante. Por fin me había aclarado las ideas lo suficiente como para saber qué quería y qué tenía que hacer para conseguirlo.

Tenía que correr un gran riesgo con mi corazón, pero Blake valía la pena.

Me movía inquieta mientras esperaba que despegara el avión de Jett. Era el colmo del lujo, con asientos de cuero color crema y un dormitorio en la parte trasera, pero apenas me di cuenta. Lo único que quería hacer era llegar a Blake de inmediato y revelarle los secretos que había estado guardando.

Suspiré cuando el avión despegó. «¿Qué pasa si no quiere hablar conmigo? ¿Y si no me quiere cuando se entere? ¿Por qué siempre tienen que inmiscuirse los pensamientos negativos justo cuando decides jugarte el corazón?».

Gran parte de aquella decisión la había tomado escuchando a Dani hablar durante la última semana, discutiendo sus encuentros con sus captores y cómo no quería arrepentirse de nada nunca. Me di cuenta de lo poco que estaba disfrutando de mi vida en realidad. Me llenaba lo que hacía, pero mi corazón y mi alma estaban vacíos y yo no quería seguir así. No si no necesitaba estar sola. No si a Blake le importaba lo suficiente.

Rechacé la comida y bebida ofrecidas por el azafato, con un nudo en el estómago. Jett tenía un coche esperándome en el aeropuerto e intenté inspirar profundamente para relajarme en camino a casa de Blake.

Cuando llegamos, tomé mi maleta de mano y le di las gracias al conductor con una enorme propina; luego me dirigí a la puerta. Tal vez estuviera aterrorizada, pero no pude evitar percatarme de la hilera de casas históricas, cada una mejor conservada que la anterior.

Me encantaba que Blake hubiera elegido un hogar en lugar de vivir en un apartamento más cerca de Capitol Hill. La arquitecta en mí quería dar un paseo y echar un vistazo a lo que se había hecho para conservar todas las casas, pero tenía problemas más urgentes que gestionar en ese momento.

Llamé al timbre y esperé hasta que, finalmente, alguien abrió la puerta. Por desgracia, no era la cara que esperaba ver. La mujer era de mediana edad y tenía una aspiradora en la de mano.

—Hola, estoy buscando a Blake Colter, —dije vacilante.

—No está aquí, señora. —La mujer era cortés, pero fue al grano.

«¡Maldita sea!», pensé.

—¿Ha vuelto a Colorado?

Mi teléfono empezó a sonar e hice malabares con las cosas para sacarlo. Respondí sin aliento por el miedo y la decepción de no haber llegado a tiempo para verlo.

—Hola.

—¿Dónde demonios estás? —Preguntó Blake en tono exigente.

—En Georgetown, —respondí sinceramente—. Vine a verte.

—¡Mierda! —Maldijo con aspereza—. Estoy en Boston. Tenía que verte.

Tardé un momento en darme cuenta de que seguíamos en ciudades distintas, aunque ambos habíamos tenido la misma idea de estar en el mismo sitio. Me eché a reír; la señora que parecía ser el ama de llaves de Blake me miró como si estuviera tocada de la cabeza. En el otro extremo de la línea, él también se estaba riendo, como pude percatarme.

—Increíble. Intentamos llegar el uno al otro y terminamos en sitios distintos, —dijo Blake en tono divertido.

Yo solté una risita.

—Si te hubieras quedado aquí...

—O si tú te hubieras quedado en Boston. No vayas a ningún lado. Estaré allí en un par de horas, —exigió—. ¿Está mi ama de llaves allí?

—Sí. —Le entregué mi teléfono a la mujer desconcertada que seguía en la puerta.

Habló con Blake durante varios minutos, en su mayoría dando respuestas monosílabas. Cuando finalmente colgó y me devolvió el teléfono, dio un paso atrás.

—Pase, por favor. Al senador Colter le gustaría que se sienta como en casa.

Entré, admirando la decoración mientras analizaba lo bien que se había conservado la arquitectura. Era una casa encantadora. Sin pretensiones, pero definitivamente diseñada con antigüedades para que coincidiera con el período de construcción.

Me llevó a una sala de estar familiar que tenía muebles nuevos, probablemente el espacio más utilizado de la casa.

—Gracias, —musité.

—¿Puedo traerle algo de comida? ¿Algo de beber?

Aunque en realidad quería seguir comiendo compulsivamente y pedirle algo de comida, terminé respondiendo:

—No. Estoy bien, gracias.

La mujer se retiró y cerró la puerta detrás de ella. Me quité la chaqueta y las botas que llevaba puestas y me senté en el cómodo sofá de cuero, aún atónita de que Blake hubiera ido a buscarme a Boston.

Eso me daba esperanza. Hacía que mi corazón se sintiera más liviano.

Encendí la televisión y luego me tapé con una manta. Intenté mantenerme despierta y concentrada, pero casi no había dormido en las últimas noches y estaba exhausta.

Unos minutos después, no conseguía mantener los ojos abiertos y me dormí.



Capítulo 25

Blake

Mi vuelo de regreso a Washington me resultó el período de tiempo más largo de toda mi vida. Aunque era un salto corto, estuve inquieto durante todo el vuelo, esperando que Harper siguiera en mi casa cuando llegara allí.

Cuando finalmente subí las escaleras de mi mansión histórica, respiré hondo al poner la llave en la cerradura, el corazón golpeándome el pecho de anticipación.

«¿Qué pasa si no me quiere? ¿Y si esta es la última vez que la veo?», me pregunté. Aparté los pensamientos negativos de mi cabeza al entrar en casa, donde reinaba un silencio sepulcral. Evidentemente, el ama de llaves se había ido y, mientras cruzaba lentamente el salón formal, escuché la televisión de la sala de estar familiar.

«Ya está. Hora de luchar por lo que realmente quiero y necesito», pensé decidido. Mi vida no valía una mierda sin Harper y tenía que hacerle comprender que, sin importar qué se interpusiera en nuestro camino, yo lo haría desaparecer.

Empujé la puerta y eché una ojeada en el interior; pasé la mirada desde el televisor montado en la pared hasta el sofá de cuero donde yacía Harper, con aspecto tan cómodo que incluso antes de acercarme, supe que estaba dormida.

«Dios, qué guapa está», pensé. Tenía el pelo suelto y le cubría parcialmente el rostro. Sin pensarlo, me agaché y le retiré los mechones de la cara, revelando sus rasgos delicados mientras dormía.

Las ojeras oscuras debajo de sus ojos me dijeron que probablemente había dormido tanto como yo durante al menos los últimos días, pero, por lo demás, se veía preciosa.

«¡Mía!», pensé.

Parecía tan natural que estuviera allí que se me quedó el corazón en un puño al ver sus botas, cartera y abrigo en la silla.

—Tiene que quedarse, —me dije con voz ronca mientras la arropaba bien con la manta.

Le acaricié el pelo ligeramente y ella se movió.

—Blake, —dijo con voz somnolienta y adormilada.

—Duerme, Harper. Podemos hablar más tarde. Estoy aquí.

La escuché suspirar y luego su respiración volvió a un ritmo uniforme. Su confianza en mí hizo que se me acelerara el corazón al mirarla.

Me acerqué a un sillón junto al sofá, me quité los zapatos y la miré mientras dormía.



Harper

Noté la presencia de Blake en el momento en que empecé a despertar. Abrí los ojos y casi de inmediato me encontré con su mirada de ojos de acero.

—Estás aquí. —«Genial, ¿verdad?», me dije. Era bastante obvio que estaba en casa. Estaba mirándolo fijamente.

—Llevo aquí un rato. Quería dejarte descansar un poco.

Me senté con dificultad, frotándome los ojos soñolientos.

—¿Cuándo has entrado?

Él se encogió de hombros.

—Hace unas horas.

—Tendrías que haberme despertado. Lo siento. Estaba tan cansada que me he quedado dormida.

—Conozco esa sensación —respondió en tono seco—. Yo tampoco he dormido mucho.

Mientras lo miraba, todavía intentando situarme, resultaba evidente que estaba cansado. Su pelo oscuro estaba casi erizado en varios sitios, como si se hubiera masajeado la cabeza, frustrado. Su mirada, por lo general aguda, se

veía apagada, y llevaba la mandíbula desaliñada, como si no se hubiera afeitado en un día o dos.

Incluso con ese aspecto desaliñado, el traje a medida con la corbata que ya se había quitado y los primeros botones de la camisa abiertos, Blake seguía siendo la vista más bonita que había visto en mucho tiempo. El corazón se me hizo un nudo en la garganta al ver auténtica tristeza en sus ojos y lo único que quería era arreglar lo que fuera mal.

Quería que todo volviera a estar bien en su mundo, especialmente porque sabía que había sido yo la causante de ese estado. Reconocía su pena. Me llamaba a gritos porque era un eco de la mía propia.

—Lo siento mucho, —dije, esperando que la emoción en esas tres palabras insignificantes ayudara a deshacer el dolor que le había causado.

Y le había hecho daño. Llevaba escrito el tormento en la cara.

—¿Por qué me dejaste, Harper? ¿Por qué? —Preguntó con voz a la vez airada y suplicante, exigiendo saber por qué me había escapado.

—Porque no puedo serlo todo para ti, Blake. No puedo ser la mujer que necesitas, —empecé a explicar.

—Lo eres todo para mí, joder, —interrumpió con fuerza—. Todo.

—Pero no soy la indicada para una relación a largo plazo—, discutí. —No soy una mujer con la que puedas vivir feliz para siempre.

—¿Y por qué no, si se puede saber? Dios, Harper, he esperado doce condenados años solo para verte de nuevo. Es posible que nunca lo haya admitido conscientemente hasta que te volví a ver, pero es verdad. —Se levantó y se sentó en el sofá, y luego me agarró por los hombros para que lo mirara—. ¿Crees que no he tenido oportunidades de conformarme con otra persona? ¿De acostarme con otras mujeres? ¿De tener sexo por sexo?

Miré su gesto enloquecido.

—Sé que sí y sé que podrías.

—Pero no lo hice, joder, —gruñó—. ¿Quieres saber por qué?

Yo no podía hablar, así que asentí.

—Porque nunca podría desenamorarme de ti. No importa cuánto lo intentara, me has perseguido durante más de una jodida década. Una noche contigo y estaba acabado. Me arrancaste el corazón del pecho y te lo has quedado durante todo este tiempo. Ni una vez deseé a nadie más. Siempre has sido tú.

Las lágrimas me empaparon las mejillas cuando respondí:

—Yo sentía lo mismo.

—Entonces dime por qué demonios no puedes quedarte. Te quiero, Harper. Siempre te he querido.

Sentí el cuchillo que me desgarraba el pecho, un dolor tan intenso que tuve que llevarme la mano al corazón para asegurarme de que no se había roto.

—Esto está mal, Blake. Muy mal.

Él me sacudió ligeramente.

—¿Qué? Solo dime qué demonios va tan mal. Lo arreglaré. Lo arreglaré.

Me sequé las lágrimas la mano con rabia al responder:

—No puedes arreglarlo. Nadie puede.

—Dímelo.

—Serías un padre increíble, —le dije con la voz rota de dolor.

—Sí. Y me encantaría dejarte embarazada si eso es lo que quieres. En caso de que no lo hayas notado, practicar no es ningún problema para mí.

—Ese es el problema. No puedes y nunca podrás. —Inspiré hondo y me encontré con su mirada de frente—. No puedo tener hijos, Blake. Nunca. Y no puedes arreglar eso.

Se produjo un completo silencio en la habitación cuando Blake se sentó y me miró, perplejo.

—¿Por qué?

—Me quedé embarazada hace doce años. Sé que usaste condón, pero algo salió mal.

—¿Tenemos un hijo? —preguntó Blake con cautela.

Yo sacudí la cabeza lentamente.

—No.

—Condomes viejos—, respondió él—. Uno de mis amigos en la universidad me los dio cuando se echó novia y era una relación formal. Su novia tomaba la píldora. No sé cuánto tiempo los había tenido, pero cuando vi la caja después de volver a la universidad, estaban caducados. El látex se descompone pasado cierto tiempo. No pensé mucho más en ello porque nunca más volví a saber nada de ti. —Vaciló antes de preguntar en tono malhumorado—: ¿Por qué no me llamaste? ¿Qué pasó?

Respiré hondo y solté el aliento, intentando relajarme antes de explicárselo.

—Perdí al bebé. Tuve lo que se conoce como un embarazo ectópico, en el que el óvulo fertilizado se atasca en la trompa de Falopio. Esta se rompió y tuve que someterme a una cirugía de emergencia. Ya no puedo tener hijos, Blake. Soy estéril.

Vi el destello de sus ojos y casi pude escuchar las preguntas formándose en su mente. Me habría gustado simplificar la explicación, pero me di cuenta de que no iba a librarme sin contestar más preguntas.



Capítulo 26

Harper

—¿Sabías que estabas embarazada? —Los ojos de Blake eran feroces y tenía la mandíbula apretada cuando planteó la pregunta.

—Acababa de enterarme, —le expliqué—. Recién había aceptado el hecho de que estaba embarazada. Y sí, te lo iba a decir. Tenías derecho a saberlo. Pero no me dio tiempo antes de tener que operarme. El embarazo nunca fue viable. Después de la cirugía, descubrí que tenía endometriosis en ambas trompas y que estaban obstruidas. El médico me extirpó una de ellas e intentó limpiar la otra, pero ahora tengo tejido cicatricial y mi ginecólogo hizo pruebas para ver si pasaba un óvulo. Dijo que las posibilidades son casi nulas.

—Hay otras formas. ¿FIV?

—Es posible, pero difícil. Blake, después de perder al bebé, estuve deprimida. Muy desanimada. No estoy segura de poder volver a pasar por algo así. No fui yo misma en varios años.

Él se quitó la chaqueta del traje y la arrojó sobre la silla; luego me abrazó y me atrajo sobre su regazo.

—¿Querías al bebé cuando pensabas que el embarazo era normal?

Lo miré con los ojos hinchados y rojos, aún un río de lágrimas.

—Sí. Cuando me hice a la idea de que estaba embarazada, lo deseaba mucho. Tenía los medios para mantener al bebé e ir a la universidad y lo quería porque... —Ni siquiera estaba segura de cómo explicarlo.

—Porque era nuestro, —terminó él.

Yo asentí.

—Porque era tuyo, —lo corregí yo—. No podía reconocerlo por aquel entonces, pero sé que es verdad.

Blake usó el pulgar para limpiarme algunas lágrimas de las mejillas mientras preguntaba:

—¿Pensaste por un momento siquiera que no poder tener un hijo cambiaría lo que siento por ti?

—Para mí supone una diferencia, —reconocí—. Dijiste que querías ser padre, y serías un padre increíble.

—No me importa una mierda, Harper. Odio que hayas sufrido y desearía más que nada que me hubieras llamado para estar allí contigo. Aunque, dadas las circunstancias, entiendo por qué no lo hiciste. Pero ya no somos universitarios y lo único que siempre quise fue a ti.

—Vas a querer formar una familia, Blake, —protesté yo.

—No puedo tener una sin ti, —dijo él con voz ronca, los ojos suplicantes para que yo lo entendiera.

—Pero tampoco puedes tenerla conmigo, —dije yo con incertidumbre.

—Harper, lo eres todo para mí. Si no te tengo a ti, no soy nada.

—Te quiero, —solté incapaz de reprimir mis emociones por más tiempo. «Dios, quiero a este hombre fuerte y obstinado que nunca me había olvidado ni me dejaría marchar».

Sentí su cuerpo grande estremeciéndose contra el mío.

—Yo también te quiero, cielo. He intentado hacerte entenderlo desde el momento en que volví a verte de nuevo. No hay otra mujer para mí. Nunca la ha habido y nunca la habrá.

Le envolví el cuello con los brazos y lo abracé con fuerza, apoyando la cabeza sobre su hombro.

—Entonces, ¿básicamente estamos jodidos?

—Cariño, yo estoy jodido desde el día que me miraste en ese refugio para personas sin hogar. Pero, si dices que serás mía, estaré jodido y contento.

Le golpeé el brazo.

—Esto no es algo que puedas decidir a la ligera, Blake. Si estás conmigo, probablemente no tendrás hijos.

—¿Por qué no podemos simplemente adoptar un niño, uno de esos niños sin hogar que necesitan padres? Harper, un niño no necesita mi ADN para que yo

lo quiera y para que seamos padres. —Acarició mi cuello, intentando consolarme.

Yo siempre había querido adoptar a un niño y había planeado hacerlo como madre soltera cuando me asentara. Para muchos de los niños que necesitaban un hogar, un padre estable era mucho mejor que ninguno. Pero el hecho de que a Blake no pareciera importarle si el niño era hijo natural suyo hizo que mi corazón se hinchiera de una felicidad tal que ni siquiera me había atrevido a creer que pudiera existir.

Podía tener a Blake. Y podríamos formar nuestra familia. Lo único tenía que hacer era creer que se contentaría con eso.

Me eché hacia atrás e incliné la cabeza, mirando sus cálidos ojos grises, el corazón derritiéndose como mantequilla.

—¿Podrías vivir sin que tuviéramos un hijo propio?

—¿De qué sirve pasar por el proceso de intentar tener uno propio cuando tantos niños necesitan un hogar? —Preguntó, sonando realmente perplejo.

—Dios, eres un hombre increíble, Blake Colter, —le dije con voz maravillada.

—No soy tan bueno, —descontó él. —Mucha gente adopta.

Sí. Lo hacían. Pero solía ser una decisión que se tomaba cuando no había alternativa o cuando querían aumentar la familia. Pero mi maravilloso y precioso Blake quería hacerlo solo porque le parecía lo correcto.

—Te quiero. Te quiero por tu apoyo, tu comprensión y tu corazón generoso. Me encanta que puedas aceptarme, aunque esté un poco averiada.

—No estás averiada —dijo con voz áspera y cruda—. Harper, te dejé embarazada y luego no estuve allí para ti. Estuviste gravemente enferma y ¿quién hubo allí?

—Nadie, —respondí sinceramente—. No quería que mis padres lo supieran y ocurrió todo muy rápido. La única que lo sabe es Dani y no se lo dije hasta años después, cuando supe que tenía demasiado tejido cicatricial para ser fértil.

Él me atrajo de nuevo contra su cuerpo y me sostuvo allí, acariciando mi pelo con la mano.

—Quédate conmigo, Harper. No vuelvas a dejarme. Quiero estar allí cuando me necesites. Quiero que te cases conmigo y viviremos felices para siempre. Te lo prometo. Lo único que realmente necesito es a ti. Cualquier otra cosa es un extra.

—Te quiero, —susurré en su hombro—. Te quiero mucho. Quería que lo tuvieras todo.

—Ya lo tengo, —dijo él con voz ronca—. La tengo aquí en mis brazos y, esta vez, no se irá a ningún lado.

—No, no lo haré. —Suspiré felizmente—. No ahora mismo, de todos modos. Tengo que volver a Boston en unos días.

Me levantó y se colocó una pierna a cada lado hasta que quedé a horcajadas sobre él.

—Entonces supongo que será mejor que me ponga manos a la obra.

Le sonreí, una sonrisa de pura felicidad.

—¿Haciendo qué exactamente?

—Convenciéndote de que, si te casas conmigo, te haré tan feliz que nunca sentirás que te estás perdiendo nada, —respondió en tono sincero.

«Ay, Dios. ¿Como si no fuera mi sueño más salvaje que Blake fuera mío?», pensé.

—¿Y cómo planea hacer eso, senador Colter? —Pregunté con picardía.

—Haciéndote venirte hasta que no puedas moverte, aunque quieras —me informó con una sonrisa sensual.

Tenía el corazón desbocado cuando empecé a desabrocharle la camisa lentamente.

—Quizás debería ser mi trabajo mantenerte feliz. Yo fui la que se marchó y quiero estar contigo desesperadamente durante el resto de nuestras vidas, —sugerí.

—No me malinterpretes, estoy totalmente a favor de que lo hagas; pero, cariño, en realidad, lo único que tienes que hacer es respirar para que siga deseándote. Nunca he dejado de hacerlo. Su voz era baja y pecaminosamente carnal.

Cuando llegué al último botón, abrí su camisa y apoyé las palmas en su torso musculoso. Blake estaba duro por todas partes y todo lo que quería hacer yo era fundirme en su cuerpo cálido y protector.

—Yo tampoco dejé de hacerlo.

Se puso en pie y me levantó con él, sosteniéndome hasta que puse los pies en el suelo. Me soltó para quitarse la camisa con un movimiento de hombros y yo no tardé en desnudarme delante de él, haciéndole saber que no me quedaban secretos. Era suya, estaba lista para mostrarme ante él, literalmente y también en sentido figurado.

Entonces prometí que nunca volvería a haber secretos entre nosotros. Si Blake podía lidiar con el hecho de que nunca podría tener un hijo sin esfuerzo, entonces no había nada con lo que no pudiéramos lidiar juntos.

Me lanzó una mirada salvaje mientras yo me desnudaba, quitándose el resto de la ropa sin apartar su mirada de mí.

El aire a nuestro alrededor estaba chispeando con tensión sexual, pero ninguno de los dos habló. Nos comunicamos con nuestros cuerpos y nuestros ojos. Entendió exactamente lo que yo intentaba transmitir y, en cuanto dejé caer mi última prenda de vestir, abrió los brazos.

Fluí hacia él, mordiéndome el labio para contener un gemido al encontrarnos piel con piel; le envolví la cintura con los brazos y acaricié la piel caliente de su espalda con las manos mientras él empuñaba mi cabello para llevar mi cabeza hacia atrás y poder devorarme con un beso más carnal que nunca.

Mi cuerpo respondió casi con violencia, excitado por lo mucho que me necesitaba y lo vulnerables que estábamos el uno para el otro.

Gemí en su boca, desesperada por que uniera nuestros cuerpos, pero él liberó mis labios y se aferró a mi pelo, arrastrando la boca por cada centímetro de piel desnuda que encontró.

—Blake. Por favor. Te necesito, —gemí, clavando las manos en su pelo.

Mis emociones desbordaban mi cuerpo y necesitaba darles una salida rápida.

—Me atraparás. Cada centímetro —, raspó, retrocediendo para que sus manos pudieran ahuecar mis senos, provocando cada pezón antes de bajar y hundir sus dedos entre mis muslos.

—Sí—, exhalé alentadoramente. —Tócame—.

Ya estaba húmeda y lista para él y sentí su cuerpo tensarse cuando sus dedos se deslizaron fácilmente a través de mis pliegues.

—Cielo, estás preparada para mí.

—Ya lo estaba. —Deslicé la mano entre nosotros y envolví su verga con la palma de la mano.

—No lo hagas, Harper, —gimió, alejando mi mano de él—. Ahora mismo necesito estar dentro de ti.

Me agarró por la cintura, me levantó y me acercó a una mesa consola, aplanando mis manos sobre la superficie después de dejar que mis pies tocaran el suelo.

—Espera, —exigió mientras me instaba a abrir las piernas con los pies.

Yo sabía lo que iba a hacer y estaba tan lista para él que mi sexo se contrajo ante la idea de llevármelo lo más profundamente posible.

Me estremecí impaciente cuando él se situó detrás de mí, sus manos acariciándome la espalda y el trasero. Su mano se sumergió entre mis muslos separados, masajeando mi clítoris sensualmente mientras yo esperaba incapaz de contenerme a que él me tomara.

—Blake. Por favor —supliqué, necesitando que aquello se pusiera caliente, duro y rápido para saciar el anhelo en mi interior.

Volvió a agarrar un puñado de mi pelo, levantándome la cabeza.

—Mira, —insistió—. Míranos mientras te hago venirte.

Yo no había visto el espejo en la pared hasta que él me llamó la atención hacia este. Mis ojos se dirigieron a su rostro. Él ya me estaba observando y nuestras miradas se encontraron y se sostuvieron en el espejo.

El deseo al desnudo de Blake y sus ojos de plata fundida devoraron mi imagen lasciva; yo no tenía nada que ocultar. Ya no. Amaba a aquel hombre con locura y nunca volvería a ocultarle mis emociones.

Le lancé una mirada voraz y exigí:

—Jódeme ya.

Él se precipitó, sus ásperas manos me tomaron de las caderas y, de una rápida embestida, se enterró profundamente dentro de mí, estirándome hasta que gemí de satisfacción.

—¡Ah, Dios! ¡Sí!

Mantuve la cabeza en alto, observando con avidez que la expresión de Blake se volvía salvaje y hambrienta; la tensión aumentaba cada vez que retrocedía y volvía a penetrarme.

—Tan húmeda. Tan apretada. Dios, Harper. No me canso.

—Tómalo todo. Todo lo que quieras, —lo animé con voz entrecortada; necesitaba que Blake, después de todos aquellos años, me reivindicara por fin y para siempre.

—Mía. —Esta única palabra salió de su boca con codicia.

—Sí. Siempre he sido tuya. Tómame.

Él comenzó a penetrarme casi salvajemente, pero le di la bienvenida a la fuerza y al ritmo de castigo.

«Necesitaba esto. Lo necesitaba a él», pensé. Cuanto más duro embestía él, más feroz era nuestro deseo, y mis manos se deslizaron hacia adelante para agarrar los bordes exteriores de la firme consola de madera, sintiendo que

perdía la cabeza mientras nuestra respiración fuerte y el sonido de nuestros cuerpos encontrándose eran los únicos ruidos de la habitación.

Sentí que el clímax se erigía, convirtiéndose en una fuerza que casi me asustó cuando la cara de Blake se volvió explosiva e incontrolable.

Su mano se deslizó desde mi cadera hacia la parte delantera de mi cuerpo; sus dedos se adentraron con osadía en mi sexo y me acariciaron el clítoris sin cesar el ritmo frenético con su pene.

—¡Blake! ¡Ah, Dios! ¡No puedo! —grité.

—Sí puedes. Vente por mí, —exigió.

Me miré en el espejo, sin reconocirme en la imagen primitiva mientras el orgasmo tomaba el control de mi cuerpo, sacudiéndolo hasta lo más hondo.

—¡Blake! ¡Te quiero! ¡Te quiero! —Las palabras salieron de mi boca en un grito de éxtasis que no pude controlar.

—Sí, cariño. Vente por mí.

Las palpitaciones eran tan intensas y los espasmos tan fuertes que apenas pude mantenerme de pie cuando Blake me penetró unas cuantas veces más antes de finalmente encontrar su propio desahogo con un gemido.

—Te quiero, Harper. Siempre has sido solo tú.

Me estremecí ante sus palabras y en la agonía final de mi clímax, Blake me empujó hacia atrás contra su cuerpo, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura para que no me cayera.

Nos desconectó y me levantó, llevándome de regreso al sofá antes de volver a bajarme con mi cuerpo desnudo sobre él.

Puse mi cabeza sobre su pecho y escuché mientras su latido volvía a un ritmo más lento, mi cuerpo se saciaba y mi corazón se llenaba de tanta alegría que apenas podía respirar. Le acaricié la mandíbula y el cuello. —Te quiero —, repetí, incapaz de decirle lo suficiente ahora que finalmente había dicho las palabras.

—Yo también te quiero. Y vamos a casarnos, —dijo bruscamente, rodeándome el cuerpo con los brazos en gesto protector.

Sonreí. Sin ninguna razón para volver a negarme, respondí:

—Sí. Lo haremos. Nunca volveré a huir.

—Gracias, joder, —dijo con voz aliviada.

Me reí, preguntándome qué dirían sus electores si lo oyeran maldecir tan descaradamente.

Bostezó y supe que estaba realmente agotado.

—¿No tienes una cama perfectamente buena aquí?

Me sonrió.

—Sí. Es cómoda. ¿Te gustaría verla?

—Por supuesto.

Se levantó conmigo en sus brazos y una sonrisa feliz en su rostro que hizo que mi corazón diera saltitos de alegría.

Blake me mostró su dormitorio; tenía una cama perfectamente buena.

Saber que la compartiría con Blake para siempre la hacía mejor que buena; era espectacular.



Epílogo



Harper

Dos meses después...

—**E**stoy embarazada. —No había forma de decir delicadamente que iba a tener el hijo de Blake, así que lo solté sin más.

Había esperado hasta que pudiéramos volver a estar juntos en Rocky Springs para darle la noticia en persona. La ecografía había confirmado que el óvulo había pasado a través de la trompa cicatrizada contra todo pronóstico, y ahora su bebé crecía en mi útero. Estaba aterrorizada cuando fui a hacerme la ecografía, aterrada de terminar con otro embarazo ectópico, pero lo peor no había sucedido. Después de eso, había estado muy emocionada por contárselo a Blake que casi se me escapó por teléfono en el camino de regreso de Boston a Colorado.

Los dos estábamos de acuerdo con adoptar, pero el feliz acontecimiento parecía la guinda de un pastel ya dulce de por sí.

Los últimos dos meses habían sido una locura, con ambos haciendo lo imposible para vernos cada vez que podíamos. Lo echaba tanto de menos cuando no estábamos juntos que me dolía el corazón. Así que, aunque solo fuera un día o dos, volaba a Washington para verlo o él venía a Boston para pasar un día libre conmigo.

Había sido el período más feliz de mi vida. Blake me mimaba, colmándome de amor y detallitos que compraba solo porque le recordaban a

mí. Yo le devolvía el amor que me daba y hacía pequeñas cosas solo para verlo sonreír.

Y él sonreía a menudo, haciendo que mi corazón diera saltitos de alegría cada vez. No me cabía duda de que era feliz. Y estaría eufórica si nunca volvía a ver sus hermosos ojos torturados y atormentados.

Se giró y me miró, olvidándose de la bebida que estaba preparándose para volver al sofá y sentarse a mi lado.

—¿En serio acabas de decir que estás embarazada? —Preguntó confundido.

—Supongo que debería haber dicho que estamos embarazados, —lo corregí con una sonrisa temblorosa.

—¡Mierda! Tenemos que ir al hospital, —dijo con voz preocupada poniéndose de pie.

Enganché su camisa, obligándolo a sentarse de nuevo.

—No lo entiendes. Estoy bien. Me hicieron una ecografía. Estoy embarazada. Es un embarazo normal por ahora. El doctor ha dicho que ocurre. A veces la trompa no se muestra como patente, pero el óvulo consigue pasar.

Vi cómo se mesaba el pelo preocupado, haciendo que los pocos mechones rebeldes que tanto me gustaban se erizaran.

—¿Tú estás a salvo? —Preguntó, con el ceño fruncido de preocupación.

El corazón me dio un vuelco cuando vi el miedo en su expresión. Tomé su mano en la mía y le aseguré:

—Estoy bien. Estoy bien. Pero vamos a ser padres un poco antes de lo planeado.

Parecía bastante orgulloso de sí mismo cuando finalmente empezó a sonreír.

—Hemos hecho un bebé. —Dijo las palabras como si fuéramos la única pareja en lograr semejante hazaña.

Llevó nuestras manos unidas hasta mi vientre, aún plano. Si no tuviera un problema de infertilidad tan grave, probablemente me habría reído. Como pasábamos mucho tiempo apareándonos, inevitablemente habría terminado embarazada de no tener problemas.

—Sin duda, practicamos bastante, —bromeé.

—Aun así, estoy preocupado—, confesó Blake, su expresión perpleja. —Quiero este bebé, pero me temo que te ocurra algo malo a ti.

Se me encogió el corazón de tanto amor por el hombre sentado a mi lado que estuvo a punto de dejarme sin palabras.

No me ocurría nada malo a mí y nada iba mal con el embarazo. Pero Blake seguía preocupado por cómo me afectaría.

—La parte difícil y casi imposible ha terminado. No hay nada malo con mis otras partes femeninas, —le dije con firmeza.

—Cielo, puedo dar fe del hecho de que nunca hubo nada malo con tus otras partes femeninas, —respondió en un tono inteligente.

Le di una palmada en el brazo.

—Lo digo en serio, Blake. Estaré bien. Nuestro bebé estará bien. A estas alturas, no nos pasa nada malo a ninguno de nosotros.

Él soltó un suspiro masculino de alivio y me atrajo sobre su regazo.

—No te puede pasar nada grave, Harper. Nunca lo superaré. —Vaciló antes de preguntar—: ¿Eres feliz?

Me abracé a su cuello y él me devolvió el abrazo con fuerza, protector.

—¿Estás de broma? Estoy eufórica. Aún podemos adoptar más adelante, —le dije con ternura.

—No debemos arriesgarnos a que esto vuelva a suceder, —dijo con voz ronca mientras cubría mi vientre en gesto protector—. ¿Y si no hubiera salido bien? ¿Y si hubiera salido mal?

—Salió bien. Deja de preocuparte.

Me besó en la frente.

—No puedo. Lo eres todo para mí, cariño. Cuando una mujer tiene toda tu vida en sus manos, da bastante miedo, —se quejó.

Sabiendo que me sentiría de la misma manera si se invirtieran los roles y hubiera ocurrido algo que pudiera suponer una lesión para él, estaría frenética. La manera en que nos amábamos y nos necesitábamos era bastante aterradora. Pero yo no querría que fuera de ninguna otra manera.

Lo quería con todo mi ser. Y ni siquiera quería pensar en cómo me sentiría si le ocurriera algo.

—¿Eres feliz? —Le pregunté.

Sus ojos grises se encontraron con los míos y sostuvieron mi mirada mientras decía:

—Sabes que sí. Te quiero más que a nada en el mundo, a ti y a esta criatura que hemos hecho. Pero creo que este embarazo me quitará años de vida.

—No, no lo hará. Me encuentro fenomenal, —le contradije—. De hecho, nunca me he sentido mejor.

—Te quiero. Me aseguraré de que te mantengas sana, —prometió—. Tengo que darte de cenar y llevarte a la cama.

Me senté a horcajadas sobre él y enredé las manos en su pelo de punta.

—Prefiero ir a la cama primero, —ronroneé con voz impaciente.

No había visto a Blake en dos semanas y lo último que me importaba era la comida.

—Comida, —ladró—. Además, ¿deberíamos tener sexo?

Esta vez me reí porque no pude contenerme.

—Estoy perfectamente sana. Y creo que mis hormonas se están volviendo locas, porque lo único en lo que puedo pensar es en desnudarte.

Su cabeza golpeó el respaldo del sofá mientras gruñía.

—Joder.

—Exactamente, —bromeé yo antes de descender con mi boca hacia la suya.

Blake se apresuró a olvidar la incomodidad, estrechando su abrazo mientras sus manos se movían posesivamente para agarrarme el trasero.

Saboreé su abrazo codicioso mientras exploraba su boca minuciosamente, deleitándome con la sensación de saber finalmente que era mío.

Cuando levanté la cabeza, mi mirada ávida se encontró con la suya y se me aceleró el corazón mientras yo me lamía los labios.

—Me estás matando, — se quejó ruidosamente.

Me aparté el pelo de la cara con una sonrisa.

—A mí me parece que estás muy animado, —le dije en tono juguetón mientras descendía sobre su visible erección.

—No hay momento en que no esté excitado cuando estás cerca de mí, —me dijo con voz ronca.

—Te quiero. Y vamos a tener un bebé. Un embarazo sano. Mi vida no podría ser mejor ahora mismo, —confesé con voz cruda de emoción.

—Yo también te quiero, cielo, —respondió con la misma sinceridad—. Soy feliz. Solo necesito tiempo para acostumbrarme al hecho de que vamos a tener un bebé. Joder, todavía no puedo creerme que vayas a casarte conmigo.

Llevaba su anillo en el dedo y habíamos planeado la boda en seis meses. Yo quería mudarme permanentemente a Rocky Springs antes de celebrar la boda allí.

—Voy a terminar antes de tiempo el trabajo de Boston.

—Bien —dijo asintiendo—. Entonces puedes casarte conmigo antes.

—No te lo discutiría. —Sin duda, ya se me notaría el embarazo cuando nos casáramos, pero no me importaba. El que Blake Colter se convirtiera en mi compañero y esposo seguiría siendo el día más feliz de mi vida.

—Quiero cambiar de estilo de vida. Si vamos a tener un bebé, no quiero viajar todo el tiempo, —farfulló.

—Ya hablaremos de eso. —Blake tenía que pensar si quería presentarse para la próxima reelección—. No quiero que renuncies a nada solo por estar conmigo.

—Nos comprometeremos, —insistió—. Ahora mismo estás renunciando a viajar para trabajar en el estado.

—Eso no es una dificultad, —le expliqué por enésima vez—. Puedo hacer muchos trabajos en Colorado. Y no queremos estar separados durante semanas cada vez.

—Entonces quizás no me presente para la reelección.

—O tal vez lo hagas y yo trabajaré en mis proyectos durante tu tiempo en Washington. —Yo era mucho más flexible que él. Y viajar de ida y vuelta con él no era precisamente difícil.

—Ya hemos perdido doce años. No pienso extrañarte nunca más.

Le sonreí tiernamente; el anhelo en su grave voz de barítono me conmovió en cuerpo y alma.

—Lo solucionaremos, —prometí.

Él asintió.

—Justo después de la cena, —sentenció.

—Que será justo después de esto, —repliqué yo. Ensarté las manos en su cabello y giré las caderas para alentarle a ver las cosas a mi manera.

—A cenar, mujer. Estás embarazada, —respondió con un gruñido.

—Comí, —discutí—. Te necesito más a ti.

—Yo te necesitaré siempre, Harper. Y siempre lo he hecho. Eras lo que faltaba en mi vida.

Suspiré.

—Llévame a la cama, Blake.

Se levantó lentamente, dejándome entrelazar las piernas alrededor de su cintura.

—Te daré lo que quieres... esta vez. Probablemente porque no puedo contenerme.

—Eres lo único que quiero, —le susurré al oído mientras me llevaba a la habitación.

—Ya me tienes, —respondió con voz ronca.

—Por fin, —convine con un suspiro, apoyando la cabeza contra su hombro.

Tal vez no siempre hubiera sido consciente de que había estado esperando a aquel hombre y aquel momento de mi vida para reivindicarlo. Cuando no sabía que era Blake quien había sido mi salvador tantos años atrás, me odiaba porque creía que me había enamorado de Marcus. Pero ni siquiera entonces fui capaz de convencerme de que no necesitaba al hombre que había sido el primero tan dulcemente. Poco sabía que el hombre al que necesitaba no era Marcus y tenía toda la razón del mundo en seguir enamorada del chico que me había rescatado aquella noche nevada hacía tanto tiempo.

Por primera vez desde que llegué a la edad adulta, mi vida por fin volvía a tener sentido, porque el amor de mi vida era Blake Colter y siempre lo había sido.

—¿Estás segura de que podemos hacer esto? —Preguntó Blake con incertidumbre mientras me acostaba con delicadeza sobre la cama enorme.

La vacilación de un hombre generalmente tan seguro de sí mismo era una lección de humildad. Sabía que se originaba en su preocupación por mí y nuestro bebé, y su vulnerabilidad tocó mi corazón.

—Estoy segurísima, —le respondí mientras me abrazaba a su cuerpo mientras él descendía sobre la cama—. Si no lo hacemos, seré una embarazada muy malhumorada. Las hormonas, —le recordé en broma.

Él sonrió.

—Nunca te pones gruñona, pero no voy a arriesgarme.

Asentí.

—Chico listo, —observé.

Su sonrisa era perversamente seductora cuando procedió a mostrarme lo brillante que podía ser.

~Fin~



Biografía



J. S. Scott, “Jan”, es una autora superventas de novela romántica según *New York Times*, *USA Today*, y *Wall Street Journal*. Es una lectora ávida de todo tipo de libros y literatura, pero la literatura romántica siempre ha sido su género preferido. Jan escribe lo que le encanta leer, autora tanto de romances contemporáneos como paranormales. Casi siempre son novelas eróticas, generalmente incluyen un macho alfa y un final feliz; ¡parece incapaz de escribirlas de ninguna otra manera! Jan vive en las bonitas Montañas Rocosas con su esposo y sus dos pastores alemanes, muy mimados, y le encanta conectar con sus lectores.

Visita mi sitio de Internet:

<http://www.authorjsscott.com>

<http://www.facebook.com/authorjsscott>

<https://www.facebook.com/JS-Scott-Hola-844421068947883/>

Me puedes escribir a:

jsscott_author@hotmail.com

También puedes mandar un Tweet:

[@AuthorJSScott](https://twitter.com/AuthorJSScott)

Twitter Español:

[@JSScott_Hola](https://twitter.com/JSScott_Hola)

Instagram:

<https://www.instagram.com/authorj.s.scott/>

Instagram Español:

<https://www.instagram.com/j.s.scott.hola/>

Goodreads:

https://www.goodreads.com/author/show/2777016.J_S_Scott

Recibe todas las novedades de nuevos lanzamientos, rebajas, sorteos,
inscribiéndote a nuestra hoja informativa en:

<http://eepurl.com/KhsSD>

Otros Libros de J. S. Scott

Visita mi página de Amazon España y Estados Unidos, en donde podrás conseguir todos mis libros traducidos hasta el momento.

Estados Unidos: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

España: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

Serie La Obsesión del Multimillonario:

[La Obsesión del Multimillonario ~ Simon \(Libro 1\)](#)

*La colección completa en estuche
Mía Por Esta Noche, Mía Por Ahora
Mía Para Siempre, Mía Por Completo*

[Corazón de Multimillonario ~ Sam \(Libro 2\)](#)

[La Salvación Del Multimillonario ~ Max \(Libro 3\)](#)

[El juego del multimillonario ~ Kade \(Libro 4\)](#)

[La Obsesión del Multimillonario ~ Travis \(Libro 5\)](#)

[Multimillonario Desenmascarado ~ Jason \(Libro 6\)](#)

[Multimillonario Indómito ~ Tate \(Libro 7\)](#)

[Multimillonaria Libre ~ Chloe \(Libro 8\)](#)

[Multimillonario Intrépido ~ Zane \(Libro 9\)](#)

[Multimillonario Desconocido ~ Blake \(Libro 10\)](#)

Serie de Los Hermanos Walker:

[¡DESAHOGO! ~ Trace \(Libro 1\)](#)

[¡VIVIDOR! ~ Sebastian \(Libro 2\)](#)

Serie Los Sinclair:

[El Reto del Multimillonario](#)

[El Multimillonario Prohibido](#)

El Mensaje del Multimillonario
La Voz del Multimillonario
El multimillonario siempre gana

Próximamente

Multimillonario Descubierto ~ Marcus (Libro 10)